

ENTRE SILENCIOS Y ABANDONOS: VOCES DE NIÑOS, NIÑAS Y  
ADOLESCENTES EN EL MARCO DEL CONFLICTO ARMADO

LUZ CIELO HERNÁNDEZ TABORDA

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por el  
Título de Profesional en Estudios Literarios

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera de Estudios Literarios  
Bogotá, 2024

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD

Luis Fernando Múnera Congote, S.J.

DECANA ACADÉMICO

Juana María Marín Leoz

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Miguel Andrés Rocha Vivas

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Pilar Consuelo Espitia Durán

DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO

Luz Stella Angarita Palencia

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”.

## **Agradecimientos**

A Luz Stella, por su paciencia, compañía y apoyo en medio del caos,  
a mamá, por ser la mujer más valiente que conozco, por su amor e incondicionalidad,  
a papá, por su ayuda y cariño,  
a mis hermanas, por ser mi motor y mi fuerza y por ayudarme a llegar hasta aquí,  
a mis mascotas, por trasnochar conmigo y cuidarme,  
a mis amigos y a todo aquél que me acompañó en este proceso

A las víctimas, por su valentía y por inspirarme.

A todos, gracias.

**TABLA DE CONTENIDO**

INTRODUCCIÓN	6
1. La construcción de la infancia desde una mirada adultocéntrica	9
1.1.¿Por qué hablar de adultocentrismo en siglo XXI?	19
2. Conflicto armado e infancias desprotegidas en Colombia	25
2.1.Reclutamiento	30
2.1.1. <i>Resucitar</i>	33
2.2.Desaparición forzada	51
2.2.1. <i>Cuando nos volvamos a encontrar</i>	54
2.3.Desplazamiento forzado	62
2.3.1. <i>Renacer</i>	67
3. Representación narrativa. La literatura infantil y juvenil como espacio de enunciación	78
4. Bitácora: entre enredos e indecisiones	84
CONCLUSIONES	97
REFERENCIAS	99

## INTRODUCCIÓN

Hace algún tiempo hice el ejercicio de preguntarle a algunas personas cercanas qué era lo que más recordaban de su infancia, qué era lo primero que les venía a la mente cuando pensaban en esa palabra, a qué lugares los llevaba su memoria y por qué esos lugares o recuerdos. Algunos de ellos me contaron que recordaban juguetes, como osos de peluches, muñecas o carritos, otros me decían que recordaban personas, como a sus abuelos o amigos del colegio; también me dijeron que pensaban mucho en las caricaturas que veían. Ante esos recuerdos, muchos concluyeron que anhelaban volver a abrazar a esos amigos y familiares, a jugar con sus juguetes y a ver esas caricaturas que hicieron parte de sus infancias. Pensé que, igual que yo, ellos recordaban su niñez como un lugar feliz en el que debíamos preocuparnos por cosas mínimas.

Cuando me pregunté lo mismo, me di cuenta que tengo pocas memorias de mi infancia, pero algo que recuerdo mucho es que creía que volaba con los vientos de agosto, un sueño o realidad distorsionada que aún pienso que es verdad. Hoy me miro y pienso que quiero volver a volar en agosto, que quiero ser libre con la brisa, las cometas, los árboles, el río, el patio... y quiero, igual que las personas a las que les pregunté, visitar esos lugares, esas personas y momentos en los que todos concordamos que éramos felices. Por supuesto, que aquí hablo desde mi infancia y de lo que para mí fueron buenos momentos.

Pero esta tesis no se trata de mí, ni de cómo recuerdo que podía volar. Se trata de esas otras infancias que no pudieron imaginar, de esas que no tienen juguetes, amigos o familiares importantes que recordar (y no porque esa sea la única forma de vivir la niñez), porque les robaron la capacidad de imaginar y de vivir cosas bonitas, porque les quitaron la oportunidad de crecer en un ambiente sano y porque son infancias que se perdieron en medio de conflictos que no les pertenecían. Esta tesis habla de los niños, niñas y adolescentes a los que se les negó la posibilidad de ser libres, de todo aquel o aquella que siendo niño o niña debió experimentar la pérdida de sus familiares y amigos por culpa de la violencia; que tuvo que abandonar su casa para buscar un mejor futuro, que renunció a vivir su infancia porque tenía que crecer rápido, que desapareció entre ríos, selvas, montañas y demás lugares porque alguien dio la orden, porque alguien lo/a necesitaba por sus supuestas capacidades para pelear. Finalmente, esta tesis es sobre todo aquel o aquella a quienes la

violencia les quitó la libertad de ser niño o niña, de crecer en un ambiente sano, de ser escuchado, de poder expresarse sin miedo y de ser feliz.

La sociedad, durante siglos, ha construido el pensamiento que se tiene en torno a las infancias, las cuales en gran medida se han narrado desde la represión, la invisibilización, el silenciamiento y la marginación. Muchos niños, niñas y adolescentes en diferentes momentos de la historia fueron criados desde el miedo, el silencio y el abandono, situaciones que los obligaron a cargar con traumas que muy difícilmente lograron sanar en la adultez. El primer apartado de esta tesis explora esas nociones de infancia que social y culturalmente han sido construidas por distintos grupos de personas adultas, entre ellos, historiadores, pedagogos, filósofos y demás. El tratamiento del concepto de infancia deja ver que, a través de él, se tejen relaciones de poder que arrojan a los menores a vivir condicionados por las imposiciones de los adultos, a estas relaciones se les conoce como adultocentrismo. Concepto que sirve como motivo para hablar de las violencias adultistas que también están presentes en el marco de las guerras bélicas.

El segundo apartado explora cómo durante un largo proceso el conflicto armado en Colombia ha violentado a muchos sujetos, entre ellos, menores de edad que son obligados a huir de sus hogares para participar en asesinatos, secuestros, persecuciones, abusos físicos y sexuales, entre otros aspectos que no tendrían por qué vivir. Todas esas violaciones a los derechos de los niños, niñas, adolescentes y demás personas, han construido un imaginario de lo que es Colombia. Por lo cual en la sección de representación narrativa y literatura infantil y juvenil, se muestran cómo algunos autores han construido formas particulares para narrar la violencia en el país. Estas narrativas son importantes en la sociedad colombiana porque nos permiten acercarnos a las vivencias de las víctimas para no caer en lugares de revictimización o invisibilización.

Los temas que se abordan en esta investigación (concepto de infancia, noción de adultocentrismo e inocencia, conflicto armado y representación narrativa), justifican la existencia del objeto estético, o bien sea, de los cuentos de literatura infantil y juvenil que escribí para representar algunas violencias que muchos niños, niñas y adolescentes (NNA) viven en el país por culpa de las relaciones adultocéntricas y por causa del conflicto armado entre grupos al margen de la ley. Estas narrativas están divididas por tres factores del

conflicto: el reclutamiento, la desaparición y el desplazamiento forzados, con el fin de evidenciar que estos sujetos también sufren violencias. En este trabajo se explora cómo la literatura infantil le brinda espacios de enunciación a las víctimas que cuestionan las estructuras de poder que las han invisibilizado y silenciado. A su vez, permite aproximar a los NNA lectores a temas que han sido prohibidos para ellos, para hacerlos partícipes y conscientes sobre el mundo que los rodea.

## 1. La construcción de la infancia desde una mirada adultocéntrica

El concepto de infancia ha sido estudiado desde muchas disciplinas, como la psicología, la medicina, el derecho, la pedagogía, la sociología, etc. En esta investigación, el estudio de la infancia como concepto es importante porque evidencia cómo se ha construido social y culturalmente desde las creencias y normas de algunos autores que en distintos momentos de la historia han definido las condiciones de vida de los niños, niñas y adolescentes. El historiador Buenaventura Delgado, en su libro *Historia de la infancia* (1988), recoge los aportes más significativos de pensadores occidentales que contribuyeron a la elaboración de una categorización de la infancia. A través de la obra de Delgado se pueden analizar algunos momentos importantes, como por ejemplo los siglos V y IV en Grecia, la Edad Media, el siglo XVIII, el siglo XIX y el siglo XX.

Según Delgado (1988) en la Grecia antigua, en la ciudad de Esparta “la educación era algo tan trascendental que no podía dejarse en manos de las familias, sino en las del Estado” (p. 27), ya que este era el único que se encargaba de todos los ámbitos sociales. Es decir, que no existía la familia, el derecho privado ni mucho menos la capacidad de elección. Los niños también eran parte de su propiedad, motivo por el cual eran abandonados y se permitía el infanticidio. El Estado de Esparta gobernada “mediante el terror y la ejecución, sin control político de ningún tipo” (p. 27), por esta razón, los niños corrieron muchos peligros dentro de esa política que exaltaba la muerte, dado que apenas nacían “eran lavados con vino para conocer su resistencia. Posteriormente eran examinados por una comisión de expertos, que dictaminaba si merecía o no la pena dejar vivir al recién nacido” (p. 27). Si el menor sobrevivía era tratado como un animal, ya que se les sometía a duros castigos para que aprendieran a luchar en las batallas. Los niños debían aprender a sobrevivir solos en una cultura de muerte en la que “no [se] les habían enseñado a vivir sino a morir matando, con el aplauso de los suyos” (p. 27), por lo que normalizaron vivir rodeados de un entorno de guerra que los arrojaba a pelear batallas en los que eran conscientes que podrían regresar invictos o muertos.

La idea de educación en Grecia estuvo dirigida en gran parte por los aportes que Platón y Aristóteles hicieron en torno a cómo se debían educar a los niños en occidente (haciendo énfasis en niños varones de clases altas). Platón planteaba que debía existir un

equilibrio entre educación y disciplina, puesto que “la educación blanda crea en los niños caracteres díscolos, prontos a la cólera, y a los que las cosas más menudas excitan violentamente” y la “servidumbre pesada y brutal crea en ellos almas bajas, serviles y misántropas, y los hace, por ello mismo, insociables” (Platón (s.f), pp. 1389-90, citado por Delgado, 1988, p. 29). En su obra *La República* (1988), este autor también menciona que “desde el principio debemos proveer a nuestros niños de juegos sujetos a normas; puesto que, si el juego se desenvuelve sin normas y los niños también será imposible que de éstos crezcan hombres esforzados y con afecto por el orden” (p. 209). Platón defiende el juego como forma de educación, ya que por medio de este el niño puede desarrollar sus habilidades sociales y emocionales; sin embargo, este debe ser controlado por el adulto.

Aristóteles en su obra *Política* (2018) cuestionó la violencia desmesurada ejercida por los espartanos hacia los niños, puesto que consideraba que “no es el lobo ni otra alguna entre las fieras el que afrontará un riesgo hermoso”, sino “el varón esforzado”, es decir, el niño, realzando las características humanas de los jóvenes para que dejaran de verlos como bestias u objetos de guerra, puesto que “permitir a los jóvenes practicar en exceso esta clase de ejercicios y dejarlos sin instrucción en las disciplinas necesarias, es en realidad degradarlos y tornarlos útiles para una función apenas del ciudadano” (p. 240); es decir, en función del Estado que los utilizaba como máquinas de guerra y no les permitía descubrir sus capacidades mentales para que crecieran como hombres virtuosos. Si bien Aristóteles criticó el modelo espartano, también consideraba que la educación de los niños debía ser dura y estricta, ya que era la única manera en la que estos serían disciplinados.

Aristóteles (2018) plantea que a los niños “conviene acostumarlos luego desde pequeños al frío, porque esto es de la mayor utilidad tanto para la salud como para el servicio militar” (p. 233), ya que estas acciones formarían hombres fuertes y resistentes. La disciplina para él era muy importante y creía que esta se conseguía por medio de la dureza del entrenamiento físico, por lo que permitía que a los niños y jóvenes se les castigara con azotes “si alguno fuere sorprendido diciendo o haciendo algo prohibido” (p. 234). Además, consideraba que los actos que se les inculcaban a los niños podrían naturalizarse y hacerse parte de ellos si se repetían constantemente, por lo que era labor de los intendentes o tutores dotarlos de capacidades físicas, pero también mentales, las cuales se conseguían por medio

del entretenimiento y el juego, cuyo fin era “preparar el camino para las actividades que vendrán después”, por lo que estos “deben ser en su mayor parte imitaciones de lo que más tarde habrá de hacerse en serio” (p. 234).

Aristóteles también decía que una de las labores de los tutores de los niños era “procurar que [estos estuvieran] lo menos posible con esclavos”, ya que era “lógico pensar que a tan tierna edad puedan adquirir, de lo que oigan y vean, hábitos indignos de un hombre libre” (p. 234). A este modo de ver, la educación de los niños requería una atención muy cuidadosa, puesto que de ella dependía que, al llegar la adultez, estos fueran excelentes ciudadanos. En este sentido, la educación de los niños se visualizaba a futuro, ya que las actitudes y capacidades, tanto negativas como positivas que se les inculcaran, moldearían su comportamiento cuando fueran adultos.

Tanto Platón en *La República* (1988) como Aristóteles en *Política* (2018) concuerdan en que debía existir un equilibrio mental y físico en la educación de los niños y jóvenes, puesto que por medio de la música y del juego se podía desarrollar la razón y la excelencia, y a través de la gimnasia, la salud física y la resistencia; según los autores, el ejercicio de ambos elementos (cuerpo y mente) era importante para conseguir la armonía que finalmente creara hombres virtuosos y sabios. Gracias a lo anterior, se puede concluir que los autores pensaban que la educación de los niños siempre debía estar guiada por un adulto, ya sea un maestro, guía o tutor (al que solo los niños varones de las clases altas podían acceder), debido a que ellos por sí mismos no podían alcanzar los conocimientos necesarios para la vida adulta. Para los griegos, la infancia era una etapa de preparación, más no una fase en la que el niño tuviera valor por sí mismo, ya que este aún no tenía las capacidades ni la madurez para participar activamente en la sociedad. Los niños eran considerados como ciudadanos “imperfectos”<sup>1</sup> e incompletos, y eran valorados únicamente por su potencial de alcanzar el ideal del hombre perfecto, más no como niños con procesos, formas de vida y derechos propios.

La Edad Media fue un momento importante para la construcción del concepto de infancia, puesto que surgieron algunos cambios importantes a favor de los niños; aun así,

---

<sup>1</sup> Aristóteles. 2018. *Política*. (pp. 74-75)

estos eran ambivalentes porque las infancias siguieron sufriendo abusos. Según el historiador Philippe Ariès en su texto *La infancia* (s.f), en principios de la Edad Media, el adulto “sólo [veía] en el niño un hombre pequeño o, mejor dicho, un hombre aún pequeño que pronto se haría o debería hacerse un hombre” (p. 5). Es decir, que los niños seguían viéndose como un proyecto de hombre que debía ser educado para alcanzar ese ideal que proponían los filósofos griegos. A su vez, en la obra *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen* (1960), Ariès hace un rastreo de la historia del arte medieval y la figura del niño en ella, según el autor “hasta aproximadamente el siglo XVII el arte medieval no conocía la infancia o no trataba de represent[arla]” y se debía principalmente a “que en esa sociedad no había espacio para la infancia” (p. 57). Sin embargo, gracias a la iglesia y a la representación del niño Jesús, los menores empezaron a ganar espacio dentro del arte y dentro de la sociedad.

Si bien la Edad Media no se remonta a años o siglos específicos, Delgado (1988) menciona que en la Alta Edad Media hispana (aproximadamente a partir del siglo XIII) el infanticidio fue prohibido, ya que “los jueces y los obispos [podían investigar y castigar] a los padres que mat[aran] a sus hijos con las penas más severas, excepto la pena capital” (p. 62). A pesar de los esfuerzos de la religión por castigarlos, estos abusos se siguieron dando en contra de las infancias, sobre todo contra los niños de poblaciones más pobres. La iglesia también demostró preocupación por la educación de los infantes nobles (que eran educados en las iglesias), pero no por los niños de clases bajas, ya que eran educados por sus padres.

Además, Delgado (1988) menciona que en las iglesias se celebraban ceremonias en las que los padres nobles ofrecían a sus hijos para que fueran “educados por la comunidad y [fueran] monjes en el futuro” (p. 67). Desde ese momento, los niños renunciaban a “los posibles bienes que con el tiempo podrían heredar de su familia” y “quedaban incorporados a la vida monacal y sometidos a su disciplina y organización, con todos los derechos y obligaciones” (p. 67). En los monasterios se educaban a los niños con una disciplina marcada por el rigor, la “vigilancia durante el día y la noche y [la] severidad en el trato”, puesto que se consideraba que estos debían ser domesticados como animales. En estos espacios el “cariño, [el] afecto y [la] confianza como agentes educativos” (p. 69) estaban prohibidos, ya que el motivo principal de la iglesia era preparar futuros adeptos que

propagaran el catolicismo en la sociedad. Es decir, que a los niños no se les permitía explorar sus sentimientos, emociones y necesidades, ya que la verdadera preocupación de la iglesia era moldearlos a su manera.

Debido al interés pedagógico que otorgó la iglesia a los niños nobles y a su insistencia por protegerlos, la infancia se empezó a vincular con un estado de dependencia en el que el niño se consideraba el ser más frágil. Según Ariès (1960) “los términos hijos, mocitos, muchachos, son también términos del vocabulario utilizado en las relaciones feudales o señoriales de dependencia” (p. 49) en las que los menores requerían protección y educación por parte de su entorno familiar y religioso. En ese sentido, los niños debían valerse de un adulto para sobrevivir y se les comparaba con “las personas de baja condición, que continúan totalmente sometidas a otros: por ejemplo, los lacayos, los oficiales, los soldados” (p. 49). Esa dependencia solo se disolvía cuando los niños cumplían los 14 años, edad en la que “podían contraer matrimonio, ser armados caballeros y emanciparse de la patria potestad” (Delgado, 1988, p. 76); es decir, cuando podían abandonar el sometimiento de los adultos y conseguir una vida propia.

Retomando las ideas del arte medieval, Ariès (1960) señala que la iglesia también incluyó a los niños en otros espacios, entre esos, el arte religioso. Sin embargo, no se les representaba por sí mismos, sino porque hacían parte de una iconografía laica que retrataba aspectos comunes de la sociedad católica. Es decir, que a los niños se les mostraba “en medio de la multitud asistiendo a los milagros, a los martirios, escuchando las predicaciones, siguiendo los ritos litúrgicos como las presentaciones o las circuncisiones”, etc., (p. 63); pero no porque se valoraran sus infancias y procesos de crecimiento, ya que su presencia se debía a que estos compartían espacios de la vida cotidiana como el trabajo y el juego con los adultos en una relación de simultaneidad, o a que se les consideraba por su carácter gracioso y pintoresco (Ariès, 1960, p. 63).

Muchas cosas se pueden decir sobre los niños en la Edad Media, como el hecho de que en ese entonces también se les cargaran aspectos morales en los que se creía que estos tenían el don de la inocencia al no distinguir el bien o el mal; aun así, esa inocencia otorgada no los protegía de los maltratos y abusos cometidos por los adultos. El poder de la religión influyó la forma en la que se debían educar y moldear a los niños para que

servieran a Dios y al catolicismo, lo que conllevó a que se ejercieran sobre ellos, y sobre la sociedad en general, violencias físicas y psicológicas que los mantenían controlados por medio del terror infundido que les prohibía cometer pecados. Estas ideas de gran parte del medioevo sirvieron como bases que implementaron la formación de algunos pensamientos que posteriormente construyeron las nociones de infancia y la visión de los niños como seres vulnerables e inocentes, pero también como seres que podían ser controlados y domesticados en aras de crear proyectos de hombres maduros.

Dando un salto largo en el tiempo, en el siglo XVIII aparecieron figuras importantes como Jean-Jacques Rousseau, quien aportó ideas novedosas a la concepción de la infancia. En 1762 Rousseau publicó la obra *Emilio o de la educación*, que fue censurada por La Sorbona y por la cual lo condenaron el 9 de junio del mismo año de su publicación<sup>2</sup>, ya que en ella Rousseau criticaba el sistema educativo imperante. En el *Emilio*, según Delgado (1998), el autor promueve una educación guiada por “el amor, el vínculo, el apego, la atención [y] el respeto de los padres y educadores hacia la propia naturaleza infantil” (p. 141), puesto que en ese momento los niños aún vivían muchos abusos por parte de la sociedad, los cuales eran perpetrados precisamente por la falta de todos esos afectos y por el desconocimiento del valor del niño. Este libro está marcado por el deseo del autor por mostrar cómo le hubiese gustado ser educado y por la necesidad de enseñar el “conocimiento del mundo infantil y [el] modo de educarlo” (p. 141).

En la antigüedad y en el tiempo de Rousseau los niños no se consideraban como ciudadanos con agencia propia dentro de la sociedad, puesto que, según el autor, “los de mayor prudencia”, es decir, los adultos, se preocupaban únicamente por lo “que necesitan saber los hombres, sin tener en cuenta lo que pueden aprender los niños”, lo que era motivado porque “busca[ban] siempre al hombre en el niño, sin considerar lo que éste es antes de ser hombre” (1762, p. 7). Esta idea rompe con lo que se venía pensando anteriormente, puesto que Rousseau establece una nueva preocupación por conocer al niño, por reconocer que estos son distintos a los hombres y por demostrar que tienen “maneras de ver, de pensar, de sentir, que le son propias” (p. 51). Por estos motivos, para la historia de la

---

<sup>2</sup> Rousseau, J.J. (1762). *Emilio o de la educación*. (p. 5). Biblioteca Digital MinerD-dominicana lee.

pedagogía, su obra funcionaba como un manual en el que se inscribían las formas adecuadas para cuidar y educar a las infancias, con el fin de que los niños fueran respetados por lo que eran y no por lo que serían.

Para explicar la importancia de la pedagogía en el niño, el autor (1762) encuentra tres tipos de educación: la de la naturaleza, que “no depende de ningún modo de nosotros”; la de las cosas, que “está en parte en nuestra mano”, y la de los hombres, que “es donde somos los verdaderos maestros” (p. 9). Sobre el estado de la naturaleza, el autor menciona que esta “quiere que los niños sean niños antes de ser hombres”, ya que, si se altera ese orden, los niños crecerán como los “frutos precoces que no tendrán madurez ni gusto y que no tardarán en corromperse” (p. 51). En ese sentido, menciona que, si se quiere formar al niño desde la naturaleza, no debe permitirse que se haga “un salvaje” ni tampoco que quede “relegado en lo enmarañado de la selva”, sino que se le debe dejar explorar la vida en sociedad para que “no se deje arrastrar por las pasiones ni las opiniones de los hombres”, sino por sus “propios ojos y [el sentir de] su corazón”. El niño no debe estar gobernado o relegado por “ninguna otra autoridad que no sea la de su propia razón” (p. 182), ya que este debe encontrar sus propios mecanismos para sobrevivir a los órdenes de la sociedad.

En ese contexto, el autor plantea dejar de ver al niño como un hombre pequeñito que está en formación o que solo existe por lo que puede llegar a ser, para empezar a nombrarlo desde el valor de su infancia y de sus particulares, y para que el niño comience a reconocerse e identificarse consigo mismo y los espacios que lo rodean. Ahora bien, la educación también es necesaria en la vida del menor, dado que es esta la que lo convierte, según el Rousseau, en un ser “racional y sensato” (1762, p. 182). Para que se logre un equilibrio entre naturaleza y humanidad, los niños deben recibir una educación, o, mejor dicho, una guía por parte de sus maestros. Cabe destacar, que en la obra el *Emilio* es un niño de clase social alta que puede acceder a la educación brindada por los tutores, ya que los niños de estratos bajos aún no podían tener una educación tan especializada ni privada.

Rousseau (1762) advierte que, según sus preferencias, “el maestro debe ser joven y hasta el límite en que pueda ser un hombre de juicio”, incluso desea que este “fuese un niño que pudiera ser un camarada suyo, y ganarse de esta forma su confianza, participando incluso en sus diversiones” (p. 20), ya que, al ser un mentor cercano a la edad del niño,

estos lograrán encontrar empatía en sus relaciones, podrán entenderse el uno al otro y más que una educación dura y demasiado estricta, el niño encontrará en su maestro un par educativo que lo acompañe en sus procesos de crecimiento. Además, aconseja que se debe tratar a los “alumno[s] conforme a la edad” (p. 51), puesto que de esa forma crecerán dotados de paciencia, serenidad y resignación.

Si bien los apuntes de Rousseau en el *Emilio* fueron muy disruptivos, todo su esfuerzo no fue valorado por el sistema educativo de la época, ya que no se realizó ningún cambio en la manera en que los padres trataban a sus hijos y mucho menos en la forma en la que los educaban. Estos comportamientos que maltrataban y excluían a las infancias se extendieron hasta el siglo XIX, donde los niños, sobre todo los de poblaciones pobres, experimentaron nuevas violencias. Aun así, es importante resaltar que la obra de Rousseau sirvió como inspiración a otros autores, como a Miguel de Unamuno en *Amor y Pedagogía* (1902), quienes ayudaron a transformar y resignificar la concepción de la infancia.

Las primeras décadas del siglo XIX fueron momentos difíciles para las infancias, debido a que, en medio de tantas guerras, de la industrialización y el poder del capitalismo, el proletariado tomó mayor presencia en el ámbito laboral, en el que niños y niñas también eran explotados. Si bien el trabajo infantil existía desde muchos siglos atrás, fue posterior a la Revolución Francesa que este se visibilizó más y causó mayores violencias a los menores, ya que se consideraba que estos podían hacer labores que los adultos no. Con la explotación laboral también incrementaron los infanticidios, debido a las condiciones precarias como “salario[s] escaso[s], jornada[as] laboral[es] excesiva[s], alojamientos en barracones y chozas, hambre, frío, miseria y toda clase de enfermedades” (Delgado, 1988, p. 160) a las que los estos eran expuestos. Un autor importante que mostró preocupación por esas infancias fue Johann Pestalozzi, quien se dedicó a cuidar las infancias desvalidas.

Según Delgado (1988), Pestalozzi “no tuvo más remedio que enseñar a los niños a hilar, a cuidar los animales de la granja y a cultivar las pobres tierras de las que debían obtener los diarios alimentos con los que subsistir” (p. 162), ya que estos no recibían ayuda por parte del Estado, sino que, por el contrario, eran marginalizados y violentados por el mismo sistema que no les permitía acceder a una vida digna. Otro autor que se destacó en el siglo XIX por su solidaridad con los niños fue Friedrich Fröbel, ya que este, preocupado

por las largas horas laborales que tenían las madres, decidió crear jardines para el cuidado de los menores.

Como afirma Delgado (1988), la creación de los jardines se dio por razones laborales, puesto que “a medida que aument[ó] el número de mujeres trabajadoras en talleres y fábricas”, también creció “el número de niños de pocos años incorporados al mundo escolar” (p. 163). Sin embargo, estos se implementaron a favor de los infantes, ya que “por primera vez en la historia el niño es el centro y no el maestro”. En estos espacios el menor es el protagonista, ya que se le permite explorar el “juego infantil espontáneo y libre”, así como “las dramatizaciones [y] la música” (p. 163), actividades importantes para el desarrollo de sus capacidades físicas, emocionales y mentales. Estos aportes fueron muy importantes para las infancias marginalizadas que aún no tenían espacio en la sociedad; aun así, cabe mencionar que no todos los niños podían acceder a los jardines escolares, ya que con el tiempo algunos se volvieron accesibles solo para personas adineradas.

El comienzo del siglo XIX fue difícil para las infancias, sobre todo para aquellas en condición de pobreza. Sin embargo, a medida que fue avanzando, se dieron nuevas oportunidades para los niños. El siglo XX fue un momento muy importante para su historia, ya que las transformaciones sociales impulsaron a que muchos autores reestudiaran el concepto de infancia y a que se enfocaran en temas que antes eran ignorados. De ello surgió el término *paidología*, la cual se dedicaba al estudio exclusivo del niño y se identificaba como una “entidad científica propia” (Delgado, 1988, p. 189). Dentro de los estudios de esta nueva ciencia se destacó la preocupación por la higiene del niño.

Según Delgado (1988), una de las autoras que se esforzó por mejorar la sanidad pública y por disminuir enfermedades y epidemias y, por ende, la mortalidad de los niños, fue María Montessori, quien ayudó a sensibilizar a las autoridades “locales y nacionales, logrando con ello la promulgación de leyes respecto a la mejora de las condiciones higiénicas de las viviendas, en las que se alojaban las familias humildes, así como de las fábricas, talleres y escuelas” (p. 192). Anteriormente, la higiene de los niños no era una prioridad, por lo que la mortalidad infantil era alta, sobre todo en los niños que vivían en condiciones de pobreza.

Otro estudio importante a favor de las infancias fue el psicoanálisis, con el que su fundador inició “una nueva etapa en el conocimiento del niño y en la elaboración de la personalidad humana a lo largo de diferentes etapas” (1988, p. 203). Según Delgado (1988), Freud empezó por desmitificar el hecho de que los niños eran figuras angelicales o diablillos que nacían con el pecado original, ideas que por ejemplo se veían en la Edad Media, donde se les otorgaron aspectos morales a los niños. Según el psicoanálisis, el niño es solo “un [ser débil] sometido a conflictos internos y externos, que vive con intensidad como el adulto, pero que, a diferencia de éste, no puede defenderse ni expresar verbalmente la causa de su sufrimiento” (p. 204). Es decir, que el comportamiento de los menores no depende de sí mismos, sino que está condicionado por los factores sociales y culturales, por los espacios que los rodean y por las actitudes que los adultos tienen con ellos; ante eso, Freud explica que “las diferentes conductas humanas” podrían dejar “huellas” en los niños y ocasionarles “traumas” (p. 203). Estas ideas son importantes para la evolución del concepto de infancia, ya que “el niño comienza a existir [como] una entidad propia” (p. 204), porque, por primera vez, se asume que hay una responsabilidad emocional y afectiva por parte de los adultos hacia los niños, en la que sus conductas tienen impacto en la adultez del menor; a su vez, les da espacios a los estudios psicológicos del comportamiento infantil y permite acercarse a ellos no solo desde el interés pedagógico.

El siglo XX también trajo otros beneficios para las infancias, como el que se les empezara a reconocer como sujetos con agencia propia dentro de la sociedad, por lo que se crearon diferentes tratados y leyes para protegerlos. En 1959 fue aprobada por 72 Estados pertenecientes a la Organización de las Naciones Unidas la Declaración de los Derechos del Niño, la cual estableció que los estos debían gozar de una “protección especial” y podrán disponer “de oportunidades y servicios, dispensado todo ello por la ley y por otros medios, para que pueda[n] desarrollarse física, mental, moral, espiritual y socialmente en forma saludable y normal, así como en condiciones de libertad y dignidad”<sup>3</sup>. Esta declaración también abrió las puertas a muchas más, como a la Convención sobre los Derechos de la Infancia de 1989, que otorgaron derechos y demostraron la necesidad por proteger las

---

<sup>3</sup> Marco Normativo. (1959). Declaración de los Derechos del Niño. (p. 2).

distintas infancias, por darles un espacio dentro de la sociedad y por prohibir todo tipo de exclusión o maltrato. El siglo XXI trajo mayores beneficios en los que aún se siguen trabajando y en los cuales ahondaremos más adelante.

Ahora bien, es importante mencionar que la intención de este recorrido fue conocer cómo se ha construido la noción de infancia social y culturalmente desde categorizaciones hechas por y para el beneficio de los adultos, en las que se comparten características comunes que remiten a los niños a una postura de inferioridad y que los alojan a vivir situaciones violentas que condicionan su vida. En esas categorizaciones se da un concepto que ha regido la relación entre adultos y niños a lo largo de la historia: el adultocentrismo.

### **1.1. ¿Por qué hablar de adultocentrismo en siglo XXI?**

Si bien en los siglos más recientes se dieron cambios importantes a favor de las infancias, aún hoy no se ha logrado un equilibrio en las relaciones de adultos y niños, por eso es necesario en el contexto de esta investigación, entender qué es el adultocentrismo. De acuerdo con Santiago Morales y Gabriela Magistris en *Niñez en movimiento, del adultocentrismo a la emancipación* (2019), el concepto de adultocentrismo es una “relación social basada en la centralidad de lo adulto”, pero más que eso, se trata de “relaciones de dominio entre clases de edad<sup>4</sup> que se han venido gestando a través de la historia, con raíces, mutaciones y actualizaciones económicas, culturales y políticas” (p. 24), que se naturalizaron sistemáticamente hasta el punto de instalarse en los imaginarios sociales.

Además, anotan que es un sistema opresor donde se “coloca a lxs niñxs frente a una condena de muerte posible, o de una penosa sobrevivencia”, en la cual se “les niega el derecho a opinar o a organizarse en un proyecto de vida” (p. 15). El adultocentrismo es toda relación de poder donde los adultos dominan, subyugan e imponen a los niños sus decisiones y formas de pensar. Los autores afirman que el adultocentrismo ha sido una de las tantas consecuencias del capitalismo, así como todas las relaciones sociales que se han construido y categorizado por niveles económicos, géneros, preferencias sexuales y demás.

---

<sup>4</sup> Este concepto lo usan los autores para referirse a las dinámicas de poder y a las jerarquías que existen en los grupos etarios (o etapas de edad).

También mencionan que las distintas violencias adultistas han creado relaciones sistemáticas de poder donde las opiniones, aportes y vivencias de niños, niñas y adolescentes (en adelante NNA) son reprimidas, silenciadas e invisibilizadas.

En los momentos históricos tratados anteriormente, pudimos observar cómo los NNA siempre estuvieron en una posición inferior a la de los adultos, puesto que su existencia solo se valoraba por lo que podían llegar a ser o por lo que podían llegar a aprender. Desde la definición etimológica, infancia, del latín *infans*, significa el “que no habla” o el que es “incapaz de hablar”<sup>5</sup>, más adelante, a esta definición se le sumaron otras como “el que no tiene palabra”, o como mencionan los autores (2019), “el que no tiene nada interesante que decir, a quien no vale la pena escuchar” (p. 10). Estas definiciones adultistas, tan arraigadas en la sociedad, excluyeron a NNA de conversaciones sobre temas que se consideran solo para adultos, por la creencia adultista de que ellos no son capaces de formular pensamientos propios cargados de sentido.

El adultocentrismo, además, ha establecido relaciones por oposición entre adultos, niños/as y adolescentes, que se transmiten por términos claves como “devenir, tabla rasa, preparación, todavía-no, inexperiencia, inmadurez, inocencia, juego y naturaleza”, para nombrar a los NNA como sujetos a los que aún les falta completarse para llegar a ser lo que el adulto espera. Y otras categorías como “ser (que no deviene), desarrollo, ya-sí, experiencia, madurez, conciencia, trabajo, social (ya no “expresión pura” de la naturaleza), independencia, responsabilidad y racionalidad” (2019, p. 27), para definir a los adultos que sí son valorados en la sociedad porque participan abiertamente en ella. Estas categorizaciones que se diferencian por etapas (niñez, adolescencia y adultez), son las que asignan a los NNA una única forma de vida que limita el desarrollo de sus capacidades; así como les hace creer que vivir en un ambiente de dominación, silencio, sin opinión o participación, es la única manera de pertenecer a la sociedad.

A propósito de lo mencionado anteriormente, Edyth Álvarez, en su texto “Consideraciones epistemológicas de las nociones de infancia. Emergencia y alcances” (2021), menciona que la noción de infancia no es un concepto reciente, sino que ha sido un

---

<sup>5</sup> Kohan, W. (s.f.). *Infancia*. Fondo de Cultura Económica.

proceso largo presente en distintos momentos de la historia, que toma mayor fuerza en el pensamiento moderno<sup>6</sup>, en el que se empieza a pensar la noción de infancia como una construcción social y cultural, y como un “fenómeno histórico y no natural” (p. 4). Es decir, la infancia se ve como un concepto inventado por las ideologías de los adultos, lo que hace que esté construido con bases normativas que crean una “infancia encerrada, regulada, homogenizada, manipulada” y “administrada en función de [una sociedad] pensada para el progreso” (p. 4). Para apoyar estas ideas, la autora cita a Andrés Runge, quien menciona que son los adultos los que “determinan que es ser niño y que debe hacer un niño”, por lo que, durante mucho tiempo, “la definición de infancia no [ha sido] ajena a unas relaciones de poder generacionales en las que las consideraciones de los adultos (...) siempre han estado por encima de las de los niños” (s.f, p. 2).

Es decir, que los NNA nunca han tenido la oportunidad de nombrarse a sí mismo ni de pensarse como sujetos con agencia y participación dentro de la sociedad, ya que son los adultos los que les atribuyen esas facultades desde lo que ellos como adultos desean. Otra autora que apoya esta tesis es Ana Vergara-del Solar et al., ya que en su texto “Experiencias contradictorias y demandantes: la infancia y la adultez en la perspectiva de niños y niñas de Santiago de Chile” (2016), señala que “los niños y las niñas han sido ‘hablados’<sup>7</sup> por los discursos científicos”, por lo que “sus propias palabras han sido rara vez tomadas en cuenta, lo que ilustra la noción de ‘marginalización discursiva’” (p. 1236). Según la autora, tal marginalización “contribuye a la legitimación” de cualquier tipo de relación de dominio, en este caso, a la de adultos y niños, haciendo que estos últimos “particip[en] escasamente en la producción social de ‘textos’ (en el amplio sentido), y en la transformación de los estereotipos que circulan respecto a ellos” (p. 1236). El concepto de marginalización discursiva es tratado por Ruth Wodak en su obra *Métodos de análisis crítico del discurso* (2001), y hace referencia a la exclusión y estigmatización en los discursos dominantes (o textos) de ciertos grupos o individuos; en este contexto, los niños, niñas y adolescentes a

---

<sup>6</sup>Álvarez aclara que el pensamiento moderno no se refiere a la actualidad, sino “al periodo de la historia nombrado como modernidad”. Véase la aclaración completa en la página 13 del texto de Álvarez.

<sup>7</sup> Con este término Vergara se refiere a que los niños y las niñas han sido nombrados por otros, en el sentido de que no se les ha permitido hablar por sí mismos ni defender sus propias ideas o formas de existir.

los que no se les permite participar en la creación de contenidos para ellos ni mucho menos defenderse de la forma en cómo los adultos los definen.

La forma en la que los adultos han definido la vida de los NNA, ha naturalizado y sistematizado el cómo estos se ven a sí mismos, por lo que es difícil para ellos romper con esas categorizaciones que adoptan como propias. El adultocentrismo también crea conceptos que apoyan y extienden su postura, como las nociones de inocencia. Según Vergara et al. (2016) la infancia se ha utilizado por siglos como sinónimo de inocencia, cuya “representación crucial en las sociedades modernas” ha invisibilizado “las condiciones reales de vida de la mayoría de los niños y las niñas del mundo” (p. 1244). Por un lado, la autora menciona que existe la inocencia asociada al “núcleo de un modelo de infancia protegida”, que hace parte de las “élites y sectores medios en las sociedades occidentales”. Esta clase de inocencia está “asociada al juego, a la escolarización, al resguardo de los influjos externos, a la ausencia de requerimientos relativos al trabajo y la sobrevivencia” (p. 1244) y, en general, a todos los mecanismos que NNA de clases acomodadas pueden acceder y que, a su vez, los distraen de sus propias realidades y las de los demás.

Por otro lado, el concepto de inocencia también se ha asociado con la moralidad de los niños/as, pues se dice que esta los hace seres angelicales y mágicos, ya que “no tienen prejuicios, no piensan mal, no sienten odio [y] no juzgan al prójimo”<sup>8</sup>. Además, existe la inocencia por ignorancia o ingenuidad, en la que muchos adultos consideran que los niños y las niñas “se creen a pies juntillas todo aquello que les decimos”<sup>9</sup>. Esta definición es propia del adultocentrismo, dado que excluye a los NNA de espacios de confrontación y de su derecho a saber sobre el mundo que los rodea; lo anterior, porque muchas veces los adultos prefieren ocultar, mentir o crear realidades menos crudas a los menores con el objetivo de evadir sus preguntas. Con ese desconocimiento, lo único que se logra es alejarlos de las realidades a las que también pertenecen.

La idea de la “infancia protegida propia de las élites” (p. 1244) que menciona Vergara et al. (2021), hace referencia a la inocencia asociada a la ignorancia de algunos

---

<sup>8</sup> Galán, L. (2014). *La edad de la inocencia*.

<sup>9</sup> Galán, L. (2014). *La edad de la inocencia*.

menores, ya que muchos adultos, guiados por su idea de protección, consideran que ocultarle a los NNA sus realidades o los temas difíciles, es la única forma de mantenerlos a salvo; sin embargo, esto solo los obliga a permanecer en un estado de desinformación que los afecta negativamente porque limita sus capacidades de reflexión y autocuidado. La autora también marca una diferencia entre inocencia y conciencia, ya que en el estudio que realizó a algunos niños y niñas de diferentes edades y estratos sociales, notó que esta dependía de qué tan expuestos estaban al mundo real. Cuando preguntaron a niños y niñas en condiciones de pobreza, notaron que estos “se mostraban a sí mismos de manera [consciente], como gente ‘que sabía’” (p. 1243), ya que vivían en ambientes distintos a los de niños/as de las élites mencionadas anteriormente.

Los niños/as entrevistados/as sabían que convivían en realidades con ambientes hostiles, donde se exponían a “disparos, hambre, abandono[s], violaciones, asesinatos, enfermedad[es] y muerte” (2021, p. 1243). Si bien la imagen de inocencia está presente en la vida de los niños de estratos bajos, aparece como en “forma de una denuncia relativa a las condiciones de vida que forzaban a los niños y las niñas a ‘saber’ sobre la rudeza de la vida, demasiado y muy temprano” (2021, p. 1244). La inocencia de este tipo se da entonces por la forma en cómo los niños y niñas narran su realidad, ya que no se nombran a sí mismos como ignorantes, sino como sujetos conscientes de las violencias que viven.

Como conclusión al apartado sobre adultocentrismo e inocencia, un consejo que se puede dar a los adultos que aún imparten conductas adultistas, es que deberían empezar a incluir a los NNA en espacios de diálogo sobre esos temas que resultan difíciles de tratar, ya que de ese modo ellos podrán prevenir riesgos o buscar mecanismos de defensa para esas adversidades que como sujetos de la sociedad también experimentan. Ahora bien, no se trata de hacerlos vivir o explorar en carne propia esas violencias, por el contrario, se trata de ayudarlos a obtener conciencia sobre lo que tanto ellos como otras personas aún viven en este mundo dominado por las guerras. El adultocentrismo por siglos ha controlado la vida de muchos niños, niñas y adolescentes, quitándoles su voz y libertad de expresión, por lo que es necesario que se siga trabajando para impulsar infancias y adolescencias protagonistas y dueñas de las transformaciones sociales que todavía necesitamos.

Por medio del acercamiento a los distintos momentos históricos donde algunos autores occidentales construyeron nociones de infancia, pudimos ver que las relaciones adultistas estaban muy arraigadas, sobre todo por la idea de que los niños/as solo eran importantes por lo que podrían llegar aportar a la sociedad. Ahora, es necesario mostrar cómo se han construido relaciones adultocéntricas en el contexto social y político colombiano, en el que aparecen NNA que se narran desde el conflicto, la violencia y los entornos de guerra que se han dado en el país. En ese sentido, se hablará de algunas infancias y adolescencias perdidas o desprotegidas en Colombia, ya no a modo de categorización de la infancia, sino con énfasis en esas violencias específicas que viven los niños, niñas y adolescentes por causa del adultocentrismo y la marginalización.

## **2. Conflicto armado en Colombia. Niños, niñas y adolescentes en la guerra**

Los apartados anteriores nos sirvieron para conocer la historia de algunas infancias que socialmente se han construido en occidente. En este apartado nos remitiremos a algunas experiencias de niños, niñas y adolescentes en el marco del conflicto armado, a los que aún con la amplia carta de derechos que poseen, no han sido protegidos ni por la familia, la sociedad o el Estado. Cabe destacar que todas las infancias, independiente de su clase social, género, color de piel y demás, han sufrido y sufren violencias adultocéntricas, sin embargo, en este caso, se mostrarán con especial énfasis esas infancias que viven en algunas zonas rurales del país que han sido penetradas por la violencia, la pobreza y la marginación.

En el apartado sobre la infancia se mencionaron los siglos XX y XXI, en los que se vio una notable evolución en los derechos humanos de los niños en países occidentales. En Colombia también se dieron cambios importantes que contemplaban a los NNA como sujetos sociales de derechos. Como ejemplo de ello, la Convención sobre los Derechos del Niño (1989), que tuvo lugar en Colombia en 1991, otorgó a los menores nuevos privilegios, normas exclusivas, atenciones y derechos que el Gobierno Nacional debía “asegurar (...) y, debido a su condición de ley”, el país debía “cumplir y respetar”<sup>10</sup>. Las ideas de esta convención y la de muchas otras, sirvieron como antecedentes que fueron tomados en cuenta en la Constitución Política colombiana, que en 1991 amplió la carta de derechos de los niños, niñas y adolescentes.

La Constitución Política del 91 llegó para reemplazar y transformar las ideas centralistas que regían la Constitución de 1886, ya que debía adaptarse a los cambios sociales que exigían mejoras en el país. Uno de los aportes importantes de la nueva constitución fue promulgar el respeto, la inclusión, la participación ciudadana, la autonomía, la paz y la justicia social, para crear un país que exaltara la diversidad. La nueva mentalidad que trajo consigo la nueva carta, dio lugar a que se respetaran los distintos matices, formas de pensar y de vivir de los sujetos, entre ellos, niños, niñas y adolescentes a los que se les otorgaron derechos humanos, como el derecho a la no discriminación, a la

---

<sup>10</sup> Unicef. (2014). *25 años de La Convención Sobre los Derechos del Niño*.

identidad, a no ser separados de los padres, a opinar, a la intimidad, a la libertad de expresión<sup>11</sup>, entre muchos más.

Si bien la Constitución de 1991 sirvió como reconocimiento de las infancias, de sus necesidades y urgencias, fue muy difícil que las leyes se aplicaran en cada rincón del país. En Colombia, cientos de niños/as y adolescentes aún viven desprotegidos, por lo que muchos han perdido la vida por culpa de la carencia económica, la inseguridad, por no tener acceso a la salud y por más factores, que, si bien están contemplados en la Constitución como derechos innatos de los NNA, no se cumplen a cabalidad. Una de las consecuencias de lo anterior es que en Colombia hay una tasa de desnutrición enorme que afecta a muchos menores de edad en lugares como el Chocó y la Guajira, donde se ha determinado que estos crecen menos que otros infantes de estratos altos<sup>12</sup>.

La desnutrición no es el único problema que afecta a los NNA, ya que estos deben enfrentarse a muchas otras violencias relacionadas con la agresión física o con obligaciones que no pertenecen a su edad, como el tener que trabajar desde pequeños, hacerse cargo del cuidado de sus hermanos menores, o vivir rodeados por entornos de droga, abusos sexuales, prostitución, asesinatos, etc.; y, además, a verse obligados a vivir con todas las secuelas psicológicas que les dejan esas violencias y con el hecho revictimizante de que no se respeten sus vivencias u opiniones. Todos estos abusos son muy difíciles para los NNA, sobre todo para aquellos que son más pequeños, ya que, según Linda Arango et al., en su obra *Niñas, niños y adolescentes en el posconflicto colombiano* (2023), en ellos “se acentúa la invisibilidad de sus problemáticas y menos se tiene en cuenta su voz en los momentos de atención, reparación y construcción de memoria” (p. 13).

Cabe mencionar que los NNA en condiciones de pobreza no son los únicos que viven violencias, ya que algunos otros que tienen comodidades económicas también las sufren, pero hay que reconocer que son muy distintas. Aun así, sus privilegios no los eximen de los abusos adultistas, del silenciamiento, del abandono, del ocultamiento de su

---

<sup>11</sup> Unicef. (s.f). *Aprende de los niños y adolescentes. conoce sus derechos*.

<sup>12</sup> Zamora, D. (2022). *Los niños del campo colombiano crecen menos que los de las ciudades*. Pesquisa Javeriana.

realidad, de la falta de atención y de muchas cosas más. Sin embargo, es alarmante ver cómo esas infancias que por años fueron minimizadas, viven en medio de condiciones precarias que las alojan a tomar decisiones peligrosas para sí mismas y los demás.

Dicho lo anterior, en este apartado se dará tratamiento a las formas en las que actúa el conflicto armado en Colombia, específicamente en casos de reclutamiento, desaparición y desplazamiento forzados, factores que aún afectan las realidades de muchos niños, niñas y adolescentes en el país. El siglo XX en Colombia fue un momento extremadamente difícil para la sociedad, puesto que el país atravesaba una crisis económica, social y política por culpa del crecimiento del capitalismo, los conflictos bipartidistas entre liberales y conservadores, el surgimiento de grupos guerrilleros, el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, la aparición del narcotráfico, la creación del paramilitarismo y demás. Hechos que iniciaron en el país una ola de amenazas, extorsiones, desplazamientos, secuestros, masacres y asesinatos que cobraron la vida de muchas personas inocentes.

Con la creación de grupos guerrilleros en los años 40, cuyos miembros eran campesinos preocupados por la desigualdad social, el olvido político de las zonas rurales, la pobreza, la falta de oportunidades y demás, el país se vio azotado por una ola de violencia que cada vez crecía más. Estos grupos al margen de la ley surgieron como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), fundada en 1964, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), fundado en 1964, el Movimiento 19 de Abril o M-19, fundado en 1970, y algunos más que empezaron a tomar acciones violentas y una marcada oposición frente a las violencias que el gobierno ejercía.

Ante la inminente fuerza que estaban tomando las guerrillas en Colombia, el gobierno, de la mano de terratenientes, decidió oponerles un grupo de autodefensas paramilitar, que pasaron a llamarse las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), las cuales “surgen (...) como un mecanismo de defensa privada de la propiedad”<sup>13</sup>. Los objetivos principales del paramilitarismo eran “la desmovilización total, la difusión del terror, el inmovilismo político, la desarticulación de la sociedad y el aislamiento de sus fracciones más radicalizadas”<sup>14</sup>, o bien sea, sembrar más terror en el país con la excusa de

---

<sup>13</sup> Ontiveros, V. (2018). *Los paramilitares colombianos, enemigos de la guerrilla*. El orden mundial.

<sup>14</sup> Galindo, A. (2014). *¿Qué es el paramilitarismo?* Animal Político.

que estaban protegiendo a ganaderos, dueños de fincas, poseedores de tierras y en general, familias ricas de Colombia, de las frecuentes amenazas de la guerrilla.

Los paramilitares también empezaron a hacer tratos con el narcotráfico, creándose así el narco paramilitarismo, cuyo ideal no consistía únicamente en defenderse de los grupos guerrilleros, sino en comenzar “a ejercer la violencia en las zonas en las que los narcotraficantes tenían algún tipo de interés, con el resultado de desplazamientos, amenazas, secuestros y asesinatos de civiles”<sup>15</sup>. Con esto incrementó la explotación de tierras y el desplazamiento forzado, así como la creación del sicariato y demás factores violentos con el único fin de usar los campos fértiles para la siembra de cultivos ilegales.

En la obra *Niñas, niños y adolescentes en el posconflicto colombiano* (2023), Arango et al., habla de dos tipos de conflictos armados: los internacionales y los no internacionales. El primero ocurre cuando “se recurre a la violencia armada entre dos partes que pueden ser Estados”, y el segundo, cuando sucede “entre las fuerzas militares gubernamentales y uno o más grupos armados organizados” (p. 29). En Colombia se dio el conflicto armado no internacional, en el que tanto el gobierno con ayuda del Ejército Nacional, como las guerrillas y los grupos paramilitares tomaron partido para crear una violencia desmesurada que aún hoy no se termina. El conflicto armado ha afectado a todo tipo de sujetos, entre ellos a niños, niñas y adolescentes, lo que significa una preocupación a la que muchos agentes como La Comisión de la Verdad, la Unicef, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar (ICBF) y demás, han tratado de encontrarle alternativas de solución. Una de las autoras que intenta explicar el conflicto armado en Colombia es Ximena Pachón en su texto *La infancia perdida en Colombia: los menores en la guerra* (2009), en el que la autora registra las distintas realidades que los menores de edad viven dentro del marco del conflicto armado, donde muchos de ellos son desplazados, secuestrados, reclutados, abusados sexual y físicamente, asesinados, etc.

En la mayoría de los casos, esas acciones en contra de las infancias están ligadas a su clase social y a los lugares que habitan. Por lo que los grupos ilegales acuden a ejercer presión física y psicológica a cientos de familias con el fin de aprovechar sus tierras e

---

<sup>15</sup> Ontiveros, V. (2018). *Los paramilitares colombianos, enemigos de la guerrilla*. El orden mundial.

imponerse sobre el Estado. Estos también se aprovechan de las carencias económicas para persuadir a los menores ofreciéndoles una mejor vida, para después reclutarlos y usarlos en combates como informantes, vigilantes y traficantes. Lamentablemente, muchos de los casos de abusos a las infancias y juventudes quedan simplemente en el olvido, ya que la mayoría de ellos no se atreven a denunciar porque temen que tanto ellos como sus familiares sean asesinados y porque ni siquiera saben que poseen ese derecho.

Arango et al. (2023) menciona la importancia de señalar que, así como existen los conflictos armados que afectan a todo tipo de sujetos, también existe “la aplicación de las normas del [D]erecho [I]nternacional [H]umanitario” (en adelante DIH) el cual se “encarga de establecer los parámetros, reglas, límites y formas de conducta que los actores pueden o no desplegar en el campo de hostilidades, so pena de que se configuren como infracciones del DIH” (p. 29). El DIH, entonces, es una agencia que promulga la defensa de los NNA y funciona para “limitar los medios y métodos que las partes en conflicto pueden emplear en el desarrollo de las hostilidades, protegiendo así a los civiles y a los bienes que podrían llegar a verse afectados en el desarrollo del conflicto” (p. 29).

A su vez, menciona que La Convención sobre los Derechos del Niño de 1989 “consagró la prohibición expresa del “reclutamiento de menores por parte de los grupos armados”, y, además, “gracias a una reserva hecha por el Gobierno colombiano se amplió la edad de restricción y se prohibió el reclutamiento de menores de 18 años” (p. 38). Uno de los derechos que protege a las infancias de estas violencias es el derecho a la no participación de menores de edad en conflictos armados. La Constitución lo escribe así:

En tiempos de guerra los niños, niñas y adolescentes no podrán ser reclutados como soldados ni participar en los combates, ni ser utilizados de ninguna forma en el conflicto. Los niños, niñas y adolescentes tienen derecho a una protección especial por parte del Estado en caso de conflicto. (Unicef, s.f., p. 37)

A pesar de todas las leyes a favor de los NNA, el conflicto armado persiste y los grupos ilegales siguen utilizándolos en sus guerras, sobre todo en las regiones marginalizadas en las que no hay presencia del Estado. El conflicto armado actúa de muchas formas, pero en este capítulo nos centraremos en tres mecanismos que arrojan a los NNA a existir todavía como instrumentos de guerra. Estos son el reclutamiento, la

desaparición forzada y el desplazamiento forzado. La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (en adelante la Comisión de la Verdad) en su texto *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* (2022), recoge una serie de testimonios de la población infantojuvenil que vivió el conflicto armado en Colombia.

## 2.1. Reclutamiento

Habría que empezar definiendo qué es el reclutamiento ilegal de menores de edad en Colombia. Arango et al., (2023) menciona cómo en el reclutamiento “existe entre el menor y el grupo armado un vínculo de pertenencia formal, por lo que el menor participa de las hostilidades, realiza funciones de mantenimiento e incluso puede reclutar a otros menores en la estructura militar” (p. 35). Además, presenta la distinción entre reclutar y vincular, la última se da cuando la “participación es indirecta e informal” y “el menor es empleado para el desarrollo de labores de cooperación, información o colaboración” (p. 35). La Comisión de la Verdad (2022) también marca esta división y agrega términos como el uso y la utilización; el uso, es entonces la forma en la que se “induzca, facilite, utilice, constriña, promueva o instrumentalice a un menor de 18 años a cometer delitos”. Y la utilización es la manera “en que las niñas, niños y adolescentes pueden ser llevados a cumplir una tarea o a asumir algún rol a favor de un actor armado” (p. 137), es decir, es un tipo de participación en la que el menor no necesariamente actúa en hostilidades, pero sí realiza actividades relacionadas a labores de espionaje y de inteligencia.

Tanto la vinculación como el reclutamiento son infracciones graves al DIH y son considerados como crímenes de guerra, aunque, según la Comisión de Verdad (2022), estos se demoraron en reconocerse, ya que durante mucho tiempo fueron confundidos con el secuestro o la desaparición forzada, por lo que no es claro precisar cuántos NNA fueron reclutados. Una cifra aproximada de los NNA que fueron reclutados de 1990 a 2017 fue entre 27.101 y 40.828<sup>16</sup>, un número alarmante que aún sigue creciendo.

---

<sup>16</sup> La Comisión de la Verdad. (2022). *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado*. (p. 11).

El reclutamiento forzado de menores de edad se ha dado por muchos motivos, pero el más preocupante es la deficiente presencia del Estado en los lugares con mayor incidencia en estos actos criminales. La Comisión de la Verdad (2022) reconoce que hubo negligencia por parte del gobierno, puesto que la “ausencia de recursos para la atención y fortalecimiento de las rutas de prevención” (p. 138) llevaron a los grupos ilegales a tomarse territorios desprotegidos y, por ende, a reclutar. Otra de las causas del reclutamiento se da por las condiciones de precariedad en las que viven muchos NNA, las cuales los arrojan a enlistarse en grupos armados. La negligencia por parte de la familia y la sociedad también es un factor importante, puesto que faltó presión por parte de ellas para protegerlos.

Según Ximena Pachón (2009) los NNA “han estado vinculados a la guerra y a los conflictos bélicos desde tiempos inmemoriales” ya que, “con la aparición de las armas de fuego ligeras y de fácil manejo (...) sus tareas se incrementaron y pudieron asumir de manera creciente un rol más protagónico en la guerra” (p. 3). El hecho de reclutar menores de edad no fue al azar, sino que fue una práctica que “obedeció a una lógica racional y a una acción decidida de los grupos armados ilegales”, ya que estos se aprovecharon de todas las carencias que se vivían en los territorios y de “la vulnerabilidad de estas personas para reclutarlas y fortalecer su capacidad militar con individuos ágiles, obedientes y de quienes se espera una mayor adaptabilidad a las necesidades de la guerra” (la Comisión de la Verdad, 2022, p. 139). Como vimos en el apartado anterior, el adultocentrismo construyó la infancia de manera en que los NNA fueran extremadamente manipulables y obedientes. Como los métodos de enseñanza funcionaban por la imitación, los niños debían copiar las acciones del adulto, de modo que su educación se daba en función de lo que este quería.

De acuerdo con la Comisión de la Verdad (2022), los grupos armados creían que reclutar menores era totalmente beneficioso “porque son personas más fáciles de adiestrar” (p. 139), porque son “luchadores eficientes por su agilidad y dado que no tienen muy bien definido el concepto de lo bueno y lo malo” (p. 143) y dado que la remuneración económica era mucho menor a la que debían pagarles a las personas adultas. A los NNA se les vulneró la capacidad de decisión propia, puesto que no se les daba la posibilidad de cuestionar las violencias que experimentaban. El silenciamiento adultista al que se ha sometido a los niños y niñas durante siglos fue lo que originó que en Colombia los NNA

adoptaran ideologías como propias, que fueran manipulables y obedientes, ya que simplemente esto era lo único que se les permitía hacer, escuchar y obedecer.

Los NNA, además, aprendieron a naturalizar esas conductas violentas. Debido a ello, los actores armados se “convirtieron en referentes para las niñas, niños y adolescentes” (p. 163), ya que los veían como figuras poderosas que poseían dinero. A su vez, buscaron en ellos un escape a los problemas que enfrentaban en sus casas. Si bien se daban casos en que los NNA aceptaban enlistarse por “decisión propia”, esta estaba condicionada por muchos factores que los obligaban a unirse a grupos delictivos; es decir, que no se trataba de una decisión propia, sino de una obligación conducida por las falencias económicas, la violencia que vivían en sus casas, la falta de oportunidades, etc., como también, del hecho de que estas personas los seducían con promesas como la obtención de dinero, fama, ayudas para sus familiares, poder... Es decir, manipulación emocional.

El hecho de que los NNA estuvieran presentes en entornos de guerra y que participaran en secuestros, asesinatos a sus propios compañeros y otras personas, extorsiones, amenazas, etc., que además estuvieran expuestos a castigos brutales como el maltrato físico, abusos sexuales, hambre, sed, insomnio, entrenamientos desgastantes y demás, produjo en ellos consecuencias graves que impidieron que se completaran las “etapas fundamentales para el desarrollo, hecho que les impide vivir experiencias acordes con su edad y afecta la construcción de su identidad”. Además, les ocasionó “impactos emocionales imborrables con secuelas en las formas de relacionarse e interpretar el mundo” (2022, p. 225), ya que, en muchos casos, los NNA que son reinsertados pierden la capacidad de habla y de relacionarse con las personas, por el miedo a ser juzgados o asesinados.

Sumado a lo anterior, “el adiestramiento militar impactó su desarrollo emocional y relacional” (2022, p. 170), ya que les hizo normalizar un mundo caracterizado por el miedo, la venganza y el dolor. Los NNA naturalizaron la violencia al punto de hacerla parte de ellos, por lo que ha sido y es extremadamente difícil que al momento de la reinserción estas personas abandonen por completo las conductas violentas y olviden los traumas que les dejó la guerra. La figura del niño/a soldado ha estado presente durante mucho tiempo en la

sociedad, un niño/a al que le robaron su infancia para otorgarle obligaciones que no le pertenecían y que no tendría por qué vivir nunca.

### **2.1.1. Resucitar**

Voy con Paula y Margarita para el colegio, como todos los días a las 7:00 de la mañana. Nuestro colegio es pequeño y solo hay dos salones donde nos dividen de los más grandes a los más pequeños. Yo apenas estoy en tercero porque mis papás se cambian mucho de casa y nunca he podido ir a un solo colegio. Esta vez nos hemos quedado más tiempo en El Resguardo, mis papás tienen una finquita aquí, la compraron con la plata que les dieron por las tierras que vendieron en donde vivíamos antes. Tuvimos que salir de ahí porque se metieron los paras y la guerrilla a pelearse por la tierra.

Aquí estamos desde hace un año, nos vinimos porque dicen que acá es más seguro que donde estábamos antes. En mi pueblo teníamos muchas más cosas que aquí, como nuestros animalitos, que tocó venderlos con todo y casa. En El Resguardo también tenemos, pero no tantos como en La Tierra del Olvido; mi papá dice que no quiere comprar animales ni invertirle a esta tierra porque la plata no alcanza para tanto y porque no sabe en qué momento nos tengamos que ir.

A pesar de que este pueblo es pequeño, me gusta más, el colegio es chévere y lo mantiene a uno ocupado, nuestros papás no nos mandan a hacer tantas cosas en la casa. Aunque bueno, cuando regreso por las tardes siempre me toca ayudarle a mi mamá a limpiar la casa de la profe Claudia, que es la profesora de todos y a veces viaja a Resurrección a conseguir materiales para darnos las clases. La profe Claudia vino en reemplazo de la profesora Lucila, yo no la conocí, pero dicen que se fue porque la amenazaron, pero nadie supo ni quién ni cómo.

Entramos al salón y estaba la profe llamando a lista, como siempre nosotras llegamos tarde porque en la casa tenemos que hacer el desayuno y dejar todo arreglado.

Como todos los días, la profe nos regañó y nos puso a hacer las tablas: *No debo llegar tarde a mi salón de clases*. 100 veces, ya estamos cansadas de esa llenadera de hojas.

En las primeras horas la profe nos da clase de español, hasta ahora estamos con las sílabas. Yo a pesar de que voy en tercero voy adelantada en muchas cosas, leo más rápido y

sin equivocarme; además, me gustan mucho los números porque le ayudo a mi papá a sacar las cuentas de la venta de la leche y los huevos. Este año la profesora Claudia dijo que me pasará a sexto, porque dice que yo sé mucho para estar en tercero.

Tocó la hora del recreo, mi mamá me empacó la aguapanela caliente, el pan y el huevo que no me alcancé a comer en el desayuno por estar corriendo.

Ahora estamos sentadas afuera del salón en las llantas que pusieron los papás para decorar la escuelita. Algunos están jugando fútbol, ya que no tenemos educación física aquí y toca aprovechar el descanso para jugar. Pero mis amigas y yo siempre nos quedamos hablando, ellas de Alberto, su “amor platónico”, como le dice Margarita, también de la casa, de los problemas, de tantas cosas que uno a esta edad no tendría que pensar, o eso es lo que dice la profe Claudia.

El tiempo se paró por un momento para todos, quedamos en silencio, como si hubiéramos visto al mismísimo diablo. Pero no era el diablo, eran unos hombres que estaban pasando por arriba de la colina, llevaban uniforme y escopetas, sé cuáles son porque mi papá tiene una en la casa, él dice que no se va a dejar quitar una tierra otra vez.

La profe enseguida nos mandó a entrar, y eso que todavía falta para que se acabe el recreo. Cerró la puerta y las ventanas con seguro, nos dijo que mantuviéramos silencio mientras esos hombres pasaban. Apenas se fueron ese silencio se rompió.

Todos empezamos a cuchichear, a comentar sobre lo que había pasado, los más grandes decían “se metieron los paras”, y la profe con un solo grito los calló. Ella es muy buena y casi no alza la voz, pero cuando la hacemos coger rabia da mucho miedo.

—No quiero que comenten nada sobre lo que vieron, esas personas no son de aquí y solo estaban pasando. Y Alberto, tú no los conoces como para saber si son paramilitares o no, no quiero que lo repitas. Vamos a continuar ahora con matemáticas, espero que hayan hecho los ejercicios que les pedí. Alberto, tu cuaderno.

El pobre Alberto está asustadísimo porque él nunca hace las tareas y la profe siempre lo regaña. Un día le mandó a llamar a la mamá, esa señora vino brava como un toro y le pegó al pobre Beto delante de todos, pero ese muchacho no aprende.

Me puse a terminar los ejercicios en clase, porque en la casa no me había dado tiempo, igual no me preocupo porque mi apellido siempre lo llaman de último. En eso, me interrumpió un papelito de Paula.

*—q dices de esos hombres, será q nos van a sacar de aquí*

*—no sé pero ojalá que no porque a mi papá le da algo — y yo le envié uno a ella.*

*—yo creo que vinieron a sacarnos de aquí como nos pasó antes porque raro que esa gente pase por aquí si aquí no ay nada — respondió.*

—Esperanza y Paula, sus cuadernos. Y me dejan ya esa pasadera de notas, ¿o quieren que les ponga más planas? — nos interrumpió la profe, yo estoy más asustada que Alberto, porque por culpa de Paula no terminé los ejercicios.

Paso casi temblando, me da miedo no completar las tareas, pero más que eso, que la profe no me pase a sexto. Aunque esta vez no fue mi culpa, en mi casa pasan tantas cosas, la falta de plata, las peleas de mis papás porque mi mamá se quiere ir, mis hermanos que no quieren ayudar en la casa, que no quieren estudiar...

—¿Por qué no completaste los ejercicios? Si tú siempre haces todas las tareas y las haces bien. ¿Pasó algo que deba saber?

La profe está enojada, aunque más que eso, preocupada, seguramente ella cree igual que Alberto y tiene miedo de que esos hombres sean los paras; o como Paula, que cree que nos van a sacar de aquí; o miedo de que la amenacen como a la otra profesora y tenga que irse para la ciudad; o como yo, que no sé ni qué pensar. Ver a esos señores cruzar por aquí es raro, porque este pueblo es más tranquilo y aquí no hay nada que puedan robar.

—Eh... no, todo bien, profe, no pude terminar porque se me había perdido el cuaderno— le mentí, mi mamá siempre dice que los problemas de la casa no debo comentarlos con nadie más y menos con los adultos, porque siempre se quieren meter.

—Está bien, pero por favor la próxima vez quiero que entregues los ejercicios completos. Siéntate. Niños, ya se pueden ir. Esperanza, tú quédate por favor— y ahí venía otro regaño.

Todos salieron y nos quedamos solas en el salón. Me siento más asustada, porque ella nunca me había dicho que me quedara y a los niños a los que les pedía eso era para regañarlos o preguntarles si estaban teniendo problemas.

—Esperanza, quiero saber si está todo bien en tu casa. Últimamente tu desempeño ha bajado, sigues llegando tarde, no entregas las tareas completas, te la pasas hablando con tus compañeras, ¿pasa algo?

—No, no pasa nada profe, es que he estado ocupada en la casa, pero nada más, estoy bien, yo no tengo problemas ni nada de eso— de nuevo mentí, pero más nerviosa que antes.

—Está bien, pero recuerda que de tu buen comportamiento depende que te pase a sexto grado. ¿No te gustaría? Tú eres muy buena y mereces más, no quiero que te distraigas.

—Sí, sí quiero estar en sexto. Lo siento, profesora, le prometo que me voy a portar bien. ¿Ya me puedo ir?

—Sí, también recuerda que estoy aquí por si tienes algún problema en casa o alguna pregunta. Cierra la puerta, por favor.

Salí del salón y mis amigas aún están afuera.

—¿Qué pasó? ¿Te regañó? ¿Ya no te va a pasar? ¿Qué te dijo? — preguntaron las tres al mismo tiempo.

—Solo me dijo que hiciera las cosas bien y ya. Vámonos, que nos va a regañar.

Vamos caminando a nuestras casas, el colegio nos queda un poco lejos, pero las tres vivimos cerca y por estar hablando se nos hace más corto el camino. De nuevo Margarita empezó a hablar de Alberto, de lo triste que se siente porque la profe lo regañó. Yo no sé qué le ven a ese niño, es más grande, no hace nada y aparte es feo. Hace chistes groseros, se burla de las niñas y de los más chiquitos. Además, el otro día oímos que es familiar de alguien que está en la guerrilla, un supuesto tío de él, pero la profe nos prohibió hablar de eso porque dice que es peligroso que la gente sepa. La gente son los paras.

Subimos hacia la finca del señor Fernando, el papá de Alberto, siempre venimos por aquí porque es el camino más corto para llegar a nuestras casas y porque ellas quieren seguir viendo a ese niño.

Venimos tan distraídas que no nos dimos cuenta de que algunos de esos hombres armados están discutiendo con el papá de Alberto. Ya nos vieron, tenemos que salir corriendo porque es lo que siempre hacemos cuando vemos a esa gente. Pero nos pararon y empezaron a hacernos preguntas. El señor Fernando nos dice que corramos, les dice a ellos que nosotras no tenemos nada que ver, que nos dejen ir.

—¿Qué hacen por aquí? ¿Cómo se llaman? — nos preguntaron apuntándonos con esas escopetas, ninguna quiere contestar por miedo y porque tenemos prohibido hablarles—  
 ¿¡Que cómo se llaman!?! — gritó uno de ellos, el más viejo, y disparó al aire.

—Espe... Esperanza, yo soy Esperanza, por favor déjenos ir— hablo con mucho más miedo del que tenía cuando hablé con la profe Claudia, ojalá ella estuviera aquí.

—¿Y tus amiguitas? Están muy bonitas.

—Paula y Margarita. Nosotras solo pasamos por aquí, pero no molestamos a nadie, señor. Solo vamos para nuestras casas, nuestros papás nos están esperando y si llegamos tarde se van a molestar.

—Espero que no digan nada a nadie, porque si no ya verán, ¿me entendieron?

—Sí señor— dijimos las tres casi llorando.

—Ahora váyanse de aquí, aunque espero verlas pronto— nos guiñó un ojo. Su mirada me da ganas de vomitar, *¿por qué esos señores nos miran así? Como si fuéramos comida, si solo somos unas niñas.* Salimos corriendo, creo que nunca habíamos corrido tanto, ni cuándo vamos tarde para el colegio.

De repente, sonaron uno... dos... tres... disparos, nos detuvimos a la mitad. Ahora el señor Fernando está en el suelo, le dispararon. No aguanté más y vomité, la muerte me da asco, esos hombres me dan asco.

Margarita solo grita y llora, porque no sabe que nos pueden matar. Aunque cómo culparla si todas estamos iguales, pero si seguimos así van a venir por nosotras.

—Hay que regresar, ahí está Alberto, lo van a matar— Margarita intentó correr hacia la casa de Alberto, pero la agarré del brazo con toda mi fuerza, todas la abrazamos para que no se fuera.

—No, Margarita, no puedes. Quédate aquí, quédate con nosotras o te van a matar, él seguro está bien, todavía no estaba ahí porque si no hubiera salido. Si regresamos nos van a

matar— nos tiramos al suelo, abrazadas las tres, mientras vemos como esos hombres se van, como nos pasan por el lado sin siquiera mirarnos, como se van después de haber matado a un señor que no se metía con nadie.

—Tenemos que calmarnos, sino en la casa nos van a preguntar que por qué estamos llorando, por favor no digan nada porque esa gente es muy peligrosa, yo vi todo lo que hacían en mi pueblo, vi cómo nos dejaron sin nada y si decimos algo nos van a hacer lo mismo. Si nos preguntan, todas vamos a decir que nos quedamos en un examen.

Las tres acordamos que este sería nuestro secreto y que ninguna podía decir nada a nadie. Yo llegué a mi casa y aunque quiero entrar, porque necesito quitarme la blusa que manché, mi papá, que está por ordeñar a la vaca, me llamó para que lo ayude.

—Esperanza, ¿por qué no saludas? ¿Dónde estabas y por qué vienes hasta ahora? Hace rato que se terminaron las clases. Ayúdame a ordeñar la vaca, pásame el balde.

—Hola, papá, es que tuvimos examen. Ya vengo que voy al baño.

—¡Qué vengas ya!

—Sí, señor.

—¿Por qué ensuciaste así la ropa? ¿Por qué tienes los ojos hinchados? ¿Qué te paso? ¿Alguien te hizo algo?

—No, papá... es que... me caí porque venía corriendo para no llegar tarde y me... me raspé y lloré un ratico mientras se me pasaba el dolor, pero estoy bien, no me pasó nada— no sé dónde aprendí a mentir tanto.

—Ya te dije que debes tener más cuidado cuando vengas para acá, sabes que esos caminos están malos y no puedes andar como una loca por ahí, pásame el balde y ve a bañarte que hueles muy feo.

—Sí, señor— entré a la casa esperando que mi mamá no estuviera, porque tengo que mentirle a ella también y ella no se cree las cosas tan fáciles. Menos mal que no está, seguro se quedó en la casa de la profe, si ellas hablan y le cuenta a mi papá, sabrán que les mentí.

Me fui a bañar y me metí en el cuarto que comparto con mis hermanos, menos mal que ellos tampoco están porque solo tengo ganas de llorar y de estar sola. Me acosté y de

tanto llorar me quedé dormida, hasta que escuché que mi mamá llegó, seguramente me va a regañar, pero me siento tan débil que no me puedo parar de la cama.

—¿Dónde está la niña? ¿Ya llegó del colegio?

—Sí, está en el cuarto descansando porque se cayó y se siente mal.

—¿O sea que no ha cocinado? ¡Esperanza!

—Ay Alicia, déjala, no estás oyendo que se cayó y estaba llorando. Yo ya puse el arroz, solo falta algo para completar, ahí hay huevos. Mira qué haces con eso.

—O sea que yo vengo cansada de trabajar y me toca cocinar también. Esperanza, ven para acá— abrió la puerta de la pieza y ahora siento tanto miedo como cuando vi a esos hombres— ¿Qué tienes? ¿Por qué llegaste tarde? La profesora me dijo que habían salido a la hora de siempre, ¿dónde te quedaste?

—Es que me caí, mamá, y me siento mal, creo que tengo fiebre. Pero ya hago la comida, no me vaya a pegar, mire que no fue mi culpa.

—Quédate aquí, yo la hago, pero respóndeme, ¿dónde estabas?

—Con las muchachas, es que nos quedamos estudiando para un examen de matemáticas que ellas no entienden bien y se me olvidó venir a avisarte, pero ya no vuelve a pasar— soy tan mala mintiendo que ni cuenta me di que mi papá también está aquí. Pero él no dice nada.

—Está bien, pero la próxima avisas, mira que no fuiste hoy a ayudarme. Pero bueno, quédate aquí y ya miro qué hago de comer.

Se fue a la sala a hablar con mi papá, aunque hablan pasito yo trato de escuchar todo. Ella le cuenta sobre el señor Fernando, ya se regó el chisme de que lo mataron. Mi mamá le pregunta a mi papá que qué van a hacer, que si esa gente se está metiendo en este pueblo lo mejor es irnos y que si mataron a ese señor fue por algo, que ella no va a dejar que nos saquen otra vez a la fuerza.

—Mira, Alicia, de aquí me sacan muerto o no me sacan, yo de aquí no me voy. Estoy cansado de huir siempre de todo lado, nunca hemos podido darles una vida digna a los muchachos, ya estoy hartos de tanta corredera.

Yo estoy de acuerdo con mi papá, no quiero seguir huyendo, no quiero que nos roben más casas, que tengamos que dejar todo aquí, pero también tengo miedo de que

vengan y nos hagan lo mismo que al señor Fernando. Pero, ¿para dónde vamos a coger? Si cada lugar al que vamos es igual, esa gente siempre termina metiéndose en los pueblos, sino son los unos son los otros, pero siempre están ahí.

—Ah, ¿y crees que aquí lo podemos hacer? ¿Quieres que me maten a mí y a tus hijos también? No puedes ser egoísta, Genaro, nosotros no nos vamos a quedar por ti y tus berrinches de viejo.

—No soy egoísta, Alicia, egoístas ellos que nos quitan todo, tengo que hacer algo, hablar con los vecinos y sacar a esa gente de aquí. Yo me puedo defender.

—Ay, Genaro, tú sabes que con esa gente no se puede hablar, además, ¿cómo los vas a sacar? Si ni el propio ejército ha podido. Tú sabes cómo es esto, el que no se va, se muere y yo no me voy a quedar aquí viendo cómo te matan a ti o a mis hijos.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a ir? ¿Para dónde vas a coger? Tú te tienes que quedar aquí conmigo y con los muchachos, si nos vamos esa gente va a ganar como siempre. Están así porque nunca hacemos nada, porque nos dejamos quitar todo.

—Que no te oigan decir eso, porque te pueden estar confundiendo con la otra gente. A ellos nos les importa nada, Genaro, entiende que el diálogo no funciona con ellos.

—Ay, ya déjame en paz, yo no me voy de aquí y punto, y tú tampoco. Ni se te ocurra llevarte a mis hijos.

Salí del cuarto porque necesitaba saber más.

—Mamá, ¿qué le paso al señor Fernando? ¿Sabes si Alberto está bien?

—Ay mi amor, te he dicho que cuando tu papá y yo estemos hablando de estas cosas no debes escuchar, eso no te corresponde a ti. El señor Fernando tuvo que irse por unos problemas en su finca y tu compañero está bien, seguro mañana lo ves en el colegio, pero no le preguntes nada, pobrecito— de ella aprendí a mentir, siempre nos dice que todo está bien, pero con esto que pasó hoy, me di cuenta que siempre nos miente.

—¿Entonces nos tendremos que ir otra vez?

—Por ahora no, hay que esperar. Tú no te preocupes por eso, pero Esperanza, no quiero que te quedes más tiempo del que debes en el colegio con tus amiguitas, tienen que cuidarse mucho porque uno no sabe lo que pueda pasar. Le voy a decir a Juan que te vaya a buscar al colegio, de todos modos, él está más grandecito y no está bien que te vengas sola.

Ya han pasado algunos días, esas personas no han regresado. Pero yo no he dejado de pensar en ellos, sus miradas se quedaron conmigo al igual que el sonido de esos disparos.

Hace rato mi hermano Juan no viene a buscarme, se fue de la casa después de que mi papá peleara con él porque hacía falta una plata. En el colegio las cosas están mal, Margarita se fue con los papás a otro pueblo, se fue muy triste porque Alberto desapareció, y Teresa ya no me habla, la última vez me dijo que les contó a sus papás lo que pasó y que pronto se irán. Estoy sola, sin mis amigas me siento sola. No hemos sabido nada de Alberto, si lo mataron, si se lo llevaron o si se fue de aquí, no volvió al colegio desde la muerte de su papá. Algunos niños también se han ido y nosotros seguimos aquí esperando a que pase algo. Mi papá dice que no se va, no sé qué espera, y mi mamá sigue peleando con él porque se quiere ir.

Me regreso todas las tardes sola para mi casa después de hablar con la profe Claudia sobre lo que pasa en mi casa, sobre esas personas, sobre lo mucho que extraño a las chicas. Poco a poco le he cogido confianza, ella me escucha y también habla conmigo, me cuenta la historia de esas personas, cuáles son sus causas y por qué es peligroso acercárseles. A veces intenta disfrazarme la verdad, pero por lo menos ella sí me habla de esto. También me cuenta sobre una fundación que está en la ciudad donde ella vivía, ahí hay niños y niñas que han sido afectados por la violencia. Con los pocos estudiantes que quedamos ella se siente sola y ha encontrado en mí una amiga y yo en ella también.

Aunque le tengo más confianza, aún no me atrevo a contarle lo que me ha estado pasando estos días. Algunas veces siento que alguien me vigila y me persigue, no sé si es real, no sé si con tantas cosas que se oyen por aquí me estoy volviendo loca, no sé si este pueblo se llenó de fantasmas o son solo esos hombres que regresaron. Prefiero los fantasmas, aunque también me den miedo. Sigo caminando mientras pienso en tantas cosas, no sé por qué uno piensa en momentos feos justo cuando está solo. La profe dice que se llama presagio, yo lo llamo locura.

Me detengo porque lo veo, es ese señor que nos miraba raro a mí y a mis amigas, el que nos dijo bonitas, el que mató al señor Fernando. Me mira desde lejos, pero siento como si estuviera al lado mío haciéndome quién sabe qué cosas, me guiña el ojo y me tira besos.

Aún falta mucho camino para llegar a mi casa, me siento acorralada, solo estamos él y yo y si grito nadie me va a escuchar. Corro, corro tanto que ni siquiera siento las piernas, él me sigue. Oigo su risa, se burla de mí, de que mis piernas no son tan rápidas como las tuyas. Me gritó que volvería por mí, que no podría escapar de él. ¿Por qué? ¿Por qué me quiere si yo no lo conozco? *¿Por qué me mira así? Si yo soy solo una niña.*

Llego a la casa de la profe Claudia, en mi casa no hay nadie y no quiero estar sola.

—¡Profe, profe! Ábrame por favor, soy Esperanza, no me deje aquí.

—Hija, ¿qué pasó? ¿Estás bien? Entra.

—Lo vi profe, era ese hombre, el que mató al papá de Alberto, me estaba esperando y me dijo que volvería por mí. Por favor no me deje sola, yo no quiero irme con él, me da miedo, no quiero irme de aquí.

—¿De qué hombre hablas? ¿Quién es? ¿Qué te hizo?

—Paula, Margarita y yo vimos cómo los paras mataron a ese señor, nosotras pasamos por ahí en ese momento, ese hombre nos dijo que esperaba vernos y hoy lo vi, vino por mí.

—Por Dios, Esperanza. ¿Por qué no me habías dicho nada? ¿Hace cuánto ese hombre te está buscando? ¿Has hablado antes con él?

—No, es la primera vez que lo veo después de lo que pasó. Yo estaba sintiendo que alguien me perseguía, que me miraban, pensé que solo eran ideas mías, pero no es así.

—Bueno, tranquila. Yo te acompañaré a tu casa cuando salgamos del colegio, así no tienes que volver sola. Ya veré qué más se me ocurre.

—Pero profe, si vamos juntas a mi casa mis papás se van a dar cuenta. Yo no quiero que ellos sepan, me van a regañar porque les mentí.

—Eso no importa, yo hablo con ellos. Lo más importante es que tú estés bien, y si se tienen que ir de aquí para que estés segura, pues se van.

—¿Cree que me pueda quedar hoy con usted? Mis papás no están en el pueblo.

—Claro que sí, mañana nos vamos temprano al colegio y nos regresamos para acá.

Ya amaneció y vamos para el colegio, por primera vez no voy a llegar tarde. Llegamos al salón y solo hay cinco niños esperando. Cada vez somos menos, pero la profe no pierde la esperanza y sigue dando clases, ella espera que algo cambie. Hoy las clases terminaron más rápido porque nadie quiso participar ni hacer los ejercicios.

Cerramos el salón y nos fuimos. En el camino la profe me viene contando sobre su vida en Resurrección, su ciudad natal, que también es la capital de este país. De un momento a otro unos hombres se acercan a nosotras, son cinco; sé que vienen por mí, sé que me llevarán al monte y me separarán de mis papás y de la profe Claudia. El corazón se me empieza a acelerar, no puedo respirar, no siento el cuerpo, creo que estoy flotando. La profesora solo me dice que me calme, como si fuera fácil, como si ella no estuviera igual de asustada que yo. Con cada paso que dan siento que me voy a desmayar, quiero salir corriendo y que no atrapen como ese día, quiero que esto no sea real.

—Profesora, ¿qué hace por aquí? Nos vamos a llevar a la niña.

—¿Qué? No, ¿por qué se la van a llevar? Ella no ha hecho nada— me escondí detrás de ella como si ellos no pudieran verme.

—Porque nos da la gana, el comandante la mandó a buscar. Nos va a servir mucho para nuestras misiones, no se resista porque será peor.

—Pero no se la pueden llevar, ella es una niña, tiene sus papás, está en el colegio estudiando, ella no tiene nada que ver con lo que hacen.

—A nosotros no nos importa eso, quítese o nos la llevamos a usted por el medio.

Pienso en las tantas veces que mis papás me hablaron de Dios y el padre nuestro se empieza a repetir y a repetir en mi cabeza, solo espero que un milagro pueda salvarme de esos hombres. Pero no va a pasar.

—Por favor no me lleven, mis papás van a pensar que me fui y yo no me quiero ir, no sé quién es ese comandante, pero yo no me quiero ir con él. Mire, yo tengo 12, yo no sirvo para esas misiones— por fin decido a hablar, no dejaré que me lleven. Pero no me dejaron defenderme. Dos de ellos tomaron a la profesora y otro me tomó a la fuerza, me está lastimando; por más que lloré, grité, por más que la profe Claudia les dijo mil veces

que no, ellos no hacen caso. Me resistí, me resistí tanto que el cuerpo no pudo más, no tengo fuerza, ya no tengo voz. Me golpearon como nunca nadie lo había hecho.

—Te prometo que te voy a buscar, te prometo que no te dejaré sola, Esperanza. Recuerda tú nombre, no dejes que te quiten eso. Recuerda quién eres y de lo que hablamos, tú no eres como ellos.

—¡Ya cállese! — le pegaron y la tiraron al suelo, ahí la dejaron amarrada como un animal que no vale nada, mientras a mí me empujaban y me gritaban cosas horribles.

Me han hecho caminar por horas, toda la noche, con un saco en la cara para que no vea nada. Los pies me arden, tengo hambre y sed, pero no me dan nada. Ya es de mañana y por fin dejamos de caminar, escucho agua cerca, también muchas voces, muchos silbidos de felicidad como cuando logran cazar a un animal. Me están metiendo en un lugar oscuro y ahí me quitaron el saco. Hay un hombre y es ese señor con barba que me persiguió la otra vez, él es el comandante, él es quien me mandó a buscar.

—Aquí la tiene, comandante, como se la prometí. Está un poco maltratada por el viaje, pero aún le sirve— habla como si yo fuera una cosa, como si fuera una muñeca de trapo que no siente.

—Muy bien, ¿cómo estás, muñeca? ¿Muy pesado el viaje? — y se atreve a preguntar que cómo estoy. No respondí, no tengo voz ni ganas.

—¿Acaso te comieron la lengua los ratones o no me oíste?

—Quiero irme a mi casa, por favor, déjeme ir. Yo no le sirvo para sus misiones, yo no sé usar una escopeta. Mis papás me van a buscar y sino estoy allá se van a preocupar.

—No te preocupes que aquí vas a aprender de todo, te vamos a entrenar como nosotros. Y tarde o temprano te vas a acostumbrar como todos aquí. De ahora en adelante haces parte de este cuadrante. Aquí ya no importa ni tu nombre, ni tu edad, ni tus papás ni la vida que tenías antes, ¿entiendes?

—No, pero yo...

—Shhh, no hables. Cállate, que entre menos hables mejor, te ves más bonita. Tú aquí vienes a pelear y a hacer lo que yo diga, no a chistar ni a meternos en problemas. Llévenla a que se dé un baño.

Mientras me llevan al río, puedo ver a varias mujeres y también a algunas otras niñas, pero sobre todo a un niño que está amarrado a un árbol. Es imposible, no puedo creer que Alberto también esté aquí. Se ve más flaco, tiene golpes por todo lado. Parece casi muerto.

—¿Por qué está ahí? — me atrevo a preguntar.

—Eso les pasa a los niños que se portan mal. Anda, camina y deja de preguntar si no quieres terminar como él.

Me tengo que bañar delante de toda esa gente, pero no me atrevo a quitarme la ropa, no quiero que me vean y se burlen de mí. De comer solo me dieron un pan duro y aguapanela, la comida aquí es escaza, mucho más que en el pueblo. Me metieron en la carpa del comandante, él dice que mi lugar es aquí con él, que por eso me había mandado a traer. A veces me toca y me hace cosas que están prohibidas, que siempre supe que estaban mal y que espero algún día olvidar. Me golpea, me obliga a hacer cosas horribles que una niña no debería hacer nunca.

Me siento tan sucia y no solo por la tierra, sino por lo que él me hace. También me obliga a limpiarle y ordenarle sus cosas, él dice que yo vengo a pelear su guerra, pero también a ser *su mujer* y por eso me corresponden esas tareas. Ya pasaron algunos días desde que estoy aquí, me entregaron un arma que pesa más que yo, me dieron un uniforme *como si yo fuera uno de ellos*. Me enseñaron a disparar, porque esa es su misión, matar gente, robar, secuestrar... Y quieren que yo sea como ellos.

Aquí todos dicen que a los niños también nos corresponde pelear su guerra, porque somos tontos que todo se lo creen, que no sabemos qué es lo bueno o lo malo y porque somos fáciles de adiestrar como un animal. También porque somos más ágiles y aguantamos más, ¿quién los entiende? O somos fuertes o somos bobos.

Yo no creo en nada de eso, yo no soy una tonta que todo se lo cree, sé que esto no está bien, sé que yo jamás hubiera decidido venir aquí porque quiero o porque me gusta pelear esta guerra. En mi casa siempre me enseñaron que la violencia no lleva a nada bueno.

Me siento vacía, rota por dentro y por fuera. Me quitaron el nombre, me robaron la identidad, ya no soy Esperanza de 12 años, ahora soy la mujer del comandante, soy una niña jugando a ser grande, jugando a ser algo que no quiero, *porque esto no es un juego*.

Pero no olvido lo que la profe Claudia me decía. Ojalá que ella venga por mí como me lo prometió, porque este lugar es muy feo, me obligan a hacer cosas horribles que no quiero hacer, me hacen pelear una guerra que no es mía, que yo no pedí y que no pensé que fuera así de enorme.

Me han hecho crecer a la fuerza. Quieren que piense como ellos, que actúe como ellos. Y aunque a veces me niego, me toca fingir, porque si no me hacen lo que a Alberto o algo mucho peor. La primera vez que me atreví a cuestionarlos me golpearon y me dejaron sin comer cinco días, no sé cómo he sobrevivido a tanto, tal vez se deba a mi nombre, a mis papás, o a la profe Claudia que aún me espera.

A veces hablo con Alberto, él también dice que no quiere ser como ellos, por eso lo castigan tanto. Me contó que se lo llevaron días después de que mataran a su papá. Él se iba para la ciudad a donde su mamá escapó antes de que pasara todo, pero no lo dejaron, se lo robaron como a mí y no le dieron la oportunidad de elegir, *de escoger ser libre*.

Al comandante no le gusta que hable con él, siempre quiere estar encima mío. Lo odio, lo odio tanto que pensar en esa palabra me da tristeza y rabia, porque jamás pensé sentir eso por alguien, pero es su culpa por ser tan malo.

Alberto quiere irse, dice que ha intentado escapar antes, pero no lo ha logrado porque siempre lo ven. Me dice que está planeando escaparse otra vez, que me vaya con él, que de seguro a los dos nos va mejor. Yo tengo miedo porque he visto lo que le hacen a los que se quieren ir, pero sé que si me quedo aquí terminarán por convencerme a la fuerza y convertirme en uno de ellos, y yo no quiero ser así. No quiero hacerle daño a nadie ni quiero que ningún niño viva esto, porque es lo peor que le pueden hacer a alguien.

Alberto me dijo que se escaparía esta noche, que por favor me vaya con él. Yo dudo y lo pienso y lo pienso, porque si intento irme me matan y si me quedo, yo mato.

En la madrugada casi todos están durmiendo, el comandante es el que más duerme, ya que afuera de su carpa siempre hay otros dos muchachos cuidándolo. Ellos saben del plan de Alberto, porque son unos niños como nosotros y aunque también quieren escapar,

dicen que allá afuera va a ser peor. Yo no sé si eso es cierto, *pero aquí es como el infierno y no sé qué hay más malo que eso.*

Me desperté con cuidado, qué bueno que ese señor se duerme y no siente nada. Salí de la carpa con ayuda de los otros niños. Solo algunos adultos están afuera durmiendo. Alberto me dijo que me estaría esperando en la orilla del río, así que tengo que caminar hasta allá sin hacer ruido. Cuando logré llegar y ver a Alberto, uno de los hombres que está haciendo guardia vino hacia nosotros, apenas lo vimos saltamos al agua, es de noche y casi no se ve nada. Siempre le he tenido miedo a la corriente, pero siento más miedo de esas personas. Alberto trata de seguirme el paso mientras ese hombre dispara al agua casi a ciegas. Los disparos despertaron a los demás y ahora todos están disparando.

Alberto, que lo acaban de herir, solo pudo gritarme.

—¡Corre Esperanza, vete de aquí y dile a mi mamá que la amo! Ve... —Su cuerpo bajó con la corriente del río, como uno de los tantos cuerpos que ruedan a diario por aquí.

Me pregunto por qué ese hombre no me mató a mí también si él fue uno de los que me trajo. Quizá fue Dios que por fin me escuchó, quizá fue mi nombre o el río que está cansado de sentir tantos cuerpos correr.

Sigo nadando, tratando de que la corriente no me lleve con ella, mientras escucho disparos y los gritos de esas personas. Después de pasar el río hay más selva, estoy aún muy lejos de mi casa. Pero no me voy a detener porque si lo hago van a venir por mí, seguramente me están buscando, ellos no pueden permitir que nadie se escape, porque tienen miedo de que hablemos y los encuentren.

Me tocó caminar por días y noches enteras, tomando agua sucia, comiendo algunas frutas que encontraba en el camino. Después de mucho tiempo caminando por fin llegué a lo que creo que es mi pueblo, que ya no se ve como antes. Ahora está sucio, lleno de cenizas porque quemaron las casas. Solo hay ruinas, animales muertos y una soledad que no había sentido desde que mis amigas se fueron.

Vine a buscar mi casa, a mi familia. Pero cuando llegué, la que era mi casa, ahora solo es palos y paredes tiradas en el piso. Solo son cenizas porque me la habían quemado. Deseaba encontrar a mis papás aquí, quería que supieran que no los abandoné, que me

robaron. Pero ya no están y no sé si están muertos o si de nuevo tuvieron que huir, *o si fueron ellos los que me abandonaron a mí.*

También vine al colegio, no hay nadie como en todo el pueblo. No está la profe Claudia dando clases, ni los niños. *Ella no me esperó ni me fue buscar.*

Solo quedo yo, de nuevo sola, sin mis amigas, que quién sabe a dónde fueron a parar. Decido seguir caminando a ver si encuentro a alguien que me pueda sacar de aquí, *porque este pueblo solo es uno más de los tantos que destruyeron.*

Caminé por varias horas más, cerca de nuestro pueblo hay otro más pequeño. Cada que me voy acercando veo a la gente que aún queda aquí, pero no por mucho porque se están subiendo a uno de los carros que salen para Resurrección. Tengo miedo de acercarme, de que me reconozcan y me lleven de nuevo para la selva, pero tengo que arriesgarme, así como en el río, así sea la última vez.

Me subí a ese carro y después de varias horas llegamos a la ciudad, nunca había visto una ciudad. Está repleta de gente, con edificios muy altos y casas muy bonitas. No sé qué haré aquí, ni a donde iré porque aquí no conozco a nadie. Pero recuerdo el nombre de la fundación que una vez me dijo la profesora. Después de preguntarle a todo el mundo, de que me vieran con asco, de que me juzgaran y me engañaran, por fin logro llegar a un lugar donde hay más niños como yo, desplazados, reclutados por la violencia, sin familia. *Reconstru-irse*, dice a la entrada. Irse significa dejar, abandonar, escapar, así como yo me fui de ese lugar, *así como me he ido de tantos lugares.*

La puerta está abierta, así que decido entrar. Todos se me quedan mirando raro, hasta que una señorita se acercó a hacerme miles de preguntas, pero no soy capaz de responder, de nuevo me habían comido la lengua los ratones.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Dime, ¿cómo te llamas? — silencio —¿Estás perdida? ¿De dónde vienes? ¿Sabes dónde están tus papás?

Las palabras no me salen, tengo miedo de hablar y que me descubran. Solo vine aquí porque pensé que podría encontrar a la profesora. Siempre me dijo que si pasaba algo debía venir aquí.

—Mira, es muy importante que nos digas quién eres. Esta es una fundación para niños, niñas y adolescentes que vienen de zonas rurales desplazados por la violencia. Aquí te podemos ayudar, pero necesito saber un poco de ti.

—Claudia Villegas— solo soy capaz de decir su nombre.

—¿Estás buscando a la profesora? ¿Eres su amiga? — digo sí con la cabeza— Mira, ella no está ahora aquí, pero si quieres puedes esperarla. Ven conmigo, ¿quieres comer o tomar algo? — su amabilidad no me da confianza, hace mucho que nadie me trata bien. En realidad, no confío en nadie. Ni siquiera en mí, no quiero que cualquier cosa que diga me ponga de nuevo en peligro.

La señorita, que se llama Sofía, me dejó en una habitación, me dio comida y me dijo que podía descansar, que lo más probable es que la profesora viniera hoy o mañana. Ya es de noche, así que decido dormir después de tantos meses sin poder hacerlo.

*Por los caminos de la selva, dentro de los árboles, se acercan miles de manos, manos sucias, llenas de sangre, y yo estoy en la mitad, sola, desprotegida, amarrada a un árbol con la boca tapada. Las manos se acercan, intentan tocarme, ensuciarme con su mugre y su sangre, una mano tiene un arma como la que me hacen portar. Dispara.*

Resucito.

—Niña, despierta, tranquila. No tengas miedo, aquí estoy — es de nuevo la voz de la señorita Sofía, despierto, mojé la cama y estoy llorando por esa pesadilla, que es la misma que se ha estado repitiendo desde que me llevaron a ese lugar. Me abraza y me dice que todo está bien, pero no es verdad. Estoy sola en esta ciudad que no conozco, sin mi familia y sin la profesora.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿De dónde vienes?

—No quiero hablar, la última vez que hablé mi vida se convirtió en un infierno, de qué me sirve hablar si ustedes no van a hacer nada, no me van proteger como no lo hicieron antes— le respondí con rabia y con dolor porque es lo único que siento, odio y dolor.

—Te entiendo, entiendo tu enojo, pero también entiendo que si no nos ayudas tampoco nosotros podremos hacer mucho. Te puedes quedar aquí y tener una buena vida, si

tú quieres podemos ingresarte a un programa de reparación de víctimas y hablar para que puedan ayudarte. Pero quiero que sepas que no estás sola, que aquí podemos cuidar de ti.

—¿Dónde está la profesora Claudia?

—La llamé y dijo que venía por la mañana, me preguntó por ti, qué quién eres. Me gustaría por favor que me dijeras tu nombre.

—Esperanza.

—Oh, entonces tú eres la Esperanza que ha estado buscando. Le contaré que ya estás aquí y mañana temprano vendrá a verte.

Me dormí de nuevo, no tengo fuerzas para salir de este cuarto, solo quiero dormir y olvidarme de lo que me pasó, pero de nuevo esa pesadilla se repite.

Tocaron la puerta, ruego porque por fin sea ella.

—Siga.

—Dios mío, Esperanza. No puedo creer que estés aquí, me alegra tanto verte, mi niña, pensé que te había perdido— me abrazó con tanta fuerza que pensé que me iba a desarmar, pero yo no le di un abrazo.

—¿Por qué se fue? ¿Por qué no me buscó como me lo prometió? — estoy tan enojada con ella, y más que eso, triste y decepcionada.

—Yo sí te esperé, Esperanza, te esperé por meses, pero luego invadieron el pueblo y fue imposible quedarme ahí. Nos sacaron a todos a la fuerza, tus papás regresaron y preguntaron por ti, me tocó contarles todo, quedaron destrozados. Se fueron antes del desplazamiento y perdí contacto con ellos, pero sí te fueron a buscar. ¿Cómo estás? ¿Cómo llegaste aquí?

—*A penas viva.*

—Ay, mi Esperanza, siento tanto lo que te pasó, siento no haber ido por ti, perdón por permitir que te llevaran, perdón por...

—Usted no tiene la culpa, profesora. Yo... yo debí hablar antes, debí contarles a mis papás que esa gente me estaba siguiendo para que nos fuéramos de ahí. Debí gritar más, debí rogarles más, debí orar más fuerte...yo... — de nuevo las lágrimas, la desesperación, el ahogo, de nuevo su abrazo.

—Está bien, nena, tranquila. Respira. No te culpes, nada de lo que pasó es tu culpa, tú solo eres una víctima más de esos desgraciados.

—No, profesora, no tendría por qué ser una víctima más, ningún niño tendría que serlo. Allá hay tantos niños y niñas como yo, incluso más chiquitos, peleando una guerra que no es suya. Los obligan a hacer cosas horribles, cosas que nunca imaginé que podrían pasar. Yo no quiero volver a ese lugar, no quiero que nadie nunca llegue a esos lugares. Por favor ayúdeme, no quiero estar de nuevo ahí.

—Tranquila, te prometo que esta vez no te voy a dejar sola, te puedes quedar aquí conmigo, yo te voy a cuidar. En la fundación hay espacio para ti, aquí te ayudaremos a sanar, a que tengas una vida digna sin dolor.

—Creo que ese dolor nunca se irá, profesora, no soy capaz de olvidar.

—Poco a poco lo iremos resolviendo, ya verás, hija, tiempo al tiempo.

Ya llevo varios años aquí, después de mucho tiempo le perdí el miedo a hablar, volví a confiar un poco en las personas. También aprendí que *Reconstruirse* no solo significa irse, sino también sanar, crecer, construir sobre lo que ya había antes, algo nuevo, algo bonito, algo fuerte.

Me quedé en la fundación porque sentí que podría reconstruir mi vida por medio de la labor social. Ahora ayudo a algunas madres que perdieron a sus hijos por culpa de la violencia a buscar sus cuerpos, a reclamar sus identidades. También a niños y niñas a buscar a sus familiares, yo no logré recuperar a los míos, pero ahora estoy aquí tratando de construir una vida nueva, con la esperanza de que ellos vuelvan o que yo vuelva a ellos.

Llegar hasta aquí me costó muchas noches de pesadillas, de llantos infinitos, de crisis interminables, así como muchos silencios, muchas veces en que la voz no me salía, muchos momentos en los que no podía hablar. Como le dije a la profesora Claudia hace unos años, el dolor nunca se fue, pero lo hice mi amigo. No puedo decir que soy del todo feliz, porque me falta mucha gente, *a este país le falta mucha gente*. Pero desde aquí estamos trabajando para que los que quedamos podamos tocar la anhelada felicidad. Por medio del dialogo hemos logrado muchas cosas, hemos logrado recuperar a niños, niñas y adolescentes de la mano de esas personas.

Hemos gritado mucho para que nos escuchen, para que nos devuelvan nuestras infancias. No ha sido una tarea fácil, pero poco a poco estamos ganando terreno, estamos ganando esta guerra sin balas, sin amenazas, sin miedo, sin rabia, sin odio, pero sí movidos por un dolor que cada día nos motiva más. Los niños ahora tienen más espacio, sus voces resuenan en todos lados, aquí tienen la libertad que yo no tuve, aquí están empezando a sanar, a reconstruirse en un país donde siempre toca irse para volver a empezar.

Desde aquí habla una Esperanza que nunca olvidó su nombre, que resucitó de la muerte varias veces, de una muerte mental que me obligaba a permanecer en silencio. Ahora estoy aquí, cuidando de tantos niños y niñas que necesitan de mí, así como yo de ellos.

## **2.2.Desaparición forzada**

La desaparición forzada, también conocida como secuestro, fue otro mecanismo que los grupos ilegales usaron para violentar y reprimir a NNA, quienes, en algunos casos, tuvieron que sufrir la pérdida de sus familiares o vivir en carne propia la angustia de no poder regresar a sus hogares. Según la Comisión de la Verdad (2022), la desaparición forzada se trata de “los secuestros perpetrados por los actores del conflicto armado” que incidieron en la toma de rehenes como “forma de secuestro extorsivo” (p. 39) con el fin de financiar sus organizaciones. En muchos casos, este mecanismo ilícito se debió a la necesidad de los grupos armados de presionar al gobierno y sacar un beneficio monetario de ellos.

Los actores del conflicto armado buscaban amedrentar al Estado por medio de “forzar el canje humanitario, secuestrando a policías y militares” (p. 40), a las élites del país, como ministros, alcaldes, gobernadores y, en general, a todo aquel que significara una pérdida grande para el país y tuviera cómo pagar un secuestro, con el fin de que el Estado cediera a sus exigencias. Tanto grupos guerrilleros como paramilitares se dedicaron por años a investigar, perseguir y amenazar cientos de familias que podrían colaborar con las necesidades de sus organizaciones.

Muchos niños, niñas y adolescentes tuvieron que experimentar el sufrimiento de ver “cómo se llevaban a sus padres a las profundidades del monte, sin saber lo que estarían

sufriendo o cómo transcurría su día a día” (p. 38), así como las constantes persecuciones, hostigamientos y perturbaciones por tener que recibir llamadas amenazantes y ver pruebas de vida (como extremidades del cuerpo, fotos, videos y audios) que mantenían la esperanza latente en los familiares, pero también la impotencia y el dolor de no poder hacer nada. Además de ello, en muchas familias, los adultos tomaron decisiones “con poca o nula participación de [NNA] en tanto se prioriza[ba] lo que result[ase] más fácil en términos de seguridad, tiempo y recursos disponibles”; lo cual también implicó “traslados, nuevos hogares de acogida y nuevas separaciones” (p. 41).

Como consecuencia de lo anterior, los NNA vivían en un estado de ocultamiento, mentiras, silencio y abandono, ya que no se tenían en cuenta en tomas de decisiones y tampoco se les explicaba qué estaba pasando. Los adultos a cargo no se atrevieron a contarles lo sucedido, puesto que querían protegerlos del dolor que deja una pérdida, y los NNA no se atrevían a preguntar por miedo a incomodar a sus familiares. Los menores tuvieron que enfrentarse solos y en silencio a situaciones que no entendían, ya que no tuvieron “un espacio o un acompañamiento para expresar lo que estaban sintiendo” (p. 33). Esto, al final, resultó perjudicial para ellos porque les tocó reprimir sus emociones y buscar aceleradamente alternativas para adaptarse a todos esos cambios.

Otros niños, niñas y adolescentes que vivían en condiciones de pobreza, también sufrieron pérdidas por desaparición forzada o secuestro. Algunos tuvieron que ver cómo se llevaban a sus padres o cómo los asesinaban en frente de ellos. Ya que, en muchos casos, los grupos armados llegaban a las fincas o casas de zonas rurales a pedir colaboraciones y pagos de impuestos, a los que, si las personas se negaban, eran amenazadas y posteriormente asesinadas; esto también sucedía cuando creían que alguna de ellas tenía tratos con el grupo contrario. Como consecuencia de ello, cuando solo quedaba una figura materna o paterna, los hermanos mayores debían asumir el rol de la persona faltante, haciéndose cargo de las labores del hogar y del cuidado de los hermanos menores. Además, debían dejar la escuela para trabajar y ganar dinero para financiar el hogar.

Algunos de los NNA que quedaban huérfanos de madre y padre, tuvieron que quedarse a cargo de otras personas como abuelos, tíos/as o vecinos. En muchos casos, la pérdida de los padres solo fue el inicio de muchos otros hechos victimizantes, como lo son

el maltrato físico, la explotación laboral, los sentimientos de soledad, el sentirse una carga para sus nuevos cuidadores y demás factores que llevaron a algunos NNA a abandonar los hogares de acogida. Como consecuencia de ello, los menores tuvieron que arrojarse a la vida en las calles, donde era fácil que se perdieran en las drogas o terminaran por unirse a grupos delincuenciales. Como también se daba el caso de que muchos decidían cambiarse de ciudad para olvidar lo sucedido y empezar una nueva vida.

Otras niñas, niños y adolescentes, por el contrario, se interesaron en buscar la verdad, con el fin de demostrar que ellos también podían hacer cosas por sus familiares desaparecidos. De acuerdo con la Comisión de la Verdad (2022), muchos de ellos “desarrollaron mecanismos para luchar, como podían, por la liberación de sus padres o familiares” (p. 48), por medio de tener interacciones con los secuestradores, de conseguir financiamiento para pagar los rescates, de hacer revoluciones para denunciar lo que estaban viviendo, entre otras acciones importantes que impulsaron el desarrollo de la empatía social en los NNA. Las preocupaciones de NNA por sus familiares y amigos, los alojaron a dejar “atrás las actividades características de la infancia” (p. 48), ya que los menores por mucho tiempo han sido considerados como incapaces de participar en revoluciones sociales. Sin embargo, se ha demostrado que estos pueden pensarse a sí mismos como sujetos con agencia propia que se interesan y contribuyen a las mejoras del país.

Tanto NNA de estratos sociales altos como NNA en condiciones de pobreza tuvieron que ver a familiares desaparecer, quedando en desasosiego y sintiéndose culpables por no poder hacer nada. También experimentaron la revictimización por culpa de la burla y el acoso de los demás, así como el sentirse abandonados y sin importancia dentro de su propio entorno familiar. Además, los NNA fueron obligados a abandonar sus infancias y actividades cotidianas para apoyar a sus familiares y encargarse de labores que no les correspondían. La desaparición forzada robó muchas vidas en Colombia, pero también la esperanza de todos aquellos que deseaban encontrarse con sus familiares para empezar una nueva vida.

### 2.2.1. *Cuando nos volvamos a encontrar*

Mi hermana Clarita siempre me espera para irnos juntas cuando terminan las clases. Pero hoy no vino por mí. La profe Mari me dijo que me llevaba a la casa, pero como vivo cerca preferí irme solita para ver si me encontraba a Clara por el camino. A mi mamá no le gusta que salgamos solas, pero igual no importa, ella vive muy ocupada y nunca se da cuenta de nada. Seguramente no sabe que Clarita no vino hoy por mí.

Llegué a la casa y vi desde afuera que no había nadie, así que me tocó ir a donde la vecina para que me prestara la llave que mis papás siempre le dejan por si llega a pasar algo. Hoy es uno de esos días donde creo que pasará *algo*.

Mi mamá trabaja como profesora y mi papá es dueño de una pequeña empresa que le dejaron mis abuelos, así que se la pasan todo el día trabajando y casi no están, como hoy, pero lo diferente es que tampoco está Clarita. Por más que grité y grité, ella no respondió. Mi vecina Dalia me dijo que aún no había llegado y me regañó por venirme sola del colegio. Ella es como mi mamá, *pero ella sí está pendiente de mí*.

Cayó la noche y mi mamá regresó de su trabajo, ella siempre llega más temprano que papi. Nunca había deseado que viniera tan pronto, porque Clarita todavía no había regresado. ¿Será que se fue con ese muchacho otra vez?

Lo primero que hice fue hablar con ella y contarle lo que había pasado.

—Mamá, Clarita no me fue a buscar al colegio y tampoco está en la casa. Pensé que venía con ustedes.

—¿Cómo que tu hermana no está? ¿Con quién te viniste?

—Me trajo la profe— le mentí, porque de todos modos no lo iba a saber.

—¿Ya la llamaste? Seguro está con las amiguitas. Espera a que llegue y ya verá lo que le va a pasar.

—Pero mamá, la vecina me dijo que no la había visto venir a la casa. Y ella siempre me espera, pero hoy no. Yo creo que está con el novio.

—¿Qué novio, Helena? ¿Cómo que tú hermana tiene novio y yo no sabía?

—Bueno, no sé si es su novio, pero él a veces la acompaña a buscarme y se dan besitos delante de mí. Yo pensé que era el novio. Es un muchacho alto y flaco, y tiene pelo en la cara como mi papá.

—¿Y tú por qué no me habías dicho nada? Tu papá y yo matándonos por ustedes y la otra ya con novio y tú que tampoco hablas. ¿Cómo se llama él? ¿Dónde vive?

—No sé, ella nunca me dijo el nombre, ni tampoco sé dónde vive. Él solo va unas veces al colegio a ver a Clara, pero hace rato que no lo veo. La última vez estaba como bravo y pelearon porque ella no se quería ir con él, ella me dejó aquí y después se fue a buscarlo.

—Por Dios bendito, Helena. No puedo creer de verdad esto. Cuando llegue tu papá se va a poner como un toro.

—Mi papá volvió del negocio y le contamos que Clara no había llegado.

—Papá, Clarita se perdió, hay que ir a buscarla, pobrecita, debe tener miedo.

—Ay, no molestes, Helena. Ahorita aparece, déjame ver el partido.

—Pero papá, ya son las 9:00. Mira, ahí dice, hay que ir a buscarla.

—Que salga tu mamá, yo estoy muy casando. No me molestes.

Como siempre no hizo nada, solo se sentó en el sofá a esperar a que mi mamá le calentara y le sirviera la comida que ya María había dejado hecha, María es la que nos ayuda en la casa, ella cocina, lava y hace el aseo.

Mi mamá salió en el carro a buscar a mi hermanita por todo el pueblo mientras mi papá sigue viendo televisión. Yo mientras voy a donde la vecina para ver si ella sabe algo, pero tampoco la ha visto. Ella me acompañó al colegio, a la casa de Inés, la mejor amiga de Clara, a la casa de mi abuela, a la casa de María, pero no está y nadie sabe nada.

—Mi mamá regresó llorando porque no había encontrado a Clarita.

—Arturo, ¿qué vamos a hacer? Me dijeron que la habían visto con un hombre en la tarde, pero que no saben quién es, y que se les hizo raro, pero no le pararon bolas porque ya la habían visto con él antes y pensaban que era un familiar nuestro que venía de otro lado.

—Ya cálmate, mujer, que vas a asustar a la niña, mañana temprano vamos a la estación a poner el denuncia porque ahorita no nos van a resolver nada— mi papá trata de tranquilizar a mi mami, así de brusco como es él y como si no le importara nada.

Los vecinos se empezaron a acercar a preguntar si ya había aparecido la niña, Clarita, que es la mayor y ya tiene 14, pero a ambas siempre nos dicen *niña*.

Mi mamá me mandó a dormir y ella se quedó hablando con los vecinos. Ellos le dijeron que la ayudarían a buscarla, pero que si no había regresado aún es porque seguramente se la había llevado la guerrilla. Mami empezó a gritar y a llorar más fuerte.

Aquí todo el mundo habla de esa tal guerrilla, pero yo no la he visto, si es que se trata de una muchacha. ¿O será un espanto? Porque si es un espanto qué miedo, pobre Clarita. Ojalá que no se la hayan llevado, mi hermanita es la que más me quiere y me cuida. *Me volvería loca si se pierde o si se convierte en un espanto.*

Me desperté muy temprano para ver si Clarita ya había regresado, pero ni ella ni mis papás estaban, y porque el teléfono no dejaba de sonar. Contesté esperando que fuera ella y que me dijera que ya venía, pero solo pude escuchar la voz de un hombre que sonaba muy bravo.

—Tiene 48 horas para reunir 50.000.000 millones de pesos, sino su hija se muere. Espere mi próxima llamada.

Cuando escuché eso solo empecé a llorar y me quedé con el teléfono en la mano tratando de memorizar lo que había dicho ese hombre. Me fui corriendo para donde Dalia y le conté lo que había dicho ese señor. Ella solo me abrazó y me dijo que ya no llorara, que mi hermana iba a estar bien.

Mis papás regresaron y Dalia les contó sobre esa llamada que me dejó con dolor de cabeza y la cara roja de tanto llorar. Les explicó que habían llamado y que tenían 48 horas para reunir 50.000.000 millones, mi mamá de nuevo empezó a llorar y mi papá se puso rojo, así como cuando pelea con mami.

Me hicieron muchas preguntas, pero yo no supe qué contestar, porque solo pensaba en mi hermana y en que me hacía mucha falta, ella nunca se había ido de la casa.

Fuimos a nuestra casa y ellos intentaron llamar a ese número, pero nadie contestó.

Les pregunté qué pasaba, que quién era ese hombre y solo me gritaron.

—¿Pero por qué no puedo saber, mami? Si yo extraño mucho a mi hermanita, yo quiero que ella regrese ya.

—No preguntes, Helena, ahora no estamos para tus berrinches, lo de tu hermana es más importante— pero ellos nunca han estado para mí, ni mucho menos para Clara. Ella dice que no la quieren.

Dalia me llevó a su casa mientras ellos iban a la policía a poner el denuncia, o algo así me explicó mi vecina. Y me habló por primera vez sobre la guerrilla.

—Mira, mi vida, tu hermanita seguramente está muy lejos de aquí, ella está con unas personas malas, probablemente se la llevó la guerrilla, ellos no son ni espanto ni una muchacha como me dijiste, son una gente que vive en la selva, son peligrosos y no debemos acercarnos, porque ellos secuestran a las personas y las alejan de su familia. Ese es su trabajo, así es como sobreviven, por medio del dolor ajeno.

Yo no entiendo por qué la gente le hace daño a otra gente. Es como cuando Luciana me molesta en el colegio, ella dice que lo hace porque sus papás le pegan a ella y se desquita conmigo porque solo así se siente bien, pero *¿qué culpa tengo yo? ¿Qué culpa tiene Clarita?*

Dalia trata de explicarme las cosas, pero yo no quiero entender ni pensar en que mi hermana puede estar muerta. No puedo ni siquiera pensar en la palabra *muerte*, porque siempre me ha dado mucho miedo, y si esa gente es lo que Dalia dice entonces mi hermana ya está muerta o de seguro en 48 horas lo estará, así como dijo ese señor.

Eso no es justo, con ella no, ella no era mala persona, era buena en todo, en el colegio era de las mejores, era buena hija, buena hermana, buena amiga... *era...* pensé en ella y ella es, *ella es porque aún está aquí.*

Debo hacer algo, no puedo dejar que mi hermanita esté lejos de mí, ¿sino con quién voy a hablar todas las noches antes de dormir? ¿Con quién voy a bailar y contar chistes?

Le pedí a Dalia que me acompañara a buscar a mis papás a la estación porque ellos no pueden dejarme sin Clara, tienen que pagar. Cuando llegamos ellos venían saliendo, mi mamá lloraba y mi papá seguía rojo.

—Por favor, mami, por favor, papi, tienen que pagarle a ese señor para que deje venir a mi hermanita, si ustedes no pagan la guerrilla va a matar a Clarita, ese señor lo dijo. Por favor, tienen que ir a buscarla...

—¡Basta, Helena! ¿Quién te dijo eso?

—Fui yo, pero no la regañen, que no ha hecho nada malo.

—Por favor, Dalia, no le hables de eso a Helena, ella es una niña, no tiene que saber de esas cosas, cuando esté grande lo va a entender, además, ya sabes cómo es de llorona. Y tú, Helena, deja el *show* porque a Clara no la van a matar y tampoco podemos pagar.

Cuando escuché eso me asusté mucho más, ¿por qué no quieren pagar? Eso es injusto, mi hermana está sufriendo, así como yo, y ellos solo son egoístas. Yo no sé si tenemos todo ese dinero, pero seguro lo pueden conseguir, pueden decirles a sus amigos y además en la empresa de mi papá debe haber plata.

Yo no puedo dejar a mi hermana allá en la selva, no quiero que ella esté triste, ni que le hagan daño. No quiero que la maten, la gente se muere cuando está vieja, pero *ella solo es una niña como yo*.

Pero ¿qué puedo hacer yo si solo soy una niña? Y mis papás nunca me han enseñado a enfrentarme a esto, ni a la guerrilla, ni a que Clarita no esté, ni a la muerte... Nunca nos hablaron de esa gente, ni de que debíamos tener cuidado porque nos podían llevar con ellos o matarnos, ni que los niños también se pueden morir... Pero no puedo quedarme así, llorando como mi mamá o enojada como mi papá. Clarita no puede morir por culpa de la guerrilla, porque, aunque no son un espanto, me dan mucho miedo.

Dalia me había enseñado a hacer galletas y panes, ella tiene una panadería en la que vende cosas muy ricas. Los fines de semana mi mamá nos dejaba ir con ella y nos enseñaba muchas cosas, sobre todo el valor de trabajar; yo no quiero trabajar aún porque mis papás lo hacen todo el tiempo y eso se ve muy triste, pero en este caso es necesario porque es lo único que me va a ayudar a ganar dinero. Solo así puedo ayudar a mi hermana, aunque 48 horas es muy poquito tiempo y no sé si logre reunir todo ese montón de plata.

Ahora todas las tardes después del colegio salgo con Dalia a vender las galletas que ella me ayuda a hacer, lo hacemos a escondidas de mis papás porque ellos no quieren que esté en la calle, pero en realidad lo que no quieren es que haga algo por mi hermana. Hoy Dalia no me pudo acompañar porque estaba muy ocupada, y aunque me dijo que no saliera sola, tuve que escaparme porque mi hermana no puede esperar.

A lo lejos vi a Luciana con sus amigas, esa niña que me molesta en el colegio, ahora Clara no está para defenderme, pero me arriesgaré a ir porque tienen dinero y tal vez quieran comprar mis galletas, *tal vez esta vez ella no sea mala conmigo.*

—Tu hermana no va a aparecer y tus galletas horribles no podrán salvarla. Eso le pasa por irse con señores mayores. Mis papás dicen que tu familia está maldita y por eso ella se fue. Vete de aquí, vete a llorar con tu hermanita.

—¿Tú qué sabes? Tú no sabes nada, ella no se fue, se la robaron, ella nunca se iría sin mí— de nuevo empecé a llorar. Mi mamá tiene razón, soy muy débil.

Salí corriendo porque me duele que Luciana diga esas cosas horribles de Clara. ¿Cómo puede pensar que ella se fue? Ella jamás me abandonaría, ella no me dejaría solita.

Ellas se burlan de mí, como si mi dolor no importara y fuera un chiste. Mis papás también se ríen de mí, porque hace rato que pasaron esas 48 horas y ellos no han pagado. Son muy egoístas por dejar a Clarita allá. Las llamadas siguen y siguen y ellos no hacen nada, solo poner caras de preocupados como si les importara.

Yo empecé a trabajar porque soy la única que le importa, porque soy la única que piensa en Clarita todos los días y en lo mucho que la quiero de vuelta. Yo no sé cuánto son 50.000.000 millones, pero eso suena a mucha plata que poco a poco tengo que reunir. Ojalá Clarita pueda esperar a que yo tenga todo eso, ojalá esa gente me recibiera lo que tengo, la dejen volver y me dejen volver a abrazarla.

Ahora que por fin reuní los primeros 100.000 mil se los voy a dar a mi mamá, tal vez ella pueda dárselos a esas personas, y aunque sé que no es mucho, probablemente con eso me puedan esperar a que reúna todo lo demás.

—Mira mami, tengo esto, sé que no es mucho, pero puedes dárselos a la guerrilla.

—Por Dios, Helena, no quiero que vuelvas a hablar de esas personas. Además, ¿tú crees que con eso vas a hacer que tu hermana regrese? Ya deja de pensar en eso, ni tú ni nosotros podemos pagar el rescate de Clara.

—Pero yo sé que eso es mentira, mami, ustedes sí tienen dinero, ustedes ganan bien, yo sé que nosotros tenemos cosas que otras personas no, como los juguetes, los CDs, la tele

y tenemos a María, yo sé que podemos vender algunas cosas o ustedes pueden hablar con los abuelos. Tenemos que hacer algo.

—Aunque tuviéramos el dinero, no podemos pagar, la policía nos dijo que era lo mejor, porque ese es el negocio de esas personas, y si nosotros accedemos a hacer el pago, ellos van a seguir haciéndole lo mismo a otras personas.

—Pero sino pagamos Clara se puede morir, mami. Para ellos es fácil decir eso porque su hermana no es la que está perdida, ellos solo vienen aquí de vez en cuando a hacer preguntas tontas y a hacerse los que les importa, pero yo sé que eso no es verdad, porque no han ido a buscarla, mamá. A ellos no les importa y a ustedes tampoco.

—No digas eso, nosotros amamos a tu hermana, pero no se puede hacer nada. No insistas y no hagas esto más difícil, este tema solo nos compete a tu papá y a mí, nosotros sabemos cómo manejar esta situación, ¡así que no quiero que vuelvas a hacer un berrinche sobre esto, Helena! ¿¡Te quedó claro!?

—¿¡Acaso tú no la quieres!? ¿Acaso la odias tanto como para dejarla allá muriéndose? Nosotras no te importamos, tú eres mala, así como mi papá que siempre está enojado, tú no juegas con nosotras, no estás pendiente, tú dejaste que se la llevaran porque tú nunca estás. ¿¡No te importa cómo me siento, como está ella!?

—¡Cállate ya, Helena!

*Mamá nunca me había pegado.*

Mi papá llegó y la agarró contra ella, se encerraron en el cuarto y ahora están peleando muy fuerte. Sus gritos suenan por toda la casa. Pero es mi culpa. Se están peleando por mi culpa, ella me pegó por mi culpa. No debí gritar, no debí enojar a mi mamá, no debí preguntar... *no debí dejar a Clarita sola. Debí estar con ella y decir que me llevaran a mí también, que yo no sé vivir sin Clara y que sin ella los gritos me dan más miedo, que sin ella la muerte me aterra más, que sin ella el abandono de mis papás se siente más fuerte.*

Ojalá hubiera sido yo, porque Clarita no se merece eso, no se merece que mis papás se olviden de ella; *yo tampoco, pero tal vez no me dolería tanto.* No aguanto sus gritos, ni que digan cosas tan feas.

Recuerdo esa canción que Clara y yo cantábamos cuando nos sentíamos mal, hoy yo me siento mal y sé que ella también. Clarita me enseñó a usar la emisora, así que voy a poner *Cuando nos volvamos a encontrar* de Carlos Vives y Marc Anthony.

Aunque sé que es una canción que habla de unos enamorados, a Clarita y a mí nos gusta mucho porque siempre decimos que si un día una de las dos falta, nos volveremos a reunir en otras vidas. Creemos que esa canción es nuestro puente para encontrarnos y que, sino la olvidamos, sabremos que la otra nos estará esperando en algún lugar. Hoy ese lugar es esta casa, ese lugar también es el monte o donde sea que ella esté.

Escuchar esa canción y cantarla me ayuda a olvidar un poquito el dolor, los gritos y la soledad que se siente en este cuarto desde que Clara no está.

Ahora solo hay silencio, mi papá casi no está, ya no regresa a dormir. A veces pelea con mi mamá por mi culpa, por Clara, por la guerrilla, por el dinero, por ellos, por todo, pero luego se vuelve a ir y el silencio regresa a esta casa. Parece como si estuviéramos de luto, eso dicen los vecinos, que estamos de luto porque *la niña se murió*.

Han pasado meses y el teléfono dejó de sonar. Ya nadie llama, ni siquiera para dar el *sentido pésame*, odio que me digan eso porque Clara no está muerta. Ya nadie viene a preguntar si la niña apareció, si hay noticias nuevas. La policía tampoco ha regresado, según ellos dejaron el caso porque no podían hacer nada y *se salía de sus manos*.

*Lo malo de la gente es que se olvida muy rápido de las cosas, de las personas.*

Yo sigo esperando que Clara entre por esa puerta y me diga que me extrañó tanto como yo a ella, que me abrace y me saque de esta casa, porque ella no se puede ir para siempre sin mí, ella me lo prometió por el meñique, me dijo que jamás me abandonaría.

*Pero han pasado años y con el tiempo el olvido ha ido creciendo.*

Hoy ya tengo 15. Clarita nunca regresó y yo no pude salvarla. Aún la extraño y veo las fotos que nos tomamos juntas con la ilusión de que un día ella aparezca, con la ilusión de reunir todo el dinero y pagar el rescate que venció hace mucho tiempo.

Mi mamá aún la llora y mi papá se fue de la casa enfermo de rabia. Sufrir un secuestro y un abandono no son cosas fáciles para una niña de 8 años, pero aprendí a ser

fuerte porque mamá me necesita. Aprendí a ser su sustento y su compañía, y aunque no la quería tanto por no pagar ese rescate, por dejar sola a Clara, entendí que a ella también le dolía, que no era su culpa y tampoco la mía.

He aprendido a asimilar que Clarita no está, que Clarita no vuelve, que Clarita *ya no es*.

Me duele pensar en eso, pero es lo único que he hecho en estos años, pensar, correr, gritar, llorar, *olvidar, volver a recordar*. A veces la esperanza vuelve, a veces se va. A veces le pido a Dios que me ayude a olvidarla, otros días le ruego porque me la regrese. Es una cosa de ir y venir entre la rabia, el miedo, la tristeza, la soledad, la fe.

Aún no olvido esa canción, la canto todos los días como un ritual para que ella regrese. Para que ese puente se construya entre la selva y la casa y ambas podamos por fin encontrarnos.

Hoy es uno de esos días cualquiera en los que salgo de la casa a buscar a Dalia para contarle sobre lo bien que me está yendo en el colegio, sobre el dinero que poco a poco se acerca a la meta, también sobre las noticias que veo en internet, sobre los rescates que paga la gente y los cuerpos que no vuelven a sus casas, *porque para esas personas son solo son eso, cuerpos sin nombre que solo Dios sabe a dónde van a parar*.

Al salir vi a lo lejos una figura que se acercaba desesperada, corriendo como si la vida se le fuera a ir. Los ojos se me llenaron de lágrimas y el corazón se me aceleró como si se me fuera a salir. Tal vez a mí era la que se me iba la vida.

En ese momento pensé que tal vez, solo tal vez, Clarita *aún es*.

### **2.3.Desplazamiento forzado**

La historia del desplazamiento forzado en Colombia ha sido demasiado larga y ha ocasionado distintos tipos de abusos en contra de niños, niñas y adolescentes. En Colombia, solo algunos casos fueron registrados, como la Masacre de Bojayá en 2002, el Desplazamiento en Montes de María entre 2000 y 2004, los Desplazamiento en el

Catatumbo, en el Cauca, Nariño, Buenaventura, y demás; pero muchos otros, al igual que los casos de reclutamiento y desaparición, han sido invisibilizados, por lo que es difícil definir de manera precisa cuántas víctimas de desplazamiento hay actualmente en el país. La Comisión de la Verdad (2022) estima un aproximado de 3.049.527 de niñas, niños y adolescentes víctimas del desplazamiento forzado entre los años de 1985 hasta el 2019. Si bien estas cifras son alarmantes, no terminaron ahí, ya que del 2020 hasta el 2021, el número de víctimas incrementó a 39.842 casos nuevos.

Entre los motivos que promueven el desplazamiento forzado de NNA y sus familiares por parte de los grupos armados, está el enriquecimiento ilícito de las tierras y la apropiación de campos fértiles para la siembra de cultivos ilegales. Durante mucho tiempo, los diferentes actores armados del conflicto se han disputado el control territorial, ya que los territorios les permiten implementar “proyectos agroindustriales y mineros” (La Comisión de la Verdad, 2022, p. 77) que promueven un desarrollo económico y social donde el mayor beneficiario es el narcotráfico. Otro motivo del desplazamiento es que algunos grupos creían que las personas de los territorios financiaban otras organizaciones; sin embargo, muchas de ellas eran obligadas a contribuir monetariamente a las mismas. Ambos grupos delincuenciales ejercieron presiones y amenazaron a las víctimas, por lo que era difícil que ellos por decisión propia tuvieran o no afinidad con un grupo u otro.

El desplazamiento forzado significó para muchos NNA graves violaciones a sus derechos humanos. Ya que, dentro de él, existen tres etapas importantes: la tragedia, la travesía y la llegada, en las que los NNA experimentan muchos cambios abruptos. Según la Comisión de la Verdad (2022), en la etapa de la tragedia, los menores se exponen “al asesinato o desaparición de familiares, a la violencia sexual y a la amenaza de reclutamiento y utilización” (p. 70); como también a las cargas emocionales por abandonar sus hogares, los objetos y las personas que son importantes para ellos porque les han ayudado a construir su identidad. En esta etapa también se enfrentan a que sus familiares o ellos mismos ni siquiera lleguen al lugar de acogida, ya que algunos mueren en el camino. Otra forma de violencia que experimentan es que algunos actores armados aparecen en medio del recorrido para reclutar niños, niñas y adolescentes, alejándolos de sus familiares y de la posibilidad de tener un mejor futuro.

En la etapa de la llegada, algunos NNA que logran asentarse en nuevos lugares, son nuevamente vulnerados. La Comisión de la Verdad cuenta que muchos NNA aseguraron que sentían incertidumbre por llegar a lugares desconocidos, ya que en estos “el goce de los derechos se convierte en una lucha diaria”, por lo que deben abandonar su infancia y madurar a corta edad, dejando atrás la “educación, la recreación y el juego” (2022, p. 70), para reemplazarlas por el trabajo y ocuparse de las labores domésticas que exigían los nuevos lugares. Los NNA tuvieron que cambiar los libros y los juguetes por todos los instrumentos que les permitieran obtener dinero; además, dejaron de preocuparse por sí mismos para encargarse del cuidado de sus familiares menores. Sumado a eso, se enfrentaron a abusos físicos y a las represalias por parte de los nuevos cuidadores.

Algunos otros NNA corrieron con peor suerte, puesto que les tocó huir de sus hogares sin tener un lugar como destino. Muchas familias que no tenían a donde ir, recurrieron a formar cambuches y a invadir espacios públicos mientras esperaban las ayudas del gobierno, que casi nunca llegaron. En el caso de estos NNA se creó la idea de venganza social por culpa del resentimiento y el odio por no tener acceso a una casa digna y por vivir en condiciones precarias, situaciones que, a su vez, impulsaron la creación de pandillas y bandas criminales en las que NNA tomaron participación. Ya que, por medio de robar, asesinar y mendigar, encontraron la forma de sobrevivir. Además de todos esos hechos violentos, los NNA también sufrieron estigmatización por parte de grupos sociales que los rodeaban, estos los discriminaban por su forma de hablar, de vestir, por su color de piel y demás; lo que consecuentemente los creó traumas que apenas pudieron gestionar.

El conflicto armado en Colombia es y sigue siendo un proceso de años que muy difícilmente se puede explicar en esta investigación; sin embargo, se intentaron rescatar los hechos victimizantes más persistentes en la historia de los NNA. El reclutamiento, la desaparición forzada y el desplazamiento forzado son solo unas de las tantas violencias adultistas que estos sujetos viven en Colombia. El arraigo de esas violencias se dio por medio de un sistema opresor que controla, dirige y subyuga la forma de vida de muchas infancias y adolescencias a las que las leyes de protección aún no les han llegado. Como vimos a lo largo del apartado, la ideología adultista estuvo presente en los pensamientos de diferentes grupos armados que, a la hora de construir sistemáticamente infancias como

máquinas de guerra, se basaron en los modelos que el adultocentrismo usó para remitir al niño a un espacio de vulneración e invisibilización social y cultural.

Una de las acciones adultistas por parte de los grupos armados hacia los NNA fue la toma de las decisiones en torno a la participación de las personas en los conflictos armados. Ellos decidían quiénes eran aptos para pelear sus guerras y, basándose en las nociones adultocéntricas de infancia, optaron que los más útiles eran niños, niñas y adolescentes debido a las capacidades físicas que les permitían aguantar más tiempo en batalla y a las capacidades de adiestramiento que los hacían más influenciables. El pensamiento adultista recalca que los NNA no conocen el bien o el mal, por lo que es fácil, según los grupos armados, adoctrinarlos con ideologías violentas que empezarán a naturalizar como propias.

Ahora bien, no solo los grupos al margen de la ley utilizaron, violentaron, reclutaron, maltrataron, asesinaron y demás a NNA en entornos de guerra. El Ejército Nacional, según la Comisión de la Verdad, también tuvo que ver en muchas de las violencias que los menores de edad sufrieron. La Comisión cuenta que “en el desarrollo de la operación Berlín<sup>17</sup>, las niñas, niños y adolescentes que integraban la CMAR fueron asesinados, bombardeados y maltratados, aun cuando se hallaban en estado de indefensión y a sabiendas de que eran personas menores de dieciocho años” y “luego de haberse entregado o de alzar las manos en señal de rendición” (2022, p. 195). Esta brigada del Ejército Nacional obligó a algunos NNA a decir que los asesinatos habían sido cometidos por la guerrilla, para quitarse la culpabilidad y las consecuencias que los asesinatos a menores podrían traerles.

Algunos militares del Ejército Nacional también utilizaban a menores de edad en labores de inteligencia y espionaje a grupos armados por medio de la infiltración de NNA que les informaban cuándo y dónde iban a estar estos grupos para atacarlos. Al Estado tampoco se le debe eximir de culpas, ya que es el que se encarga de velar y proteger los derechos humanos de los menores de edad sin importar sus condiciones de vida. A pesar de que los NNA obtuvieron una variedad de derechos, el Estado muchas veces hizo caso

---

<sup>17</sup> La Comisión de la Verdad. (2022). *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado*. (p. 193-196).

omiso, o, según La Comisión de la Verdad, se “tardó décadas en reconocer lo que significa para una persona menor de dieciocho años experimentar la violencia; dicho retraso se tradujo en que las acciones para la prevención, atención y reparación no llegaran cuando eran más urgentes” (2022, p. 10). De acuerdo con Natalia Castrillón y Diana Jiménez en su texto *Concepciones de infancia en la literatura colombiana contemporánea* (2019), por culpa de la falta de reconocimiento por parte Estado “de los derechos de la infancia, específicamente en factores relacionados con la pobreza, la ausencia de entornos protectores, abusos, maltrato y abandono” (p. 100), muchos NNA se vieron expuestos a una ola de violencia que no les correspondía vivir, ya que, además, algunas veces el Estado permitió que “los adultos agresores pagaran condenas irrisorias” o que “quedaran en libertad, dándose así impunidad en algunos delitos cometidos a la niñez” (p. 103).

Con todo lo anterior, se puede decir que el adultocentrismo en entornos de guerra ha actuado desde diferentes actores. Tanto los grupos al margen de la ley, el Ejército Nacional, el Estado, las familias y la sociedad, han sumergido a los menores de edad en constantes revictimizaciones. Las familias han normalizado excluir de conversaciones y explicaciones a los NNA, ya que, como adultos con conductas adultistas, han justificado y minimizado sus violencias al decir que se trata de “daños colaterales o errores operacionales” (La Comisión de la Verdad, 2022, p. 9) y no de delitos; también, porque hay una tendencia de los padres a proteger a niños y niñas de temas que, según ellos, no pueden entender. La sociedad también ha estigmatizado, excluido de espacios comunitarios y silenciado las experiencias de NNA, remitiéndolos a la revictimización, la cual no permite que estos desarrollen sus capacidades como actores sociales dueños de sus procesos y decisiones.

En entornos de guerra también se plantea la noción de inocencia, pero esta aparece con nuevos matices que se contraponen. Por un lado, Ximena Pachón (2019) menciona que se caracteriza la inocencia de los NNA “por su dependencia e indefensión”, es decir, la inocencia pasa a ser propia del menor “por ser alguien que debía permanecer resguardado tanto por la escuela como por la familia”. Esta protección debía abarcar todos los entornos de su vida, por lo que se empezó a “mirar con recelo la presencia de estos niños en medio de los campos de batalla, al igual que su utilización en actividades concomitantes con la guerra, que atentaban contra su integridad física y moral)” (p. 3). Por ello, en el marco legal

se dice que los NNA son inocentes y no deben estar rodeados por las violencias que causa la guerra, puesto que es necesario que se desarrollen de manera integral.

Por otro lado, Castrillón y Jiménez (2019), admiten que la inocencia concebida como el estado puro y bueno de los NNA, no está presente en todos los menores de edad, ya que hay casos “donde los niños son malévolos y algunos se deleitan con dicho comportamiento”. Estas acciones “corresponde[n] a una infancia real en el contexto colombiano, donde constantemente los medios de comunicación nos muestran una infancia involucrada en situaciones que son constitutivas de presuntos delitos contra la libertad, integridad y formación sexual” (p. 98). A los NNA se les otorga responsabilidades en los entornos de guerra y se les adjudica el papel de victimarios, ya que, al igual que los adultos, ejercen violencias sobre otras personas. Los niños, niñas y adolescentes que abusan física y emocionalmente de otros sujetos son responsables y culpables de seguir promoviendo la violencia; sin embargo, hay que tener en cuenta que son personas a las que se les ha entrenado durante mucho tiempo como implementos de guerra, a tal punto de que ellos aceptan y normalizan estos comportamientos en su vida. Aun así, no se deben justificar, sino brindarles el mayor apoyo posible y crear vías de atención mejoradas que permitan a los menores confrontar su realidad y desaprender las conductas dañinas.

### 2.3.1. *Renacer*

Hoy fue mi último día en la escuelita, según el profe Jairo la cerraron porque se despegaron algunos techos y con tantas lluvias no podemos ver las clases, y el gobierno no ha querido mandar la plata para arreglarlos. Pero ya muchos sabemos que eso no es lo único que pasa. Yo la verdad no sé si alegrarme, ponerme triste o enojarme; el colegio a veces es aburrido porque me dejan muchas tareas y no venir me pone contento; pero también triste porque no veré tanto a mis amigos. Y enojado porque me da rabia que nos mientan como si fuéramos unos pelaos cagaos que no saben nada de la vida. Yo sí sé, aquí se ven cosas raras todos los días y ellos creen que no nos damos cuenta.

Hace unas semanas atrás se oían rumores por todos lados, los profes decían: “ya se han visto por esta zona, hay que estar pendientes” “tenemos que hacer algo”. Y cuando nos acercábamos a preguntar dejaban de hablar, nos inventaban cosas o nos regañaban. ¿Qué

culpa teníamos nosotros de querer saber sobre lo que está pasando? Aunque ya muchos de nosotros sabíamos de qué hablaban; nos creen bobos, pero nos damos cuenta.

El viernes pasado, Pedro, que es el personero del colegio porque ya está en once, nos convocó a una reunión después de clases. A muchos se nos hizo raro y aunque no nos importaba, fuimos solo por saber el chisme. Él nos habló sobre una gente que está llegando al pueblo, nos dijo que venían armados y pasaban cerca de las casas a pedir agua y comida.

Ahí recordé que hace rato vi a un muchacho con uniforme como el de los militares en la casa de enfrente, donde vive Lucho, mi mejor amigo; la señora María, asustada, le dio tinto y un pan, él se fue y esa señora quedó pálida, más nerviosa de lo que ya era. Yo me escondí, porque antes mi mamá me había dicho que si veía gente con uniforme y con armas mejor me fuera de ahí o me escondiera, aunque nunca me dijo por qué. Yo pensaba que los soldados eran buenos, pero me di cuenta de que estos no parecen serlo.

Llegamos a la reunión a la que nos invitó Pedro, yo escuchaba atento porque lo que decía sonaba importante y además tenía muchas dudas sobre lo que estaba pasando. Pedro, al igual que mi mamá, decía que si esos hombres llegaban a hablar con nosotros teníamos que evitarlos y buscar ayuda, porque seguramente nos iban a llevar para el monte, o después los otros, que son como unos soldados iguales o peores que estos, nos iban a relacionar con ellos y la iban a coger contra nosotros. También nos contó que a una tía de él en otro pueblo le habían quemado el puestico de comidas que tenía, solo por venderle a los del bando contrario. *¡Ombe, ya uno no sabe ni con quién puede hablar!*

Desde ahí cogí miedo y dejé de creerle a los profesores que nos decían que en el colegio estaban pasando otras cosas que nada tenían que ver con esos hombres, y a mi mamá que siempre me decía que todo estaba bien, porque yo empecé a ver cosas que me hacían creer que no era cierto. Además, porque Pedro, que antes era tan alegre y tranquilo, había empezado a cambiar, ahora estaba más triste, se veía preocupado y cansado, ya que su papá, que es policía, le contaba cosas que sabía en su trabajo; él al ser más grande tenía más información que nosotros. Pedro también nos dijo que lo más probable es que cerraran el colegio, porque nos querían proteger y porque la escuela era un punto clave para esas personas, ya que, según él, la guerrilla, o sea, los otros soldados, se esconde en el colegio

por las noches y desde ahí se dan bala con el bando contrario, que se quedan en la iglesia que queda al frente.

Por eso mi mamá me venía diciendo que no fuera más al colegio, que ella vería cómo me enseñaba las cartillas desde la casa, pero los profesores hablaron con ella y le dijeron que esperara un poco más, que todavía no había pasado nada grave. Así que seguí asistiendo a clases sin saber que las cosas se iban a poner malucas y que eso grave ya estaba pasando.

Mi mamá no quería que fuera al colegio porque el otro día escribieron cosas muy feas en las paredes, una de esas decía: “Únete a la lucha guerrillero, pelea por tu país o muere de civil”; después, el otro grupo borró ese mensaje con pintura blanca y escribieron otra advertencia: “El que se vuelva guerrillero se muere y se le mata toda la familia, no aceptamos traidores de la patria”. Los profesores no querían que viéramos eso, así que lo borraron, pero poco después todos esos mensajes estaban en casi todas partes: afuera del colegio, en la iglesia y en algunas casas. Uno no sabía ni qué hacer, porque nosotros no somos guerrilleros ni nada de eso, pero igual no importaba de qué bando se era, porque de todos modos decían que nos iban a matar.

Pedro siempre nos contaba cosas y nos decía que tuviéramos cuidado con esas personas que estaban entrando al pueblo, ya que decía que nos querían llevar con ellos y que querían quedarse con estas tierras. Antes sentía que exageraba y que se preocupaba demasiado, también que mi mamá estaba loca y que nos cuidaba mucho, pero cuando uno lee esos mensajes y ve a hombres con armas acercándose a las casas, entiende que lo mejor es estar prevenido.

Cuando llegué a la casa hablé con mi mamá, porque aún tenía muchas dudas y quería que ella me ayudara a entender mejor qué era lo que estaba pasando.

—Mamá, ya hoy cerraron el colegio. El profesor Jairo nos dijo que no sabía cuándo se podía volver a abrir porque tenían que arreglar muchas cosas, pero no sé, eso está muy raro. Cuénteme, ¿usted sabe qué está pasando? Porque yo creo que no es solo por eso.

—¿De qué, hijo? Si el profesor dice eso es porque así es. ¿Qué pasó? ¿Por qué dices que está raro?

—No sé, mamá, porque todos hablan de una gente que está llegando al pueblo y escriben en las paredes mensajes malucos, al parecer es por eso.

—Ay Carlos, deja de pensar en esas cosas, tú preocúpate por el colegio y por sacar buenas notas, qué gente ni qué gente. Pero bueno, si el colegio estaba mal lo mejor era que cerraran. ¿Te dejaron tareas? Para ver cómo nos organizamos para ayudarte a estudiar y que no te quedes sin hacer nada, y que tú me ayudes también con tus hermanos.

—Pero, mamá, ¿no se le hace raro? El otro día vi a un muchacho al frente, estaba pidiendo agua y comida. Tenía una escopeta.

—¿Hace cuánto lo viste? ¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque yo no sabía que era malo ni que pueden hacernos todas esas cosas que escriben. Por favor, cuénteme, ¿todo eso es verdad?

—Por favor, si vuelves a ver a alguien así me dices de una vez, no quiero que te vayas a acercar a ninguno de ellos porque tenemos problemas tú y yo. Y si llegan a aparecerse por aquí ni se te ocurra abrirles. ¿Te dejaron tareas o no? Eso es por lo único que te debes preocupar.

—No se preocupe, mamá, que Pedro ya nos habló de eso. Yo ya sé que esa gente no es buena, ¿verdad? Que nos quieren llevar para el monte o sacarnos de aquí.

—¿Y por qué Pedro les dijo eso? ¿Acaso él los conoce? No quiero que hables con ese muchacho. Menos mal ya cerraron el colegio y no lo vas a ver más. No quiero que se hable más de ese tema.

Mi mamá a veces es rara, uno no puede hablar de muchas cosas porque se pone brava de una vez; yo ya voy a cumplir 12, tengo derecho a saber de esas cosas, pero ella se niega. Yo sé que ella sabe lo que pasa, porque estos días ha estado muy nerviosa y a veces la escucho llorar y rezar mucho. Está preocupada, creo que hasta yo, porque ella siempre ha sido muy fuerte y verla triste no es normal.

La única vez que la vi mal fue cuando mi papá nos abandonó y se fue para la ciudad, y nunca volvió, aunque ella lo sigue esperando. Yo ya no, ojalá que no vuelva por aquí porque no hace falta... bueno, *tal vez si él estuviera ya mi mamá no tendría que trabajar tanto.*

Terminamos de almorzar y yo me fui para donde Lucho, hoy no fue al colegio y necesitaba contarle que lo habían cerrado. Cuando llegué la puerta estaba abierta, la señora María llorando y la gente asomada a ver qué pasaba. Lucho no estaba, se lo habían llevado para el monte o quién sabe para dónde. Lucho tiene 12, es mayor que yo por unos días y nos conocemos desde chiquitos; llegó a este pueblo cuando tenía 4 y desde ahí nos convertimos en mejores amigos.

*Hoy Lucho no está, seguramente se lo llevó la guerrilla o los otros, con esa gente nunca se sabe.*

Corrí para donde mi mamá llorando, ella solo me abrazó y me dijo que lo sentía mucho. También me prohibió salir de la casa, porque como dice ella, “quién sabe qué te puede pasar”; ella sabía que me podían llevar, pero no se atrevía a decírmelo porque le daba miedo y tal vez no quería perderme a mí también. Creo que ese es su mayor miedo, que alguno de mis hermanos o yo nos vayamos y la dejemos sola. A veces entiendo que nos oculte tantas cosas, pero no es justo con nosotros, necesitamos saber también; tal vez así podemos ayudarla y decirle que nosotros no la vamos a abandonar.

Yo no sabía ni qué pensar o hacer, no podía salir de la casa para hablar con los muchachos sobre lo que había pasado, ni tampoco podía ir a jugar con Lucho y contarle cosas, porque él ya no estaba. Tal vez fue ese muchacho que estuvo en su casa pidiendo comida el que se lo llevó, o tal vez fueron los otros, o el ejército; *aquí no se sabe nada y si uno se pone a pensar de quién es la culpa se vuelve loco.*

La tarde se pasó volando, mi mamá se fue a trabajar y mis hermanos estaban durmiendo. Yo solo lloraba por Lucho. Cayó la noche, eran ya las 7:00 p.m., mi mamá acababa de llegar de su trabajo, bueno, de sus trabajos, a veces lava ropa, cocina, vende cosas, lo que le salga. Había traído unas arepas, yo hice unos huevos y agua panela. Nos sentamos todos a comer, mis hermanitos se devoraron todo rápido para poder irse al patio a jugar. Yo a veces jugaba con ellos, pero esta vez no tenía ganas, ni siquiera de comer, tenía el estómago revuelto de tanta pensadera.

—¿Qué tanto piensas? Debes comer bien, las arepas están muy ricas y el revoltillo te quedó delicioso. Yo sé que estás triste por lo de tu amigo, pero debes ser fuerte. No me gusta verte así.

Yo no respondí nada, solo me quedé pensando en el silencio que ahora tenía el pueblo, tal vez todos ya se habían ido de aquí. De un momento a otro empezaron a sonar balazos. Algunas veces se oían lejos, pero esta vez fue diferente porque se escuchaban más cerca, seguramente esos hombres habían vuelto al pueblo. La gente empezó a gritar, mi mamá corrió al patio a buscar a mis hermanos y yo me quedé en la silla como una estatua, no sabía ni qué hacer, ni qué decir. Solo me quedé ahí escuchando los gritos hasta que mi mamá me tiró al suelo.

—¡Carlos, por Dios, despierta! — dejaron de sonar los disparos y solo se repetía la voz de un hombre.

“Tienen cinco minutos para salir de este cuchitril, el que no salga se muere. Repito, tienen cinco minutos para salir de aquí. Sepan que este pueblo ahora nos pertenece. ¡Esto les pasa por vendidos, guerrilleros hijueputas!”

—Tenemos que salir ya, Carlos, guarda tu ropa y la de tus hermanos en el bolso. Apúrate que nos van a matar— de nuevo los gritos de mi mamá.

Entre esa voz, mis hermanos llorando, mi mamá gritándome, la bulla de la gente, los tiros, el dolor en el pecho y que no podía respirar... solo pude quedarme en el suelo llorando. No sé cuánto tiempo pasó ni cómo, pero cuando me di cuenta ya estábamos afuera, mi mamá con Lucía en los brazos, yo con el bolso del colegio que no supe cuando lo cogí y con mis hermanos a los lados llorando.

Como no había para dónde coger por tanta gente me puse a ver todo, lo primero que vi fue mucho fuego, las personas corriendo sin saber para dónde y a esa gente robándose lo que podían de las casas. Esto parecía un sueño, o más bien una de esas pesadillas muy feas en las que no me gusta pensar porque me hacen mojar la cama.

Este pueblo se veía como el infierno, ese del que tanto nos hablaba el padre Tito, al que iríamos si nos portábamos mal. Yo no sabía que Sacrilegio era el infierno, *¿será que nos morimos ya?* Tampoco sabía que mi mamá y mis hermanos hubieran sido malos o merecieran estar aquí. *¿Por qué hay tanta gente tirada en el suelo? ¿Por qué solo corremos si el padre dice que después del infierno no hay nada más? ¿A dónde va uno cuando se queda sin pueblo?*

Dejé de pensar tanto cuando vi a Pedro hablando con los señores con uniformes, no sé qué les decía, pero se veía desesperado y muy asustado. Yo pensé que lo iban a matar, pero lo metieron en uno de los camiones que trajeron, y su papá, el policía, no estaba ahí para ayudarlo. *¿Por qué los papás no están cuando uno los necesita?*

Intenté correr para ayudarlo, pero mis piernas no querían moverse, me quedé ahí, mirando, y mi mamá solo intentaba arrastrarme.

Resulté igual de cobarde que mi papá, no fui capaz ni siquiera de moverme, ¿por qué nadie me dijo que la guerra era así? Así de maluca, como si uno fuera un muñeco de trapo que no merece nada. ¿Por qué nadie me dijo que me sentiría así de cansado? ¿Es que acaso la guerra también le roba a uno la fuerza?

Sonaron de nuevo los disparos y empezamos a correr otra vez. Nos unimos con la gente que estaba bajando por la colina, todos con los pocos trapos que pudieron sacar. No entiendo por qué nosotros tenemos que salir corriendo, si ellos son los malos. No entiendo por qué tenemos que dejar nuestras casas, *si esos hombres quieren casas, pues que se compren las suyas.*

Mi mamá me empezó a regañar, a culparme como si yo hubiera hecho algo malo, *verdad, que solo los malos van al infierno.*

—¡Carlos, por Dios! No quiero verte de nuevo así, ¿te embobaste o qué? ¿qué pretendías, quedarte ahí y que nos mataran? ¿No eres consciente de lo que está pasando o qué? Despierta, muchacho, que no estamos para pendejadas.

—¡Pero tú nunca me dijiste que esto sería así! ¡Nunca me contaste la verdad! —Le grité con rabia porque eso era lo único que sentía. Rabia de no volver a ver a Lucho, rabia de que mi papá regresara y no nos encontrara en el pueblo, porque, aunque ya no lo quería, aún deseaba que regresara; rabia de no volver a mi casa, rabia de perderlo todo, rabia de que se llevaran a Pedro y no poder hacer nada...

Se quedó callada y me apretó la mano, ahí supe que ella no me abandonaría. Y que, aunque allá atrás había quedado todo, los perros, el palo de mango, las gallinas, los cerdos, mis cuadernos, los juguetes, la foto de mi papá... yo no la había abandonado ni ella a mí.

Esa gente seguía gritando un montón de groserías que mi mamá no me dejaba repetir, se reían como si esto fuera un chiste, tal vez para ellos sí, a esa gente no le importa

nada. Estaban felices de que por fin nos íbamos y que nosotros no teníamos cómo defendernos porque no éramos como ellos, ni como nadie que piensa que matando y dejándonos sin nada se arreglan las cosas.

Mientras el pueblo se quemaba, nosotros seguimos caminando por las veredas, ¿a dónde iríamos? En el colegio nos hablaban de las grandes ciudades, de Resurrección, que es la capital, pero eso está muy lejos y la vida por allá es muy cara. ¿Para dónde íbamos a coger si toda nuestra vida estaba en Sacrilegio? Un pueblo que ya no existe.

Caminamos toda la noche y toda la madrugada, los pies me ardían, tenía hambre y sueño, y mis hermanos lloraban porque querían que mi mamá los cargara, pero ella solo podía con Lucía. Así que me subí a Pablito en los hombros, aunque a mí también me doliera todo y no tuviera más ganas de caminar. Pero yo era el mayorcito, algo tenía que hacer después de haberme quedado como bobo cuando pasó todo.

Por la mañana llegamos a otro pueblo, éramos pocos porque algunas personas se habían ido para otros lugares. Mi mamá decidió que lo mejor era parar aquí porque en este pueblo vivía su tía, así que nos quedamos en su casa; aunque era pequeña y había otras personas que también venían de Sacrilegio, nos acomodamos como pudimos. Mi mamá salió a buscarnos algo de comer.

Hasta el sueño se me había quitado, cada vez que cerraba los ojos no dejaba de pensar en esa gente ni de ver sus caras. No tenía ni hambre, de solo pensar en esos cuerpos tirados en el suelo llenos de sangre, me daban ganas de vomitar. Yo nunca había visto algo así, ni en las películas que a veces nos dejaba ver mi mamá en la casa de la vecina que sí tenía televisor. Era la cosa más horrible que había vivido, y después de eso cómo celebrar mis doce años que hoy los cumplo. No sé ni siquiera dónde vamos a vivir, porque la casa de la tía de mi mamá está muy llena y sé que tendremos que salir de aquí también.

Mi mamá regresó y nos trajo lo poco que pudo conseguir, unos panes y unas chichas. Tenía la mirada ida, los ojos rojos de tanto llorar, a ella le debió de dar más duro, porque de seguro ella también espera a mi papá y sabe que no nos va a encontrar; además, para ella no es fácil perder lo que hizo con tanto esfuerzo.

Se fue a hablar con su tía y ella le contó que eso ya había pasado en otro pueblo, que a las personas que vivían ahí los habían desplazado a la fuerza, que mataron a algunos y los

pocos que quedaron ahora están armando cambuches en unas tierras que les regaló el gobierno. Le dijo que el pueblo quedaba cerca, que lo mejor era que cogiéramos para allá y empezáramos a construir rápido antes de que eso se llenara de más gente, que era la única opción que teníamos porque “para atrás ni pa’ coger impulso”. Que nuestro pueblo ya estaba maldito y si cogíamos otra vez para allá nos iban a matar.

Así que nos fuimos para allá, mis hermanos se quedaron con la tía de mi mamá y yo me fui con ella. Al llegar al pueblo vimos a mucha gente, pero mi mamá logró hablar con el líder de la comunidad y palabrearon un lote de tierra que dejamos apartado. Nos regresamos a la casa de la tía Mercedes, ahí dormimos y al día siguiente nos fuimos para el nuevo pueblo, que se llama Renacer, así lo nombró el cura. Vamos todos los días y poco a poco construimos la estructura de nuestras casas con algunos materiales que quedaron de otras casas que ya no sirven, porque también fueron destruidas por la guerra.

Aunque Renacer me gusta, no dejo de pensar en mi otra casa, porque tenía un patio enorme y un palo de mango en el que me subía y me creía mono. Aquí casi no hay árboles, la casa que estamos construyendo es más pequeña y todo se siente más triste. Parece que nadie quiere estar aquí y que todos extrañan sus anteriores casas.

A pesar de que no me guste mucho este lugar, debo hacerme a la idea de que no podemos volver a Sacrilegio. Con el tiempo me he hecho mayor, ahora tengo 16, me tocó madurar a la fuerza, así que debo aceptar que eso que tuve ya no volverá; también tengo que trabajar para ayudar a mi mamá que no puede sola con tantas cosas. Ella no quiere volver, dice que no quiere que nos desplacen otra vez, aunque en este nuevo lugar también corremos ese riesgo. *No estamos seguros en ningún lado.*

A veces vamos a nuestra tierra a buscar algunos materiales para construir acá, pero da rabia y tristeza ver todo apagado, tan oscuro, aunque sea de día. Da rabia que ya no estén las casas completas, ni siquiera los animales, ni ellos quieren volver a ese pueblo en desgracia, como le dice mi mamá.

Yo quisiera volver y que todo fuera como antes, y que no nos hubieran sacado nunca, que no nos hubieran robado todo, pero a veces las cosas pasan y uno no puede hacer nada más que resignarse y salir adelante, es lo que todo el tiempo se repite por aquí. Poco a

poco me estoy acostumbrando a Renacer, ya no siento tanto ese dolor y esa rabia de antes, aunque creo que eso nunca se me va a olvidar del todo.

Lo que me gusta de este lugar es que las personas hablan más sobre eso que les pasó, nos cuentan que el desplazamiento les dejó una herida muy grande, pero que Renacer les está ayudando a sanar, a mí me pasa lo mismo, al igual que a muchos de mis nuevos amigos. Ahora los más jóvenes tenemos participación y con ayuda del padre estamos haciendo cosas para que nos reconozcan como víctimas y no tengamos que repetir eso jamás. Algunas familias, con ayuda de gobiernos cercanos y de las iglesias, han logrado ir a Resurrección a exigir nuestros derechos. Pronto me tocará ir con mi mamá a contar todo lo que nos pasó, a decirles todo el dolor y la rabia que nos dejó el que nos hayan sacado de nuestra casa.

Mientras llega la ayuda, a veces hacemos reuniones con los muchachos del pueblo, algunos más grandes que yo y otros más chiquitos, nos contamos lo que nos pasó y lo que sentíamos en ese momento, así estamos logrando sacar poco a poco ese dolor. El padre nos dice que no es bueno reprimirlo, porque según él, en cualquier momento esa rabia y ese dolor explotan y nos llevan por delante. Nos reunimos por las tardes después de las clases que nos empezaron a dar algunos profesores que vienen de otros pueblos. También ayudamos a pintar las casas, las llenamos de mensajes bonitos y motivadores; no como esas cosas horribles que escribían antes en mi pueblo. Hablamos con los más chiquitos de cómo es la guerra, porque ellos también necesitan saber lo que nos pasó, necesitan estar preparados para que la guerra no los coja desprevenidos, como me pasó a mí.

Yo ya sé que la guerra nos dejó sin fuerza, con dolor, con rabia y ganas de devolverles lo que nos hicieron. Pero eso no vale la pena porque no somos como ellos, no somos capaces de coger una escopeta y dispararle a gente inocente.

A mí me enseñaron que la vida está por delante de lo que sea, de la guerra, del dinero, de la tierra... *de su dolor, de su rabia.*

Después de un tiempo, mi mamá me escucha más, me cuenta sus cosas y su dolor, yo la abrazo y le digo que ahí estoy, que yo nunca la dejaré sola. Ahora es más comprensiva, me dice que debo trabajar para que la paz llegue algún día; yo no sé si tengo

que vivir más guerras para que llegue, o si la paz que tenía en mi pueblo antes de que pasara todo sea posible traerla aquí, *pero ojalá venga pronto*.

### **3. Representación narrativa. La literatura infantil y juvenil como espacio de enunciación**

La literatura colombiana, desde distintos autores ha mostrado interés por explorar y entender cómo funciona el conflicto armado y cómo este impacta las realidades de las víctimas. Por medio de la novela, la poesía, el cine, el teatro y demás, algunos autores han buscado la forma de representar a los distintos sujetos y las violencias que sufren, como una forma de resignificar sus experiencias y a manera de denunciar los acontecimientos violentos. Cristo Figueroa en su texto *Gramática-Violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo XX* (2004), hace referencia a algunas obras que construyeron una gramática de la violencia colombiana.

Según Figueroa, el concepto de gramática es aquel que determina “nuevos órdenes de significación, direcciona peculiarmente las unidades de sentido, motiva recurrencias” y “ordena de manera inédita tanto la realidad como los significantes que intentan aprehenderla, a través de una selección que expresa el yo del autor” (95). Es decir, la gramática es toda aquella forma particular, distintiva y personal en la que cada autor organiza su realidad y su manera de escribir (los sistemas formales, conceptos y símbolos) para crear normas escriturales que, conjuntamente, establecen un diálogo entre las distintas realidades y el *yo del autor* para darle significado, explicar o representar su visión del mundo. Figueroa hace un recorrido por varias obras que representan todas esas violencias que han estado presente en la historia del país, entre ellas el paramilitarismo, el narcotráfico, la guerra bipartidista y demás.

En medio de esto, distingue entre dos tipos de representaciones narrativas: por un lado, habla de la *Narrativa en la Violencia* y, por el otro, de la *Narrativa de la Violencia*. La primera la nombra como “el hecho [que] determina una gramática”, alude a ella como “homogénea y repetitiva” (p. 97), ya que no hay una preocupación por el lenguaje, por las formas de contar la violencia, por crear espacios de diálogos donde confluyen voces y significados; sino que, por el contrario, está llena de opiniones subjetivas y partidistas que

buscan defender una posición e imponer una opinión. En segunda medida, el autor propone “la gramática creativa [que] resitúa y potencia el fenómeno histórico” (p. 98).

En este punto, Figueroa habla de la *Narrativa de la Violencia* como una forma de ficcionalizar, documentar, reinventar y reconstruir las vivencias de las víctimas. Esta gramática toma en cuenta a los distintos sujetos que vivieron y viven las masacres, los despojos, miedos, dolores, etc., que causa la guerra. Se convierte entonces en una narrativa más consciente y reflexiva sobre los acontecimientos; se trata principalmente de las verdades de las víctimas como forma de resignificar y resituar su dolor. Como medios principales para narrar la violencia se crea el uso del testimonio y la ficción documental.

Estas narrativas transforman la manera en la que se estaba narrando la violencia, debido a que se salen de lo hegemónico, de lo “autocentrado, limitado y excluyente” (p. 104), ya que confluyen dos o más voces: la de la víctima, quien presta sus vivencias, verdades, silencios, miedos y dolores, y la del escritor, quien construye de todo eso una forma particular de representación. Una de las obras que analiza Figueroa es *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1978) de Albalucía Ángel, quien elabora la relación *Gramática-Violencia* a partir de la creación de múltiples voces que reiteran la violencia tanto del pasado como del presente, y en la cual, Ana, la protagonista, logra, entre un ir y venir constante de su infancia hacia la adultez, recordar y enunciar esa violencia que siempre ha estado presente.

En otras obras también se construye la estrecha relación entre *Gramática-Violencia*, cuyo fin es exaltar las distintas verdades y presentar una estructura textual que le da un lugar en el mundo a las víctimas, por medio del testimonio y la ficción documental. El autor Kevin Alexis García, en su texto *El testimonio en la ficción: representaciones de la violencia en la novelística colombiana* (2013), propone un análisis comparativo entre las obras literarias que menciona y el contexto histórico del país, en el que expone los escenarios, los tipos de violencias y los recursos que cada autor emplea para narrar las mismas. Además de esto, muestra cómo cada obra seleccionada reconstruye una cartografía de esos abusos y cómo los autores, a partir del contexto social y político colombiano, se enfrentan a la tensión de tener que construir su propio universo literario a partir de hechos tan difíciles.

García alude a las obras que analiza como una construcción de memoria histórica ficcional, ya que, a pesar de sus diferencias, se entrelazan para hacer denuncia social y poner en evidencia los abusos a las víctimas y la soberanía de sujetos poderosos que sumergieron a Colombia en un mar de sangre, desigualdad, desapariciones, muertes, desplazamientos y demás. Una de las novelas que ejemplifican lo anterior es *La Virgen de los Sicarios* de Fernando Vallejo (1994), en la que, según Daniel Pecaú en *Memorias en conflicto: aspectos de la violencia política contemporánea* (2004), Vallejo “redunda en una mirada externa y descreída que evidencia la nostalgia por una clase y una ciudad en decadencia”. El autor también afirma que en la novela “Vallejo construye a través de la reiteración de asesinatos injustificados y anodinos un tratamiento extremo e hiperbólico de la violencia urbana” (p. 43). Aludiendo al término de Figueroa, Fernando Vallejo encuentra una gramática que le permite denunciar a través de su estilo desafiante y sin filtros la violencia urbana en Medellín que se estaba gestando por culpa del narcotráfico.

Tanto Figueroa como García hacen una revisión de esas obras que, por medio de su relación con la realidad y la preocupación por las víctimas del país, logran crear una gramática que reconstruye los testimonios de las víctimas para ficcionalizar sus acontecimientos y crear una memoria colectiva. Por medio de la literatura infantil y juvenil (en adelante LIJ) también se ha creado una narrativa que gira en torno a esos temas que pueden ser difíciles, como lo son el conflicto armado y demás situaciones violentas que vulneran los derechos humanos de los NNA. En la obra *Teoría de la literatura infantil* (1991), Juan Cervera analiza cómo la literatura infantil fue un campo que estuvo minimizado dentro de la historia global de la literatura y propone que se debe empezar a incluir la LIJ dentro de la literatura y dentro de los estudios teóricos.

Cervera alude a la literatura infantil como un tema que empezó a ser tratado desde la pedagogía y los libros. El autor argumenta que durante mucho tiempo “se ha visto en la literatura infantil un subproducto de la pedagogía y de la didáctica” (p. 13), ya que fue por medio de estas que los adultos lograron introducir a los niños a la cultura. Los sistemas educativos brindaban a los NNA herramientas para que se dotaran sobre distintos temas relacionados a la lectura y escritura. Es por ello que Cervera habla de la figura del niño lector, el cual se considera como un *destinatario*, al que le llegan todos los libros

académicos impuestos por los adultos educadores y que debe leer al pie de la letra para educarse como un niño culto y preparado en las artes de las letras y la filosofía.

En la idea del niño como destinatario solo se admite al niño lector de materiales que lo preparen para convertirse en un adulto; más que un niño que se aventure a encontrar elementos con los que pueda identificarse y satisfacer sus propias necesidades, este se encuentra con componentes que le dan un lugar en el mundo como sujeto escolarizado y preparado para la edad adulta. La LIJ también estuvo atravesada por nociones de adultocentrismo, puesto que solo se concebía un tipo de infancia, la que era capaz de acceder a los libros y a la educación. Cervera (1991) hace una marcada distinción y pasa de la literatura pedagógica a la nueva literatura infantil, la cual surge como “una respuesta a las necesidades íntimas del niño” (p. 13).

Se produce entonces una LIJ dentro de una cultura cambiante que procura mostrar a los niños como sujetos que tienen necesidades propias y que son capaces de satisfacerlas por medio de literatura, en la cual encuentran elementos más afines a sus gustos personales que los ayudan a identificarse con las distintas realidades que los rodean. En este punto, el autor habla del niño como *receptor*, estado en el que “el interés y la aceptación del niño pasan por delante de la intención del autor y demás personas que destinan sus obras al niño, y que éste puede aceptar o no” (1991, p. 13). En ese sentido, es el menor quien tiene la capacidad de pensar y elegir cuáles libros y temáticas pueden suplir sus propias necesidades.

Cervera menciona que la lectura, si bien debe estar mediada por un adulto, también “debe estar marcada por la confianza en el niño y por el deseo de su desarrollo personal autónomo” (1991, p. 23). Para que se dé un desarrollo adecuado en los lectores, los autores de LIJ deben crear distintos lenguajes que les permitan a los NNA acercarse a temáticas difíciles, que, a su vez, les brindarán las herramientas necesarias para que los menores estimulen sus capacidades de reflexión, de crítica y autocrítica.

Si bien la LIJ inició con un propósito meramente pedagógico, junto con la llegada del siglo XX que abrió paso a algunas transformaciones sociales, su intención se redirigió a la creación de espacios de enunciación donde se concebían niños, niñas y adolescentes como agentes sociales. En la LIJ se les da a los NNA la oportunidad de participar en temas que antes eran prohibidos, pues suponían un peligro para los lectores. Sin embargo, la LIJ

también tiene muchas limitaciones, como el hecho de que son los adultos los que crean esas narrativas, por ende, las experiencias que se creen propias de los NNA, también están mediadas por las perspectivas, sesgos e ideologías de los autores.

Otra de las limitaciones en la LIJ está presente en la forma en cómo los autores narran los distintos contenidos que buscan proteger y agradar al público lector. Inicialmente, los cuentos están destinados a esos receptores que, según Cervera, ponen sus intereses y necesidades por encima de las de los autores, ya que son ellos quienes aceptan o no el tipo de contenido que leen. Sin embargo, en medio de eso, se debe pensar que, generalmente, son los adultos los que compran los libros. Si bien los NNA son capaces de recibir información y reflexionar sobre ella, esta misma está mediada por los mayores a cargo, quienes son finalmente los que aceptan de primera mano los contenidos de los libros. Todo esto lleva a los autores a crear estructuras gramaticales que, por un lado, no oculten o invisibilicen los distintos temas difíciles, pero que, por otro lado, no representen una preocupación en los adultos al considerarlos peligrosos o dañinos para los NNA.

La obra de Cervera (1991) es un aporte importante a la teoría de la literatura infantil puesto que, por medio de elementos lingüísticos, psicológicos, afectivos y literarios, el autor permite un acercamiento completo a la construcción de la LIJ como espacio de enunciación donde las distintas infancias pasan a tener un rol importante dentro de la cultura y la sociedad. Muchos autores han mostrado interés por incluir niños, niñas y adolescentes en narrativas de la violencia, y por medio de la literatura infantil y juvenil se han encargado de representar esos problemas que surgen en las infancias y juventudes, temas difíciles de asimilar y que normalmente iban dirigidos a un público adulto. La LIJ abrió espacios para contar temas relacionadas al dolor, la muerte, la tristeza, el abandono, la violencia política, la violencia intrafamiliar, la migración, el conflicto armado en Colombia, etc., temáticas que recientemente se han empezado a narrar, ya que hace algún tiempo estos contenidos se consideraban prohibidos, dañinos y no aptos para un público menor, esto guiado por la idea adultocéntrica que defiende la protección de las infancias y adolescencias por medio del ocultamiento de muchas realidades difíciles, ya que se veía al niño/a como un sujeto inocente, ignorante e incapaz de entender y asimilar las mismas.

Algunos autores y obras colombianas de literatura infantil y juvenil que empezaron a resignificar el lugar de los NNA dentro de la literatura fueron Jairo Buitrago y Rafael Yockteng en *Camino a casa* (2008), Irene Vasco en *Mambrú perdió la guerra* (2012) y *Paso a Paso* (1995), Ivar Da Coll en *Tengo miedo* (2013), Gerardo Meneses en *Bajo la luna de mayo* (2016) y *La luna de los almendros* (2012), entre muchos otros más; que, a su vez, brindaron a las víctimas espacios de enunciación en los que podían narrarse como sujetos que también experimentan violencias relacionadas al conflicto armado en Colombia. Estas obras también ayudaron a construir una memoria colectiva y personal en la que los NNA encuentran mecanismos para reivindicar las acciones violentas que sufrieron.

#### 4. Bitácora: entre enredos e indecisiones.

Cuando me planteé la idea de hacer cuentos para niños, niñas y adolescentes me cuestioné una y mil veces si era capaz o no de escribir literatura infantil y juvenil, ya que me pregunté: ¿por qué literatura infantil si jamás he escrito literatura infantil? Tal vez porque vi en ella un reto que cada vez se hizo más grande, puesto que siempre estuvo presente la dicotomía entre soy una persona adulta apropiándose de las narrativas de NNA y la preocupación por querer narrar temas que cuando niña no se hablaron en mi hogar y que se han prohibido en la relación adulto/niño.

Crecí en un hogar donde muchos temas no eran tocados y en medio de un entorno donde solo los adultos tenían derecho a hablar sobre ellos, ya que eran considerados prohibidos para los niños y niñas. También, donde los menores no tenían voz porque cuando *el adulto habla, el niño calla*, frase dicha por mis abuelos, mis padres y muchas otras personas adultas que conozco. Esos temas de los que no se hablaban en casa algunas veces pasaban a conversaciones entre los amigos, en mi caso, con mis amigas del colegio, que también experimentaron este tipo de silenciamiento en sus hogares.

Siempre pensé, ¿por qué yo no puedo saber sobre eso que mis hermanas mayores sí? A medida que fui creciendo, mi mamá me iba contando sobre temas relacionados a la sexualidad. Sin embargo, se dejaron muchos otros por fuera, porque esos *los entendería cuando estuviera más grande*. Durante varias ocasiones tuve que enfrentarme al duelo por perder familiares y amigos, pero jamás se habló del duelo en casa, jamás confronté la realidad de perder a alguien, puesto que uno simplemente lloraba y se hacía a la idea de tener que “sanar” o hacer el proceso de luto más corto, porque había cosas por hacer y *uno no se puede pasar toda la vida llorando*. Tampoco se habló de la separación, de que los padres cuando ya no quieren estar juntos se van, ni de que los hermanos crecen y se van, ya que esos temas *solo les competen a los adultos*. En general, nunca hubo conversaciones que giraran en torno a esas situaciones difíciles que siendo niños/as también vivimos y que cuando crecemos toca enfrentarlas a la fuerza, porque nadie se toma el tiempo de explicárnoslas con la excusa de que nos quieren proteger para no herirnos, pero al final, lo que no se dice hace más daño.

Cuando llegué a esta ciudad y me di cuenta de que el mundo en el que vivía solo era una minúscula parte de todo lo que se venía, que la vida “adulta” significaba un sinnúmero de situaciones por aprender, que la ciudad nos arrojaba a experimentar nuevos problemas y demás, me di cuenta lo importante que es hablar con los niños/as sobre esos temas que, aunque conflictivos, son necesarios, porque finalmente son esas conversaciones y espacios de diálogo los que los/as preparan para afrontar las diferentes situaciones adversas que se les presentan.

Ahora, ¿por qué escribir sobre el conflicto armado? Quizá esta fue la decisión más consciente de mi trabajo, puesto que desde que empecé la carrera me interesé por tratar temas sociales relacionados a la violencia, pero desde otras perspectivas como la poesía, jamás desde la literatura infantil y juvenil. El conflicto armado es un tema del que poco se hablaba cuando estaba en el colegio, o por lo menos no en donde vivía, pero había un profesor que nos contaba sobre la situación del país, de las masacres, de los conflictos internos y, en general, de los grupos armados que en ese momento tenían mucho más control sobre el país.

Gracias a lo que nos contaba, empecé a ponerle interés a lo que se decía en las noticias, pero también a preguntar a algunas personas cercanas que habían pasado por estas situaciones. En mi casa nunca se había hablado de conflicto armado, pero al indagar empezaron a salir conversaciones en torno a las violencias que algunos de ellos habían sufrido; en ese momento no sabía que esas vivencias también habían estado presentes en personas cercanas ni mucho menos asimilaba la magnitud del daño a todas las víctimas.

A la universidad y a esta carrera le debo el hecho de que me permitieran abrirme la oportunidad de conocer otros universos, como el universo de la literatura colombiana y de la poesía latinoamericana donde conocí autores como Mery Yolanda Sánchez, Juan Manuel Roca, María Mercedes Carranza, Emilia Ayarza, entre otros, que por medio de la poesía me ayudaron a armarme un imaginario mucho más amplio sobre los acontecimientos y las distintas verdades que se tejen dentro del país por medio de los testimonios de las víctimas.

Cuando contemplé los medios por los que podía narrar el conflicto armado, pensé en cuentos de literatura infantil y juvenil, ya que por medio de ella vi la oportunidad de plantearme nuevos retos y formas de escritura que antes no consideraba. Entre las preguntas

que dirigen esta tesis están: 1. ¿Cómo en los cuentos se crea una voz infantil, que, sin perder su carácter infantil, cuestiona y trasciende la noción adultocéntrica de inocencia? 2. ¿De qué manera la LIJ puede representar las violencias que causa el conflicto armado sin ocultar o minimizar las vivencias de las víctimas? Y 3. ¿Cómo por medio de la LIJ los lectores pueden entender y empatizar con los protagonistas sin que eso les genere problemas emocionales?

Todas las preguntas giran en torno a la representación narrativa y a la literatura infantil y juvenil, puesto que en ella también ha estado presente el adultocentrismo y algunos autores recurren a narrar las infancias únicamente por medio de la pedagogía o el adoctrinamiento moral y ético, donde se pretende enseñarles a los niños/as un modelo de cómo ser buenos adultos sin respetar sus procesos de infancia, sus propias vivencias y voces. La LIJ ha ganado campo dentro de los estudios literarios y ha replanteado la forma en la que se piensan las infancias, puesto que cada vez hay más autores que le apuestan a representar temáticas que antes se consideraban prohibidas por los traumas o problemas que podían ocasionar a los NNA.

Cuando empecé la escritura de los cuentos llegaron a mi desafíos y preguntas, entre ellas, la pregunta por el artefacto estético, ¿por qué hacer cuentos para NNA? Los cuentos se justifican porque por medio de ellos y de la LIJ, los NNA encuentran un espacio de enunciación que les permite acercarse a otros sujetos y a realidades distintas o similares a las suyas, ya que pueden explorar la identificación y la empatía, desarrollar sus capacidades reflexivas y construir espacios de diálogo consigo mismos y con sus otredades. También, el hecho de que estén expuestos a las distintas narrativas sobre temas difíciles como la muerte, la separación de los padres, el abandono, el maltrato físico y emocional, etc., les ayuda a procesar las distintas emociones y eventos traumáticos que, a su vez, estimulan su sistema de creencias y su visión del mundo.

A partir de lo anterior, surgieron nuevas dudas que me situaban en un espacio de confusión entre el decir demasiado y el no decir suficiente, entre escribir de modo que los lectores pudieran conocer las distintas realidades que afrontan las víctimas del conflicto armado con un lenguaje “real”, sin tapujos ni decoraciones, pero también un lenguaje sutil, claro, filtrado, que les permitiera a los lectores conocer esas violencias sin que fuera

demasiado explícito o problemático. Entre esa dicotomía aparecieron estas preguntas: ¿Cómo hacer cuentos para niños sin herir sus susceptibilidades? ¿Seré yo una figura adultocéntrica por narrar voces que no me pertenecen? ¿Qué lenguaje es el apropiado para contar las vivencias de las víctimas si al usar uno u otro puedo herir o minimizar las mismas? ¿Qué es demasiado violento y qué no? ¿Cómo lo dirían los NNA?

El proceso creativo fue especialmente difícil porque me cuestionaba la forma en la que debía narrar y por el uso “adecuado” del lenguaje. Además, porque fue difícil imitar voces que no me pertenecen, voces de NNA que viven la violencia de maneras distintas y que en los cuentos se describen con algunas limitaciones. Cuando me preguntaba sobre cómo hablan los NNA, traté de recoger algunas expresiones y pensamientos que se pueden considerar comunes en algunos de ellos, pero también pensaba en mi niñez, porque quería mostrar mi voz, no como una niña que sufrió el conflicto armado, sino como una niña que vivió otras violencias. ¿Hasta qué punto estoy hablando yo y hasta qué punto hablan las víctimas? Creo que al final son voces que se mezclan y que, por un lado, exponen algunos testimonios de víctimas reales, y por el otro, muestran la forma en cómo veo el conflicto armado y cómo lo denuncio.

Los cuentos en conjunto representan la forma en la que los NNA viven el conflicto armado por medio del reclutamiento, la desaparición forzada y el desplazamiento forzado en Colombia. En las historias hay presentes NNA de 8 y 12 años de edad, cuyas edades fueron escogidas al azar, pero teniendo en cuenta que son voces de NNA que aún pasan por violencias de ocultamiento e invisibilización de la realidad.

Pensar en estrategias o propuestas literarias para narrar desde un campo desconocido como lo era la literatura infantil, me llevó a replantearme muchas veces este trabajo, puesto que no encontraba la manera de representar esas violencias sin que cayera en el ocultamiento o la revictimización tanto de los NNA protagonistas como de los lectores. Como mencioné, construir voces de NNA siendo yo una adulta también con cargas adultocéntricas, resultó muy difícil a la hora de pensar en estrategias narrativas que posibilitaran la construcción de voces que rompen con estereotipos adultocéntricos y con las nociones de inocencia; sumado a eso, también estuvo presente una lucha interna que pensaba en el privilegio que tengo como sujeto que no ha participado directamente en el

conflicto armado. Sin embargo, las temáticas de los cuentos fueron abordadas de manera consciente y con ayuda de una fuente bibliográfica amplia, que me permitió por medio de algunos testimonios acercarme a las víctimas para visitar su pasado y resaltar los eventos difíciles que los llevaron a sufrir el reclutamiento, la desaparición y el desplazamiento forzado.

El primer cuento, *Resucitar*, nace de los testimonios inscritos en la obra *No es un mal menor: niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* (2022) de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición, cuyas historias me sirvieron de inspiración para narrar la voz de Esperanza, una niña que fue alejada de su hogar, de sus familiares, de sus amigos y de la sociedad para inducirla en un mundo diferente al que no estaba acostumbrada. También está inspirado por la novela *La Niña* (2016), ya que en esta obra se muestran aspectos de superación y resiliencia, como trato de evidenciar en la historia de Esperanza.

A través de los ojos de Esperanza, la protagonista, el cuento muestra una de las tantas realidades que viven los NNA en el reclutamiento forzado y cómo antes y después de ser reclutada, la niña debe enfrentarse a otras violencias relacionadas a la pobreza, el ocultamiento de la realidad, el desplazamiento de otros territorios, el despojo del cuerpo y la identidad, la pérdida de familiares y amigos, etc. Como también, a la estigmatización y al miedo a contar sus vivencias. Al final del cuento, Esperanza logra encontrar un equilibrio entre eso terrible que le pasó y la capacidad de comunicarlo para ayudar a los demás. En medio del dolor y la rabia que logró resignificar, ella es capaz de construir una realidad distinta para los demás NNA que también vivieron lo mismo que ella. Por medio de la resiliencia, la búsqueda de la justicia y la implementación de espacios de diálogo, como es la fundación, y de la creación de una memoria colectiva a través de las vivencias de las víctimas, la protagonista consigue narrar sus vivencias como forma de representarse tanto a sí misma como a los demás.

El tiempo del cuento gira en torno al tiempo de vida de Esperanza, el cual se narra desde un presente que se separa por pausas (doble espacio) para indicar que hay un salto en el tiempo dentro de ese mismo presente. Cuando Esperanza es una adulta, revisita sus violencias con el fin de encontrar en ellas los mecanismos de defensa que le permiten

ayudar a otros menores a asimilarse y reconocerse como víctimas del conflicto armado y no como casos aislados o sin importancia. Su labor social está narrada desde la Esperanza adulta que vivió todo un proceso de silencios, porque la guerra también deja eso: vacíos, sentimientos de pérdida no solo de lo tangible sino de la identidad y de las ganas; así como también permite momentos en los que acepta que muchas veces está bien no contar lo que le pasó como forma de protegerse a sí misma. Pero que, a través del tiempo, del apoyo sincero que encontró en la profesora y la fundación, logra soltar y volver a empezar.

El proceso de la guerra muchas veces es un proceso muy largo, por lo que su capacidad reflexiva se resignifica y está narrada desde ella como adulta, no porque siendo niña no tuviera las capacidades de entender lo que le pasó, ya que en el cuento siempre demuestra una postura frente a la guerra, sino porque es ahí, en ese punto y a través de su infancia, en el que logra cerrar todo un ciclo de silencios y vacíos para darle nuevos significados, para pensarse como sujeto víctima, pero también como sujeto actor de la sociedad y como sujeto que no quiere que las violencias que sufrió se repitan en otros NNA.

El segundo cuento, *Cuando nos volvamos a encontrar*, fue atravesado por algunos vacíos que viví cuando era niña, por mis propias pérdidas, por el ocultamiento sobre algunos temas que viví en casa, por la culpa, el duelo por mis muertos y demás experiencias que me ayudaron a crear a Helena, una niña de 8 años que ama profundamente a su hermana y busca los mecanismos necesarios para reencontrarse con ella. Si bien en Helena está presente una característica noción de inocencia, que está justificada por el abandono y el silencio de los padres, ella siempre cuestiona a los adultos, denuncia el desinterés y el enojo del padre, y el descuido de la madre, como cuando no la hace partícipe de las conversaciones que se tienen en torno al secuestro de su hermana; así como el hecho frustrante que resulta para ella que sus padres no quieran pagar el rescate. Además, hace una crítica a la ineficiencia de las autoridades policiales y a la indiferencia de la sociedad, puesto que tanto ella como su hermana sufren un abandono por parte de los actores que deberían protegerlas. También por los vecinos, que, por un lado, la revictimizan por medio de la lástima, y por el otro lado, la dejan sola en momentos que necesitaba de su apoyo.

Helena encuentra en su infancia y adolescencia la capacidad de pensarse más allá de las nociones de inocencia y se ve como un sujeto capaz de aportar al rescate de su hermana, puesto que decide empezar a trabajar para pagarlo y que dejen a su hermana en libertad. También, encuentra en la canción con la que comparte un gusto en común con su hermana, una especie de acompañamiento en todo el caos que vive en su casa. Estas acciones reflejan una lucha interna cargada de dolor, miedo, soledad, ira, pero también de esperanza. Estos elementos en conjunto son los que la sitúan dentro un espacio donde se vulneran sus derechos, pero también en uno que la mantiene consciente de su realidad a pesar del ocultamiento de la verdad por parte de sus padres, y los que la impulsan a interesarse por las víctimas para que las cosas cambien.

El tercer y último cuento, *Renacer*, fue inspirado por la masacre y el desplazamiento forzado ocurrido en Mampuján en el año 2000, también por las películas *Voces Inocentes* (2004) y *Los colores de la Montaña* (2010). Sin embargo, el cuento está atravesado por la ficción y no habla de sujetos específicos que sufrieron dicha masacre y las películas solo fueron objeto de inspiración en algunos momentos. En esta historia, Carlos, un niño de 12 años, empieza a notar cambios en su escuela, pero cuando decide preguntar a los profesores, se da cuenta que estos le mienten e incluso lo reprenden por mostrar interés sobre lo que estaba pasando realmente. Este cuento se narra desde la voz de un niño que entre secretos, mentiras y confusiones vive el desplazamiento forzado.

Hay dos figuras importantes que experimentan la violencia del desplazamiento con Carlos. Por un lado, está Pedro, el personero de su colegio y el único que muestra interés por contarle a los NNA los sucesos violentos que han estado ocurriendo en el pueblo. Él habla desde lo que ve y desde lo que le ha contado su padre, que es policía y sabe de primera mano quiénes son los diferentes actores armados que ingresan al lugar. Por otro lado, está la figura de la mamá de Carlos, quien, a pesar de que intuía que el niño ya sabía algunas cosas y de que este le preguntara en varias ocasiones sobre lo que estaba pasando, se negaba a decirle, ya que creía que ese no era un asunto que le competía al niño, porque su única preocupación debía ser la escuela.

Estas dos figuras presentan una contraposición entre la inocencia del niño por medio de la protección y la inocencia a través del ocultamiento. Pedro, por un lado, demuestra que

hablando con los NNA de las situaciones adversas también se consigue su protección, puesto que logra sacarlos de la invisibilización y de las mentiras que tanto los profesores como los padres les decían, promoviendo en ellos el autocuidado y la seguridad al no acercarse a los grupos armados. El hecho de que él hablara con los NNA sobre el tema los pone en alerta y les permite interesarse por saber más sobre el mismo. Por otro lado, la madre de Carlos creía que ocultándole la verdad al niño lo ayudaría a mantenerse protegido del peligro. Sin embargo, el no brindarle un espacio de diálogo, hizo que el menor perdiera la confianza que le tenía. Además, que este resultara mucho más expuesto al peligro, ya que, en medio de reclamos, le reprocha que si tal vez ella le hubiera explicado cómo funciona la guerra, él hubiera reaccionado de otra manera.

Carlos afronta muchas violencias en medio del conflicto armado, como el ocultamiento de la realidad, pero también las pérdidas materiales, como su casa, el árbol de mango, la foto de su padre y la pérdida de sus amigos, como los son Lucho y Pedro. Sin embargo, en medio del caos de la guerra, el niño logra sentir empatía por Lucho, que ya no está; por su padre, que no los volverá a ver ni a él, ni a su madre o hermanos; por su madre, porque a pesar de todo, la escucha y la comprende; por Pedro, puesto que siente su dolor y piensa en su padre, que al igual que el suyo, no está cuando él lo necesita. Su empatía hacia Pedro también se ve reflejada en la impotencia que siente al no poder acompañarlo y al no poder evitar que el grupo armado se lo llevara, puesto que sentía la necesidad de ayudar a su amigo porque fue el único que se interesó en hablarles con la verdad. También siente empatía por sí mismo, ya que se permite llorar, sentir rabia, culpa, desesperación o no sentir nada (como cuando se queda paralizado). A su vez, demuestra que puede comprender y hacer reflexiones en torno a la guerra.

Este cuento trata de esas preguntas sin responder, de los silencios, los vacíos y los abandonos que remiten al niño a sufrir varias victimizaciones. Pero también narra esas relaciones que se reconstruyen y evolucionan, como la suya con su madre, quien aprende que por medio del diálogo puede sentirse segura y contar sus propios dolores. Además, muestra cómo los sentimientos de dolor, melancolía, culpa y rabia se resignifican y ayudan al niño a sanar poco a poco, a reflexionar sobre la importancia de reconstruir su sentido de pertenencia e identidad por medio del diálogo y el acompañamiento comunitario, sobre la

importancia de crear una memoria colectiva que permita a todos los sujetos conocer las distintas versiones de los acontecimientos para no repetir, sobre lo sano que es procesar los traumas para buscar la anhelada paz por medio de la denuncia social y el reclamo por el cumplimiento de sus derechos humanos.

Los tres cuentos presentan características comunes, entre ellas, el hecho de que estén narrados en primera persona y desde la perspectiva personal de los NNA, lo que refleja su visión de mundo y las reflexiones sobre los hechos violentos que los atraviesan. En los lectores de LIJ esto es importante, puesto que fomenta en ellos la reflexión, la crítica y autocrítica, como también, la empatía que los ayuda a comprender el impacto físico y emocional que el conflicto deja a las víctimas, ya que en los cuentos se humaniza la violencia y refleja cómo los distintos sujetos pueden vivirla; además, los ayuda a cuestionar, entender y asimilar las distintas violencias de otros NNA y las suyas propias. Así como también inspira a los lectores a encontrar en ellos la capacidad de resiliencia y esperanza que implementa un modelo sobre cómo enfrentar las situaciones difíciles. Por último, los lleva a enfrentarse a su propia realidad, a cuestionar sus privilegios, a conocer sus propios miedos y dolores, y, finalmente, a ponerse en los zapatos de otros NNA que no viven igual que ellos.

Otro aspecto que comparten es la capacidad de interpelación de los NNA, ya que estos no actúan de forma pasiva o ingenua, sino que cuestionan su realidad. Los cuestionamientos hechos por Esperanza: *¿por qué esos señores nos miraban así? Como si fuéramos comida, si solo somos unas niñas; ¿Por qué? ¿Por qué me quería si yo no lo conocía? ¿Por qué me miraba así? Si yo soy solo una niña; No, profesora, no tendría por qué ser una víctima más, ningún niño tendría que serlo.* Las preguntas hechas por Carlos: *¿Por qué nadie me dijo que me sentiría así de cansado? ¿Es que acaso la guerra también le roba a uno la fuerza?; Por favor, cuénteme, ¿todo eso es verdad?; ¿Por qué los papás no están cuando uno los necesita?* Las hechas por Helena: *¿Pero por qué no puedo saber, mami? Si yo extraño mucho a mi hermanita, yo quiero que ella regrese ya.; ¿qué culpa tengo yo? ¿Qué culpa tiene Clarita?* Son preguntas que los sitúan en sus distintas realidades y les ayudan a desarrollar su visión de mundo, a no tragarse el cuento entero, a querer saber más y a ir más allá de lo que ven o conocen. Si bien son dudas que expresan

confusión, también muestran su miedo, rabia, desilusión, tristeza, etc., que demuestran su preocupación por los acontecimientos que les suceden tanto a ellos como a otros sujetos.

En los tres cuentos también se da la representación de otras violencias que se tejen en medio del conflicto armado, como lo son el abandono de las figuras paternas y maternas, la invisibilización de los sentimientos y opiniones de los NNA, la pobreza, las peleas entre los padres, etc., que los remiten a la revictimización. El abandono es un tema muy marcado en los cuentos y se refleja sobre todo en la familia. En la historia de Esperanza, ella sufrió varias pérdidas, como la de sus mejores amigas, que significan para ella un apoyo emocional enorme, la de su profesora Claudia, que se convierte en una figura educadora importante, pero también en una compañía en la que puede confiar, la de su hermano (Nicolás) que la deja sola justo cuando empieza la persecución, y, finalmente, la de sus papás que se van y nunca los vuelve a ver. Helena, la niña del segundo cuento, también se enfrenta a varios abandonos, el primero, por supuesto, el de su hermana Clara, que es la persona que más ama en el mundo; el de sus padres, que nunca están en casa y la dejan sola en el proceso de la desaparición de Clara, y específicamente el de su padre, quien finalmente decide abandonar el hogar. Carlos, niño protagonista del último cuento, sufre la pérdida de Lucho, su mejor amigo de la infancia, el abandono de su padre que dejó muchas otras violencias, como que la madre tuviera que trabajar más; la de Pedro, que se convierte en una figura a la que admira, y quien, a su vez, también pierde a su padre puesto que este no está presente cuando lo necesita.

Estos niños, niñas y adolescentes no solo tuvieron que sufrir el abandono por parte de sus familiares y amigos, sino también la desprotección de la sociedad, las autoridades y el Estado. En el caso de Helena, la policía, que en un principio se interesa en el caso solo porque es su deber, no busca soluciones para rescatar a su hermana ni brinda la mejor asesoría a los padres; tampoco encuentra apoyo en los vecinos, puesto que en algún momento aparecen solo para mostrar lástima y herir más a la niña, pero no para acompañarla realmente. En los tres cuentos hay un evidente abandono del Estado, puesto que en el momento de la violencia no brinda mecanismos de defensa, ni aparece para detener el desplazamiento, la desaparición o el reclutamiento a los menores de edad o a las víctimas en general.

Si bien en los cuentos los/as protagonistas son los NNA, los adultos toman un papel importante a la hora de entablar las relaciones de poder que reflejan el adultocentrismo. Tanto la mamá de Carlos, los padres de Esperanza y los de Helena, son figuras que actúan desde el ocultamiento, la invisibilización y la minimización de los sentimientos y preguntas de sus hijos/as. Por medio de esto se demuestra que los padres también se equivocan y que, aunque muchas veces lo hacen de manera inconsciente, reproducen esas mismas violencias adultistas que hace que el proceso de vivir el conflicto armado sea aún más difícil. Se entiende, más no se justifica, que el adultocentrismo es un sistema que está arraigado desde hace siglos y muchas generaciones se criaron de esa manera, pero está en la misma sociedad empezar a romper esos patrones.

Como se da en el caso de Dalia, la vecina de Helena, la profesora Claudia y Pedro, personajes importantes que demuestran que por medio del diálogo sobre esos temas difíciles, que por supuesto pueden herir a los NNA, también pueden prepararlos para las distintas situaciones adversas que se les presenten, así como ayudarlos a que estén conscientes del peligro que pueden correr, a que se interesen por los problemas de la sociedad, a gestionar sus traumas, a buscar mecanismos de defensa y, finalmente, a que se eduquen como actores sociales que trabajan en conjunto con adultos y otros NNA para lograr cambios en la sociedad. En la historia de Colombia y el mundo hacen falta más figuras que se interesen por incluir a los NNA en mesas de diálogos, en acompañarlos en sus procesos, no como maestros que se deban seguir, sino como pares con los que se dialogue, reflexione, refute, enfrente, cuestione, problematice, etc., sobre los temas que afectan a la sociedad para lograr ese equilibrio y empatía que aún nos hace falta.

Otro elemento en común se da por el uso de recursos literarios (como la metonimia y la metáfora) para darle nombres a los lugares que habitan los protagonistas. Por ejemplo, en el primer cuento, Esperanza habla del pueblo en el que vivía antes, cuyo nombre es *La Tierra del Olvido* (que hace referencia a la canción de Carlos Vives), puesto que fue un lugar que al ser desalojado, dejó de existir; el *Resguardo*, su segundo hogar, que pasa a ser un refugio temporal en el que pueden estar tranquilos, pero que, al final, esa tranquilidad también se ve afectada por el desplazamiento, y los dos últimos, *Resurrección*, su nuevo hogar, en el que logra resurgir del dolor y el miedo, y *Reconstruirse*, el nombre de la

fundación a la que llega y la que le brinda un espacio seguro. En la historia de Carlos, su pueblo se llama *Sacrilegio*, como un lugar donde habitaba la paz, pero que fue profanado, pervertido y corrompido por la violencia; y finalmente, *Renacer*, espacio en el que el protagonista y la comunidad se permiten darse la oportunidad de volver a creer, de hacer parte, de ayudar, de buscar la felicidad y la paz. Estos lugares marcan transiciones de procesos y ciclos que se abren y se cierran para volver a renacer, resurgir y reencontrarse.

También, en los tres cuentos permanecen el uso de las itálicas, las cuales ilustran los pensamientos internos de los NNA en torno a lo que están viviendo, se usan para darle mayor fuerza o énfasis a palabras claves de los protagonistas. Además, se dan espacios de moralejas o reflexiones que permiten a los lectores conectar desde la empatía con los protagonistas, ya que, al narrar las diferentes violencias, el lenguaje trata de no ser demasiado abrupto o explícito y los cuentos logran encontrar un equilibrio entre reflejar la gravedad del conflicto sin incurrir en descripciones explícitas que podrían de algún modo perturbar, herir o traumar a los NNA receptores.

Por medio de la literatura infantil y juvenil, los cuentos crean un espacio donde los lectores pueden apelar a su inteligencia, a la capacidad de pensar y de pensarse más allá de las nociones de inocencia, pero también donde los protagonistas se permiten exteriorizar emociones como el miedo, la rabia y la tristeza, que a su vez muestran cómo el conflicto armado afecta emocional y físicamente tanto a los NNA como a sus familiares y amigos. Por lo que, si bien se narra de una manera no explícita, no se minimizan ni ocultan las experiencias de las víctimas.

Dentro de la relación narrador/lector también se abren puentes que conectan las vivencias de las víctimas con las de las personas que puede que hayan o no pasado por las mismas violencias, por lo que a partir de esos puntos comunes o diferentes, los lectores encuentran modelos de resiliencia y esperanza que les permiten validar sus emociones y sentirse apoyados, ya que es muy común que los NNA que viven estas violencias se sientan solos. Es importante mostrarles por medio de estas narrativas que hay más personas como ellos/as y que pueden encontrar distintos medios que les ayuden a afrontar las heridas que les dejó la guerra.

Finalmente, estas narrativas permiten explorar los diferentes sujetos y formas de vivir el conflicto armado, agentes que se encuentran entre puntos en común y retratan solo pequeñas partes de toda la magnitud de la violencia. En esta tesis no se alcanza a hablar de todas las infancias, ni mucho menos de todas las formas de vivir el conflicto armado en Colombia, puesto que hay otros NNA que no logran tener finales felices, infancias que se pierden en la guerra, y que, aunque consiguen salir de ella, no pueden vivir tranquilamente ni en paz. Sin embargo, se realizó un abordaje de manera consciente y respetuosa que permitió mostrar algunas de las voces de niños, niñas y adolescentes que son importantes porque denuncian y cuestionan el sistema, no se tragan cuentos enteros ni mucho menos se conforman con lo que les dicen, porque son capaces de pensarse como víctimas y como personas que no merecen vivir esos abusos y porque, por medio de la diferencia, la rabia, la tristeza, la confusión, el dolor, el miedo, la soledad... se permiten encontrarse consigo mismos para reconstruir sus historias.

Ahora, no se trata de justificar que los niños, niñas y adolescentes deban experimentar estas violencias para que a través de estas emociones y sentimientos se den nuevos significados; por el contrario, se trata de demostrar que por medio de esa digna rabia que otros sintieron, se pueden buscar mecanismos que no permitan que las violencias sigan sucediendo. Además, de que se puede renacer en medio de la diferencia, la tristeza, la ira, el miedo, pero también desde el amor y el diálogo, actores importantes que permiten la construcción de una memoria personal y colectiva, porque la violencia no se minimiza, no se romantiza y no se olvida.

## CONCLUSIONES

La mayoría de los desafíos que me surgieron en la elaboración de esta investigación se debieron a que me debatía entre si me correspondía o no escribir sobre violencias que no he vivido. En medio del caos que conlleva escribir una tesis, pensé en qué me había dejado esta carrera, y dentro de tantas cosas, encontré el hecho de que la literatura, más allá de solo enseñarnos sobre distintos temas, nos ayuda a formarnos como personas empáticas y sensibles ante las situaciones adversas que enfrentan otros sujetos. Con esa idea en mente, traté de convencerme de que independiente de si viví o no el conflicto armado en carne propia, está en nosotros como escritores y agentes creadores, preocuparnos por contar y visibilizar estas problemáticas que afectan a otros sujetos. Quizá esa sea la labor del escritor, ayudar a los lectores a conectar con las distintas realidades de otras personas para sembrar en ellos la necesidad de construir nuevas narrativas en las que se puedan identificar.

En el marco del conflicto armado, como colombianos nos corresponde hablar de esos temas comunes en nuestra historia, porque son violencias que en algún momento a todos nos tocan. Directa o indirectamente, el conflicto armado nos ha afectado a cada uno de nosotros, por lo que es necesario que reconozcamos la responsabilidad que tenemos todos como actores sociales, para encontrar elementos y mecanismos, desde la práctica y la teoría, que nos ayuden a reordenar y subvertir esos órdenes que por mucho tiempo han victimizado a diversos sujetos.

A través de los cuentos me permití explorar sujetos que nunca antes habían estado dentro de mis preocupaciones, y me preguntaba si era correcto o no crear voces de niños, niñas y adolescentes que no me pertenecen. Sin embargo, la representación narrativa precisamente trata de darle lugar a las voces de personas que han sido marginalizadas y que necesitan encontrar medios en los que puedan narrarse. En nuestras manos está brindarles esos espacios de diálogo que permitan a más personas encontrarse en la identidad; así como construir gramáticas que denuncien todas esas violencias que aún no tienen solución, con el objetivo de crear una memoria colectiva que no permita la repetición de hechos victimizantes. Para finalizar, solo queda decir que es necesario seguir creando espacios y lugares seguros para que las infancias y adolescencias puedan emanciparse y existir como

sujetos capaces de participar en las revoluciones sociales, porque esas son suyas hoy y no en el futuro.

## REFERENCIAS

- Aristóteles. (2018). *Política*. Universidad Nacional Autónoma de México.  
[https://www.humanidades.unam.mx/bibliotheca/bsgrm\\$politica\\$dura\\$2edicion\\$TIT\\_35.pdf](https://www.humanidades.unam.mx/bibliotheca/bsgrm$politica$dura$2edicion$TIT_35.pdf)
- Ángel, A. (1978). *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Arbeláez, C. (Director). (2010). *Los colores de la Montaña*. [película].
- Álvarez, E. (2021). “Consideraciones epistemológicas de las nociones de infancia. Emergencia y alcances”. *Uni-Pluriversidad*. 21(2), 1–15.  
<https://doi.org/10.17533/udea.unipluri.341487>
- Arango, L. et al. (2023). *Niñas, niños y adolescentes en el posconflicto colombiano*. Editorial Javeriana.
- Ariès, P. (s.f). “La infancia”. *Revista Estudio*.  
[https://www.terras.edu.ar/biblioteca/5/5PDGA\\_Aries\\_Unidad\\_3.pdf](https://www.terras.edu.ar/biblioteca/5/5PDGA_Aries_Unidad_3.pdf)
- Ariès, P. (1960). *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Taurus.
- Buitrago, J. & Yockteng, R. (2008). *Camino a casa*. Fondo de Cultura Económica.
- Cervera, J. (1991). *Teoría de la literatura infantil*. Ediciones Mensajero.
- Castrillón, N. Y Jiménez, D. (2019). *Concepciones de infancia en la literatura colombiana contemporánea*. Universidad Tecnológica de Pereira.  
<https://repositorio.utp.edu.co/server/api/core/bitstreams/8c0fb344-6ef0-4c36-b19b-2a2e20781004/content>
- Delgado, B. (1988). *Historia de la infancia*. Editorial Ariel, S.A.
- Da Coll, I. (2013). *Tengo miedo*. Ediciones Castillo.
- Figueroa, C. (2004). “Gramática-Violencia: Una relación significativa para la narrativa colombiana de segunda mitad del siglo xx”. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca Bogotá, Colombia. <https://www.redalyc.org/pdf/396/39600207.pdf>
- Galán, L. (2014). *La edad de la inocencia*. <https://www.luciamipediatra.com/la-edad-de-la-inocencia/#:~:text=Los%20ni%C3%B1os%20son%20inocentes%20por,vayan%2C%20contra%20viento%20y%20marea>.
- Galindo, A. (2014). *¿Qué es el paramilitarismo?* Animal Político.  
[https://animalpolitico.com/analisis/organizaciones/verdad-justicia-y-reparacion/que-es-el-paramilitarismo?adsafe\\_ip=](https://animalpolitico.com/analisis/organizaciones/verdad-justicia-y-reparacion/que-es-el-paramilitarismo?adsafe_ip=)
- García, K. (2013). *El testimonio en la ficción: representaciones de la violencia en la novelística colombiana*. Universidad del Valle.  
<https://bibliotecadigital.univalle.edu.co/server/api/core/bitstreams/dceb2892-167f-451a-9a0e-38689cc1f9f2/content>
- Kohan, W. (s.f.). *Infancia*. Fondo de Cultura Económica.  
<https://fondodeculturaeconomica.com/dife/definicion.aspx?l=I&id=79#:~:text=La%20palabra%20infancia%20viene%20del,una%20falta%2C%20imposibilidad%20o%20incapacidad.>
- La Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición en su texto. (2022). *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado*. <https://perma.cc/3U83-EKXF>

- Marco Normativo. (1959). Declaración de los Derechos del Niño.  
[https://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Programas/Proviclima/1LEGISLACION%20C3%93N/3InstrumentosInternacionales/E/declaracion\\_derechos\\_nino.pdf](https://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Programas/Proviclima/1LEGISLACION%20C3%93N/3InstrumentosInternacionales/E/declaracion_derechos_nino.pdf)
- Mandoki, L. (Director). (2004). *Voces Inocentes*. [película].
- Magistris, G. & Morales, S. (2019). *Niñez en movimiento, del adultocentrismo a la emancipación*. Editorial El Colectivo.
- Meneses, G. (2016). *Bajo la luna de mayo*. Carvajal Soluciones Educativas S.A.S
- Meneses, G. (2012). *La luna de los almendros*. Ediciones SM.
- Ontiveros, V. (2018). *Los paramilitares colombianos, enemigos de la guerrilla*. El orden mundial. <https://elordenmundial.com/los-paramilitares-colombianos-enemigos-de-la-guerrilla/>
- Ochoa, C. (Productora ejecutiva). (2016). *La niña* [serie de televisión]. CMO Producciones Platón. (1988). *La República*. Editorial Gredos.  
[https://posgrado.unam.mx/filosofia/pdfs/Plat%C3%B3n\\_Rep%C3%BAblica.pdf](https://posgrado.unam.mx/filosofia/pdfs/Plat%C3%B3n_Rep%C3%BAblica.pdf)
- Pecaut, D. (2004). *Memorias en conflicto: aspectos de la violencia política contemporánea*.
- Pachón, X. (2009). *La infancia perdida en Colombia: los menores en la guerra*. Universidad Nacional de Colombia.  
<https://pdba.georgetown.edu/CLAS%20RESEARCH/Working%20Papers/WP15.pdf>
- Runge, A. (s.f). *Consideraciones iniciales sobre la infancia*. pp. 1- 4.  
<https://xdocs.pl/doc/considere-aciones-iniciales-sobre-la-infancia-d8m15q416e8p>
- Rousseau, J.J. (1762). *Emilio o de la educación*. Biblioteca Digital Minerd-Dominicana Lee. <https://ministeriodeeducacion.gob.do/docs/biblioteca-virtual/dfhO-emilio-o-de-la-educacion-jean-jacques-rousseau.pdf>
- Unicef. (2014). *25 años de La Convención Sobre los Derechos del Niño*.  
<https://www.unicef.org/colombia/comunicados-prensa/25-anos-de-la-convencion-sobre-los-derechos-del-nino#:~:text=La%20Asamblea%20General%20de%20las,la%20ni%C3%B1ez%20y%20la%20adolescencia>
- Unicef. (s.f). *Aprende de los niños y adolescentes. conoce sus derechos*.  
[https://unicef.org.co/libro/Libro\\_Derechos\\_Unicef.pdf?\\_gl=1\\*1katbss\\*\\_ga\\*MTkxNTg1MjIxNi4xNzA4OTI1NjM3\\*\\_ga\\_ZEPV2PX419\\*MTcyMTM3MTA2My4xMS4xLjE3MjEzNzEwODkuMzQuMC4w\\*\\_gcl\\_au\\*R0NMLjE3MjEzNzEwNjQuQ2owS0NRanctdUswQmhDMEFSSXNBTIF0Z0dQOkZ3LUtEbVpkQWVYUDdTVy1aN0gzaERtZ1NBN3hjc3k2UE05enp5Z0ZhS1JXc3lIVEJWb2FBcjbJRUFMd193Y0I.\\*\\_gcl\\_au\\*MTg3ODAwMzQzMC4xNzIwNzYwMzE0\\*\\_ga\\_6M7F9SLR7L\\*MTcyMTM3MTA4OS4xMS4wLjE3MjEzNzEwODkuNjAuMC4w](https://unicef.org.co/libro/Libro_Derechos_Unicef.pdf?_gl=1*1katbss*_ga*MTkxNTg1MjIxNi4xNzA4OTI1NjM3*_ga_ZEPV2PX419*MTcyMTM3MTA2My4xMS4xLjE3MjEzNzEwODkuMzQuMC4w*_gcl_au*R0NMLjE3MjEzNzEwNjQuQ2owS0NRanctdUswQmhDMEFSSXNBTIF0Z0dQOkZ3LUtEbVpkQWVYUDdTVy1aN0gzaERtZ1NBN3hjc3k2UE05enp5Z0ZhS1JXc3lIVEJWb2FBcjbJRUFMd193Y0I.*_gcl_au*MTg3ODAwMzQzMC4xNzIwNzYwMzE0*_ga_6M7F9SLR7L*MTcyMTM3MTA4OS4xMS4wLjE3MjEzNzEwODkuNjAuMC4w)
- Unamuno, M. (1902). *Amor y Pedagogía*. Editorial Henrich y Ca.
- Vergara-del Solar, A. et al. (2016). “Experiencias contradictorias y demandantes: La infancia y la adultez en la perspectiva de niños y niñas de Santiago de Chile”. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14(2), 1235-1247.  
<https://biblat.unam.mx/hevila/Revistalatinoamericanadecienciassocialesninezjuventud/2016/vol14/no2/24.pdf>
- Vallejo, F. (1994). *La Virgen de los Sicarios*. Alfaguara.

- Vasco, I. (2012). *Mambrú perdió la guerra*. Ediciones Fondo de Cultura Económica.
- Vasco, I. (1995). *Paso a Paso*. Panamericana Editorial.
- Wodak, R. (2001). “The discourse: An historical approach”. En R. Wodak & M. Meyer (eds.). *Methods of critical discourse analysis*, (pp.63–94). Londres: Sage.
- Zamora, D. (2022). *Los niños del campo colombiano crecen menos que los de las ciudades*. Pesquisa Javeriana. <https://www.javeriana.edu.co/pesquisa/brecha-en-el-crecimiento-rural-urbano-colombia/>